



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Rios*, Alarcon, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, Auñon (Marqués de), *Alvarez* (Miguel de los Santos), *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Albuerne*, *Ardanz*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (marqués de), *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremon*, *Bretón de los Herreros* (Mamel), *Blasco*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Campoamor*, *Camus*, *Canalejas*, *Cañete*, *Castelar*, *Castro* y *Blanco*, *Cánovas del Castillo*, *Castro* y *Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste* (Conde de), *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cuetto*, *Sra. Coronado*, *Sres. Calvo Asensio*, (D. Gonzalo), *Dacarrete*, *Diaz* (José María), *Durdán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría* (J. A.), *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Eguílaz*, *Escosura*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabié*, *Ferrer del Río*, *Fernandez* y *Gonzalez*, *Fernandez Guorra*, *Fernandez de los Rios*, *Fermin Toro*, *Flores*, *Figuerola*, *Figuerola* (Angusto Suarez de), *García Gutierrez*, *Gayangos*, *Gabete de Molina*, (D. Javier), *Graells*, *Gimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Gujarro*, *Güell* y *René*, *Güelvenzu*, *Guerrero*, *Incenga*, *Hartzenbusch*, *Iriarte*, *Zapata*, *Janner*, *Labra*, *Larra*, *Larrazaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanáz*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mané* y *Flaquer*, *Merelo*, *Montesinos*, *Molins* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Orgáz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olazaga*, *Palacio*, *Pasaron* y *Lastra*, *Pascual* (D. Agustín), *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poey*, *Reinoso*, *Retes*, *Revilla*, *Rios* y *Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodriguez* y *Muñoz*, *Rodriguez* (G.), *Ros* y *Gonzalez*, *Ros* de *Olano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarminaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador* de *Salvador*, *Salmeron*, *Sanromá*, *Selgas*, *Segovia*, *Serrano Alcázar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tubino*, *Ulla*, *Valera*, *Velez de Medrano*, *Vega* (*Ventura de la*), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zobel*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 60 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 26 de Julio de 1879.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Alcalá, 35, principal.

SUMARIO.

Revista Europea por D. Emilio Castelar.—*Juan Sebastian de Elcano*, por don Antonio Cánovas del Castillo.—*Los ferro-carriles del Noroeste de España*, por D. Laureano Figuerola.—*Filipinas*.—*Sobre las teorías modernas de la luz*, por D. José Echegaray.—*Notas y apuntes de un viaje por el Pirineo y la Turana*, por D. Antonio María Fabié.—*Memorias históricas y autobiográficas*, por D. Andrés Borrego.—*El baño de la Cava*, tradicion toledana, por D. Eugenio de Olavarría.—*La compañía del Norte y los ferro-carriles del Noroeste*.—*Dolores*, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—*Revista española*, por D. Manuel de la Revilla.—*Consejos a un hijo*, por D. Fernando Corradi.—*A unos ojos negros*, por D. Baltasar Lopez de Ayala.—*Lejona*, por D. Antonio de Trueba.—*A una mejicana*, por D. Fernando Velarde.—*Anuncios*.

REVISTA EUROPEA.

La prensa extranjera, en estos dias, apenas habla de otra cosa que de los funerales del joven príncipe imperial, tan á deshora y de improviso arrebatado al regazo de su madre y al seno de su partido. No se asemejan estas ceremonias á las que ideára Thiers en su justo orgullo de historiador, para tornar los restos del gigante de la guerra desde la isla solitaria abierta á su grandeza como un catafalco de granito, al pedruzco de pórfido asentado bajo la aparatosa cúpula de los Inválidos, y semejante á la tumba de un Faraon ó de un Sesostris. Entonces la marina de guerra, el ejército, la monarquía, las cámaras, los pueblos, juntándose en torno de un ataúd glorioso, demostraban que la leyenda bonapartista vivía en el corazón de Francia, y que tarde ó temprano daría de sí el Gobierno fundado en las ideas capitales y en las arraigadas tradiciones de un cesarismo omnipotente. Aquellos funerales tenían el carácter épico, mientras estos tienen el carácter tierno, dulce, familiar, sencillo. Eran los primeros, verdaderos latidos del alma de todo un pueblo, como una resurreccion; y los segundos, trágicos por los dolores que han traído, pero tiernos y poéticos como el joven malogrado, vienen á ser como la última reverberacion de una esperanza. En ese niño de veinte años, á cuyo lábio apenas asomaba, como los brotes en primavera, el bozo juvenil, personificábanse las últimas ilusiones de una dinastía revolucionaria, tres veces destronada por los estremecimientos de la tierra francesa, cuyos senos agita aquel espíritu republicano que hizo de Grecia, de Roma, de Italia, los primeros pueblos de la tierra y los mayores ornamentos de la his-

toria. Y como quiera que las nuevas instituciones se arraigan con tanta dificultad, y las antiguas desaparecen con tanta lentitud, si alguna esperanza quedaba á la monarquía de restaurarse, vinculábase toda entera en el retoño único de Napoleon III, en el príncipe Imperial.

Descuajado ese arbusto, el cual aparecia lleno por su temprana edad de aromáticas flores, todos los otros representantes de la dinastía son como añosos troncos, por cuyas fibras secas no corre ni un sorbo de savia. Asi es que, hasta los mayores enemigos de los Bonapartes y del bonapartismo, se han profundamente enternecido á este golpe terrible y han llorado tanta juventud malograda y concluida oscuramente en tierra de Africa, y al filo de las gomas de los cafres, como una humillacion providencial infligida en el más inocente y menos responsable de todos, á la soberbia sangrienta de esos Bonapartes, azotes de Europa como los antiguos Gensericos y Alaricos, instrumentos nefastos de la conquista y de la guerra.

Un Bonaparte, el último de los Bonapartes llamado á reinar, ha muerto en el ejército inglés; aquel ejército que ganó en los mares la batalla de Trafalgar; aquel ejército que ganó en los campos la batalla de Waterloo; aquel ejército que dió al primer Bonaparte, al férreo fundador de la dinastía, su carcelero y su verdugo. Extráñanse los reaccionarios europeos de que las tradiciones desaparezcan poco á poco en la memoria de los pueblos, cuando las castas mismas que las representan y las explotan, suelen desconocerlas y olvidarlas. ¿Cómo? El que quiere mandar en nombre de una familia, á la sombra de un recuerdo glorioso, en virtud de prestigios históricos más ó menos válidos, se olvida del bloqueo continental y de Santa Elena, para alistarse en los ejércitos enemigos de su gente y de su raza, éirse al Africa inhospitalaria, como si el hado le impulsara fatalmente á envolverse para morir en los pliegues de una bandera, primer sudario de su imperio.

Si creyéramos en las relaciones sobrenaturales entre los vivos y los muertos, tan admirablemente evocadas por la tragedia antigua, veríamos á Napoleon alzarse como una sombra del Averno, con su manto de tinieblas sobre las espaldas, suguadaña de César en las manos, su corona de laureles goteando sangre en las sienas, y suscitar las cóleras celestes y aun las infernales contra el ingrato capaz de negarle el tradicional odio á los ingleses reclamado por sus manes, todavía intranquilos y errantes, á causa de no haber alcanzado la mayor de las satisfacciones con el holocausto de una cruentísima venganza. Morir, ya por la libertad de Italia, ó

ya por la independencia de Grecia; ora en el campo de batalla donde se perdiera el imperio greco-eslavo, ora á la sombra de los muros de Atenas y de Venecia; en las aguas del Bósforo ó en las aguas del Pireo; por la salud de Rumanía, por la integridad de Servia, por la autonomia de Hungría, por la emancipacion de Polonia, es morir en aras de algo grande y sublime; es legar algun eco al arte, algun resplandor á la inmortalidad, algun martirio fecundísimo al género humano, que necesita de redentores; pero morir por la extension y prosperidad de una factoría inglesa en cualquier rincón del Africa, es como añadir al horror del sacrificio el horror todavía más horrible, si es permitido hablar así, de su completa inutilidad. Ya sabíamos que un Bonaparte, llegado á ciertos años, tenia que obedecer á la ley de su especie, tenia que morir ó matar, porque desdijera de su estirpe en otro caso, de su estirpe, destinada á la matanza por su hado; pero la guerra por la guerra es la última de las crueldades cuando una gran pasion no la excusa y no la mantiene una gran causa. Los que no han impedido á un joven de natural ardoroso esta aventura sin excusa, han tomado sobre sus hombros el peso abrumador de inmensa responsabilidad.

Muerto el joven, á quien sus adeptos llamaban Napoleon IV, en defensa de Inglaterra, el gobierno inglés debia por fuerza tributarle honores apropiados á tamaño sacrificio. Bien es verdad que, mandando el partido conservador, cuyas ideas más se inclinan á la monarquía que á la república en Francia, estos honores habian de tener por fuerza cierto aspecto político que ha disgustado á las autoridades de la república y ha promovido reclamaciones diplomáticas. La marina real inglesa ha conducido los despojos, y la real artillería los ha custodiado. Cuanto más se avanza en el conocimiento de las concausas del suceso, más se persuade la opinion de que ha habido una serie de descuidos rayanos en criminal abandono. La única excusa del estado mayor inglés, y excusa atendible, consiste en el encargo dado por sus jefes con insistencia y recibido por ellos con rigor de tratar al príncipe como á un simple soldado. Inquieto y desasosgado como joven, despreciador de la vida como Bonaparte, ansioso de emociones que varían la monotonía de las costumbres militares, fuese al señalamiento de un campo y fuese á la descubierta, mal prevenido, con verdadera improvisacion, fiado de su juventud y de su estrella, como quien tiene tras de sí una existencia tan corta y delante de sí un horizonte tan despejado y tan luminoso. Llegados al sitio, que creyeron más conve-

niente, dejaron los caballos y se pusieron á partir sobre el objeto de su viaje y desempeño de su cargo. Y en esto aparecieron de súbito los salvajes, como si los hubiera abortado la tierra en aquel mismo instante. Verlos en tanto número, oírles en tan espantosa gritería, y lanzarse todos, compañeros del Príncipe y escolta, á sus respectivos caballos para ponerse en cobro, fué obra de un momento, incalculable, inapreciable, como es incalculable, como es inapreciable la celeridad prestada por el terror, por ese relámpago siniestro del alma, á los fugitivos. El Príncipe debió tomar también su caballo, según corresponsales fidedignos: mas ora porque no llegará á montarlo, ora porque lo lanzase de sí al terrible espanto el nervioso animal, lo cierto es que el infeliz quedó sin otro auxilio que su valor y su brazo. Verdaderamente pertenecía á la raza de los héroes. Verdaderamente su brazo y su valor correspondían de todo en todo á su nombre. Las heridas que lleva las ha recibido de frente, luchando cara á cara con los bárbaros. El brazo derecho, con que ha mantenido la porfia, se halla como descarnado: tantos golpes lleva, y tanto tiempo sostuvo el mortal encuentro. Por fin, cayó acribillado con diez y ocho heridas mortales, cuya anchura y profundidad muestran que la muerte del jóven ha sido súbita y el ensañamiento de los salvajes, grande. La espada del primer Napoleón, que el cuarto tenía siempre consigo, aquella espada, hecha para la victoria, ha ido á parar ¡parece imposible! á manos de unos salvajes, desconocedores por completo de su prestigio legendario, de aquel prestigio que tantas veces hizo temblar á los reyes sobre sus tronos, y á los tronos sobre sus cimientos. ¡Inexcrutables designios de la Providencia! Ese niño nace bajo los aureos artonados de las Tullerías, á la sombra de la bandera francesa, al estampido del cañon de los Inválidos, llevando sobre su cuna la Legion de honor, circuido de los Príncipes de la Iglesia y de los mariscales del Imperio, bautizado bajo las bóvedas de Nuestra Señora, como cumple á un descendiente de Clodoveo, de Carlo-Magno, con una corona espléndida en las sienes y muere abandonado, solitario en oscuro campo, á los golpes de los cafres del África, sin tener ni un auxiliar, ni un amigo, como quizá no ha muerto el último de los mercenarios ingleses.

No nos equivoquemos. Todavía queda en el mundo moderno algo de lo que el mundo antiguo llamaba el prestigio trágico. Todavía interesan más las desgracias de los reyes y de los príncipes, que las desgracias oscuras en los hogares modestos y en los corazones sencillos. Inglaterra, muy amante siempre de trágicas emociones, se ha interesado en los funerales con verdadero interés, como queriendo compensar con la solicitud de sus ciudadanos el abandono de sus soldados. Ya lo he dicho arriba, la marina real ha conducido el cuerpo, y la artillería real lo ha acompañado. Jóvenes cadetes, compañeros de la infancia del príncipe, han llevado en hombros el ataúd. Los cañones han sonado como si lloraran la muerte de un magnate de la sangre real británica. Han tañido lúgubremente las campanas católicas en aquella tierra clásica de la herejía protestante. Los herederos de los reyes reinantes, han acudido en gran número. La reina Victoria, desolada todavía en su viudez, ha estrechado la mano de la viuda dolorida y de la madre desesperada que ha visto á sus imperiales hijo y esposo, morir en el destierro y en el destronamiento. La princesa Beatriz, todavía soltera, ha llevado coronas de rosas, en las cuales se deslizaban, á manera de gotas de rocío, lágrimas de amor. El cardenal Manning ha pronunciado un sermón, precedido por los acentos del *Dies irae*, y acompañado por los sollozos de los circunstantes. Pocas veces habrá podido elevarse la oratoria sagrada á tan eminentes alturas, ni decir cosas tan solemnes y tan terribles. Entre los acentos de los salmos de David y de las lecciones de Job; al ruido de las gotas de agua bendita que caen sobre las tablas de un ataúd, como el granizo del cielo sobre la corteza de los árboles; al murmullo de las oraciones y al eco de los sollozos, habrá podido delante de aquel jóven, criado en las gradas del trono y caído y derribado en las últimas gradas de la adversidad y de la humana miseria, hablar de la inania de todo lo terreno y de la grandeza y de la perennidad y de la majestad de todo lo divino con frases sublimes que hubieran envidiado los profetas de la antigua Judea y oído con lágrimas en los ojos los ángeles y los arcángeles del Empíreo. La Historia antigua, en los tiempos de la transición entre las monarquías y las repúblicas, aquellos tiempos tan enaltecidos por el arte helénico, no ofrece, no, tantas desgracias régias como éste nuestro tiempo. Aquella reina de Nápoles combatiendo como una heroína en Gaeta por la corona que le arrancaban de las sienes las ráfagas de las ideas de su siglo; aquel emperador Maximiliano, herido por la severa justicia de un magistrado, aunque se interponían entre su corazón y las balas todos los poderosos de Europa; aquella pobre Carlota, que pierde la razón en las Cámaras del Vaticano para no recobrarla jamás; éste príncipe imperial, muerto de muerte tan trágica; esta infelicitísima emperatriz Eugenia.

Los que la vimos en su esplendor no podemos acostumbrarnos á su desgracia. Yo la recuerdo, cuando reinaba, no por ninguna prestada corona, por su natural hermosura, en Madrid. Paréceme mirar en su frente serena, su cabello rubio con reflejos negros, sus ojos que ora parecían del color

de los cielos y ora del color de los abismos, su rostro ovalado y su nariz afilada como el rostro y como la nariz de una estatua griega, sus labios delgados y sonrosadísimos, en cuyas líneas se mezclaban la bondad y el ingenio. Yo la ví más tarde en la Exposición de 1867, con el emperador de Francia á un lado, y el sultan de Constantinopla, á otro lado, seguida de una corte de príncipes destinados á reyes, brillando en medio de todos cuantos la rodeaban por los prestigios naturales de la hermosura y las irradiaciones misteriosas de aquella mirada, que llevaba á los oscuros senos del Norte reverberaciones de nuestro sol y de nuestro cielo del Mediodía. ¿Quién le hubiera entonces contado tan alto trono se había de derrumbar en los abismos? ¿Quién que el Emperador, su esposo, cuya voluntad regulaba los destinos de Europa, había de caer en tan grande desventura y en tan tremenda ocasión? ¿Quién que su hijo, su único consuelo, había de perecer en la flor de la edad entre los cafres? ¿Quién que tan pronto su dolor llegaría al extremo de obligarla á enterrarse viva entre las cuatro paredes de un claustro? La verdad es que en esta tragedia la Emperatriz mueve principalmente á compasión, como todas las madres, cuya desgracia llega hasta el extremo de sobrevivir á sus hijos. Y si este hijo se une por misteriosos lazos, no solamente á los recuerdos más dulces de la vida, no solamente á los goces más puros del amor, no solamente á los días felices de pasados tiempos, sino también á grandes perspectivas sociales, á horizontes infinitos, á generosas ambiciones de regir un pueblo, de reinar sobre una gran nación, de ser imagen del Estado, francamente, el dolor ha de tomar aspectos tan terribles y tener dejos tan amargos que apenas puede concebirse cómo lo soporta sin estallar el débil corazón humano, incapaz de contener en sus reducidas entrañas ese inmenso infierno.

Así, por algunos días, se ha temido que la emperatriz Eugenia pudiera sucumbir al impulso del dolor y al recuerdo de días mejores y más felices. No cabe consuelo alguno en el corazón de una madre desamparada de su único hijo; no cabe, aunque se agote la humana elocuencia. Pero esa muerte prematura es una señal de la elección divina que, según los antiguos, acostumbra á llevarse pronto á los que cree impropios para vivir en las tristes asperezas de nuestra vida diaria. Sobre todo, le ha preservado de ser pretendiente, de perturbar con sus pretensiones la patria, de perderse en el dólido de una conjuración eterna, de verter la sangre á torrentes, de reinar sobre catástrofes, de oprimir á los hombres, de lanzar entre las naciones la guerra, de reinar algunos días con zozobras y de caer y desplomarse en grandestrizas como la tristeza de Waterloo y en grandes deshonras como la deshonra de Sedan. La muerte, con ser tan triste, no es la mayor de las desgracias.

A no dudarlo, una de las desventuras más terribles que el corazón de la emperatriz puede experimentar, consiste en las consideraciones que le inspirará el ver á donde ha llevado la suerte, ligada con el príncipe hereditario, la rota corona de su hijo, al palacio del príncipe Napoleón, de su enemigo implacable. Cuando ella habitaba las Tullerías y él habitaba en el Palais-Royal, la mutua enemiga de ambos no se daba ningun género de tregua. Pronunciáronse los dos célebres discursos de Ajaccio y del Senado, más contra la emperatriz, que contra el emperador. La guerra de Méjico fué reprobada por el príncipe; la ocupación de Roma á la continúa maldecida. Para la emperatriz, romántica de suyo, exaltada en ideas religiosas, el Imperio representaba una especie de renovación necesaria en el Pacto de Carlo-Magno, una especie de alianza estrechísima entre el Pontificado antiguo y el cesarismo nuevo mientras que para el príncipe Napoleón representaba el Imperio la revolución á caballo, la democracia dictatorial, la fuerza puesta á servicio del pueblo, la enemiga implacable á los reyes históricos; el nuevo mundo social que no puede implantarse ni sostenerse sino por la fuerza de los conquistadores Bonapartes, puesta humildemente á servicio del derecho. Mucho le habrá dolido al conde de Cambord ver su autoridad monárquica sin otros herederos que los Orleans, los que votaron la muerte de Luis XVI y calumniaron la vida de María Antonieta; los que persiguieron y encarcelaron bárbaramente á su madre la duquesa de Berry; los que destruyeron su trono y le destronaron en la cuna; mucho le habrá dolido; pero no tanto como á la emperatriz, cuyos dolores son más recientes y cuyos recuerdos más vivos, el ver la autoridad representada por su hijo en manos del mayor y del más implacable de todos sus enemigos. ¡Designios inexcrutables de la Providencia!

EMILIO CASTELAR.

JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

Discurso pronunciado por su autor en la sesión celebrada por la Sociedad Geográfica de Madrid, y cuyo solemne acto fué presidido por S. M. el Rey.

SEÑOR:

La Sociedad Geográfica de Madrid, que logra honor tan insigne este día, cuenta sólo tres años de existencia, y es uno de los primeros frutos de la paz que V. M. ha dado á la nación.

Todavía el 2 de Febrero de 1876, al reunirse en

el Salon de la Real Academia de la Historia sus fundadores, bajo la presidencia de uno de los ministros de V. M., la guerra civil ardía en las Provincias Vascongadas, y ondeaba, como ondeó aún bastante tiempo, la bandera de la insurrección por la grande Antilla, reliquia de un inmenso imperio perdido, el mayor que ha existido jamás. Las solas esperanzas de la paz bastaron, pues, para engendrar esta corporación, destinada á tan útiles trabajos; y, no bien se realizó por entero, su dulce calor la ha impelido á desarrollarse lozana y rápidamente, hasta llegar en breve plazo al estado de madurez en que hoy se encuentra.

Lícito, Señor, ha de serme, ya que directamente no tomé parte en su fundación, y ya que directa ni indirectamente la he prestado despues servicio alguno, elevar á oídos de V. M. este sencillo testimonio de justicia, que pudieran muy bien ser de aplauso. Temiera pecar de parcial, dada la honra inmerecida que obtengo, al dirigir á V. M. mi voz como su presidente, si no estuviesen largamente consignados sus trabajos y sus servicios patentes en volúmenes, mapas, cartas ó planos, por demás conocidos ya y aplaudidos dentro y fuera de España. No posee en verdad esta Sociedad un palacio especialmente edificado para sus reuniones, como la de París posee, ni ha podido hasta aquí enviar exploradores propios á ignorados países, cual las de Londres y San Petersburgo, por ejemplo: que ni los recursos del Tesoro público ni los escasos que de por sí ella tiene la han prestado alas aún para volar tan alto. Pero bien cabe afirmar que por nadie en parte alguna del mundo se habria hecho más de lo que ha hecho con las flacas fuerzas de que ha dispuesto.

Los seis gruesos volúmenes que con el título de BOLETIN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID ha publicado, contienen importantes noticias de los modernos descubrimientos en general, y curiosísimas relaciones ó investigaciones de navegantes y viajeros españoles contemporáneos; referentes algunas á regiones interesantísimas para nuestro porvenir comercial y político; al propio tiempo que páginas inéditas de las muchas que todavía guardan nuestros archivos nacionales y particulares, inagotable testimonio de la gloriosa actividad que, así en la especulación como en la acción, distinguió un tiempo á nuestra patria. Merecen especial mención, entre los escritos originales, ciertas monografías de regiones poco conocidas en la Península, así como el estudio de lo que otras fueron bajo la dominación romana; trabajo magistral, el último de un docto académico, con harta razón estimado por cuantos aplauden las victorias de la moderna crítica sobre los tradicionales errores ó las oscuridades densísimas en que ha solido andar envuelta nuestra geografía antigua. Mas por lo que hace á libros inéditos, pocos podrian rivalizar, en curiosidad é importancia, con el *Libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo*, escrito á mediados del siglo XIV por un franciscano español, cuyo nombre se ignora, obra de sabrosísima lectura para los profanos, á la par que objeto de consideración solícita para los geógrafos nacionales y extranjeros. Fué este fraile el primero hasta aquí conocido de una serie nacional de viajeros, que no debe de estar completa con él, y sus sucesores Rui Gonzalez de Clavijo, ó quien quiera que escribiese el Itinerario de su embajada, Pero Tafur el de las *Andanzas é viajes*, el *Clérigo agradecido*, don Pedro Ordóñez de Caballero, el doctor don Pedro de Cubero y otros de menor importancia, cuyas obras corren impresas. Las colecciones españolas de papeles viejos han de esconder todavía algunos más que irá descubriendo el tiempo; y ya desde ahora, el digno sócio que ha dado al BOLETIN el manuscrito del fraile y dió también á conocer á Tafur, tiene á mano documentos de no menor cuenta, pues datan del siglo VI al X, y contienen el planisferio de las *Etimologías* de San Isidoro, adicionadas, con la circunstancia notable de hallarse en árabe las notas de uno de sus comentadores.

Al lado de tales publicaciones, figuran dignamente las conferencias de varios señores sócios, acerca de los más importantes problemas geográficos de nuestros días, y de las expediciones, exploraciones y estudios científicos que se ligan con ellos, así como tocante á puntos oscuros de geografía ó de historia. Tampoco escasean, por último, las Memorias concienzudas y los artículos eruditos sobre diversas materias geográficas; y todo ello demuestra, Señor, que no es la propia gratitud sino el mérito ajeno, y la estricta justicia lo que me mueve á considerar esta Corporación como bien precioso de la paz, y uno de los muchos timbres honrosos, con que el reinado de V. M. lucirá en la historia.

Y es, Señor, que la paz, sobre todo, la interior, bajo cualquier aspecto que se miren las cosas, constituye el mayor y más fecundo caudal de los pueblos. A su sombra germinan, se desarrollan y crecen todos los orígenes de vida que cada nación, como cada individuo en sí tiene; y ¡ojalá que el siglo de oro de nuestros descubrimientos y trabajos cosmológicos y cosmográficos, lo mismo que de nuestras armas, las hubiera guardado en ocio con más frecuencia! Que si al poner término los Reyes Católicos al largo período anterior de guerras civiles, y una vez cerrado también el parentés doloroso de las comunidades, toda la actividad de la nación se hubiera consagrado á la agricultura, á la industria, al comercio, de una parte y de otra, á multiplicar las gloriosas Odiseas de sus navegantes y descubridores, por los ámbitos de la

tierra, ¿quién sabe hasta dónde habría llegado su gloria! Mas no quiso la suerte, humanamente hablando, ú acaso nuestro destino providencial, que se ciñera á empresas tales, la vehemente ambición de nuestros antepasados, y años tras años, y aun siglos, se nos pasaron en estériles guerras extranjeras. Sólo con la paz interior hubimos, pues, de contar para adquirir y mantener, por más largo tiempo que de esperar era, nuestra grandeza.

No sé, Señor, si parecerá importuno que llame aquí la atención, sobre lo mucho que hubieron de entorpecer las guerras políticas y religiosas del tiempo de Carlos V, y los tres Felipes, el total desarrollo de aquel vivo espíritu navegador, descubridor, colonizador, que fácilmente hubiera podido ser también comercial é industrial, de los españoles de fines del siglo xv, y primer tercio del siguiente. Si hubiese en mí algo de exageración, de pasión hoy, disculparlo el hallarme al frente de una Sociedad de Geografía, y naturalmente inclinado, por eso mismo, ahora á echar de ménos cuanto pudo contribuir un día al más rápido progreso de tal ciencia, ahora á lamentar las ocasiones de mayor gloria que perdieran en ella nuestros abuelos. Pero fría y serenamente pienso que sin guerras de mera preponderancia, ó de índole religiosa, como las de Italia, Francia, Flandes, Alemania é Inglaterra, todavía hubiera podido escribir el poeta Balbuena, con más razón, aquellas frases de patriótico encarecimiento que tanto justificaban los hechos de su tiempo:

¡O España valerosa, coronada
por monarca del viejo y nuevo mundo,
de aquél temida, de éste tributada!...

Pues desde que amanece el rubio Apolo
en su carro de fuego, á cuya llama
huye el frío dragon, revuelto al polo;
al mismo paso que su luz derrama,
halla un mundo sembrado de blasones,
bordados todos de española fama.

Todo lo cual, era debido á aquellos españoles, que:

En sus atrevimientos descubrieron
que era bastante á sujetar su espada
más mundo que otros entender supieron.

A aquellos que daban lugar á que exclamase,
al fin, el poeta:

Mas ¿quién será, invencible patria mía,
en mil años, mil siglos, mil edades,
bastante á ver lo que de tí podría?...
¿Quién hará sus hazañas verdaderas
en otro tiempo, si en el de hoy parecen
á los ojos asombros ó quimeras?

Sí, no hay duda alguna. Asombros ó quimeras parecen nuestras empresas ultramarinas del siglo xvi, que son las que tan altamente canta Balbuena. Excedieron ellas á las de Europa, con ser tan gloriosas, por la sobrehumana grandeza de los esfuerzos y de los resultados. No es interesada exageración, no pasión del momento, lo que inspiraba, pues, mi juicio hace un instante. Y aun me parece, señor, que he interpretado bien las opiniones de todos los congregados para celebrar en el día de hoy la memoria de uno de aquellos españoles, en especial celebrados por Balbuena, es á saber, de Juan Sebastian del Cano, el Cano ú Elcano, pues de todos tres modos se escribe su nombre.

La Sociedad Geográfica de Madrid, que ostenta en el sello de sus diplomas el *Primus me circumdedisti*, mote insigne otorgado á Cano por Carlos V, debía tal honor sin duda á aquel modesto maestro, más práctico que científico, y antes que capitán aventurero, que, después de pasado el estrecho de Magallanes, acertó á conducir la nao *Victoria* por el cabo de Buena Esperanza hasta Sanlúcar, rodeando así el primero la tierra. No sin largos años de indiferencia histórica, por eclipsar su nombre el más grande aún de Fernando de Magallanes, revive al fin el del valeroso Juan Sebastian, en nuestros días, y, sin escatimar la del ilustre portugués, justo, justísimo es que á él también se le reconozca su gloria. Más afortunado que otros célebres españoles, goza hoy Cano de una estatua monumental en su pueblo nativo, Guetaria, y antes de mucho tendrá otra en Madrid, erigida en sitio propio, público; y no lejos de la que ya existe de Colon; obra la nueva estatua de que ya me atrevo á afirmar, que honrará tanto al esforzado marinero como á V. M. que la mandó esculpir y á las modernas artes españolas. Ninguna mayor honra cabe, sin embargo, que esta solemnidad por V. M. presidida, y en que por voz competentísima, se expondrán de aquí á un momento todos los méritos y servicios del intrépido guipuzcoano.

Gran día, Señor, debió de ser para Sevilla, aquel en que vió desembarcar á Juan Sebastian, con sólo diez y siete de sus compañeros: «miserable reliquia» (como escribe fray Juan de la Concepción, en su *Historia general de Filipinas*) «de un viaje de tres años, con tantas calamidades y angustias de temporales, hambre, sed y enfermedades contraídas de escasos bastimentos, salados y corrompidos y de la variedad de climas y temperamentos; habiendo pasado la línea hasta seis veces por altura de uno á otro polo.» Dirigiéronse Juan Sebastian y sus compañeros al desembarcar, «descalzos y en camisa, formados en procesion, con candelas en las manos,» á rendir á Dios gracias; y la compasión, la admiración, los aplausos

unánimes, debieron ser recompensa bastante para el animoso y afortunado marinero: que hombre que tan alta aventura había osado afrontar, no podía menos de poseer aquel instinto nobilísimo que antepone el gusto de merecer y de que el mundo sepa que merece, á todo otro linaje de interés. Justo es, no obstante, añadir que Juan Sebastian del Cano fué llamado inmediatamente á Valladolid, donde se hallaba la Corte, y recibido allí por el grande emperador con el aprecio que sin la menor duda merecía.

Pero los tiempos eran tales, Señor, que los servicios de Juan Sebastian con ser tan grandes, no podían causar maravilla. Aquel hombre, elevado en pocos años de maestre de un navío á capitán y poco más tarde á general, bien que para hallar sepultura, á los cuatro días de obtener el bastón, en la profundidad del Océano, no era seguramente un ser vulgar; más no había motivo con eso y todo para que pasase por un sugeto extraordinario á la sazón. Fué uno de tantos héroes como encierra la epopeya española de aquel siglo, jamás escrita aún, si no es en los breves versos que acabo de leer, y otros pocos.

El mismo Príncipe ante quien Juan Sebastian compareciera, con haber nacido tal, y ser luego natural señor de lo más y mejor de la tierra, igualaba, ya que no excediese, al pobre maestre de Guetaria, en audacia, en abnegación, en patriotismo. Y es, Señor, que aquella expansión del espíritu español desde emperador hasta marinero ó soldado, en el décimosexto siglo, constituye uno de los más singulares fenómenos de la historia universal. Del seno mismo de las guerras civiles, brotó aquel arranque incomparable, y fué contemporáneo de la restauración de la paz interior que por tan largos años se conservó después. Vueltos de pronto los ojos al ideal de la grandeza y la gloria, movíanse todos á un tiempo, como por secreto y comun resorte, buscándolo en cuantas sendas conducían ó parecían conducir á él; alcanzándolo y realizándolo con frecuencia. Ningun sacrificio estimaban duro, ningun esfuerzo ocioso, ningun riesgo temible, los que tal ideal perseguían y gozaban. No ignoro que el interés, la codicia, la nativa inquietud, la ambición, vivían, se agitaban, ardían en los hombres de entonces, como en los de cualquier tiempo; pero, en suma, pensamientos y propósitos altísimos informaban, conscientemente ó no, los ánimos de todos. Eso tienen de bueno los ideales; que contemplándolos, persiguiéndolos, corriendo tras ellos, aunque sea en vano á las veces, luego al punto se mejoran las intenciones, las ideas, los hechos del hombre, y hasta la impureza misma de las pasiones, llega á ser instrumento de bien sumo ó de gloria inmortal.

Ni es fácil pasar de aquí, sin echar una rápida ojeada sobre el total espectáculo que aquel extraordinario período de historia ofrece. Preséntasenos, ante todo, como cabeza de él, la Reina Católica, con su característico orgullo, fuente quizá de su intransigente virtud y de sus magnánimas acciones; carácter que la pone de una parte, ni más ni menos en Aragon que en Castilla, por encima de su marido y de todos, y le presta de otra alientos para entrar en la osada aventura de Colon, haciendo posible su poco esperado descubrimiento. Pocos años después se abre el siglo xv con el nacimiento de Carlos I, al cual en la temprana edad de diez y siete años, vémosle tomar sobre sí el Gobierno de España, pesado aun para las encallecidas y rancias manos de un Fernando V ó de un Cisneros. No por eso, sin embargo, abandona aquel joven príncipe, en todas partes cercado de peligros y afanes, el camino de aventuras emprendido por su varonil abuela. Llama á su corte al desengañado y quejoso Magallanes, no bien sabe su arribo á España, al modo que atrajo y retuvo á Colon Isabel; discute personalmente las pretensiones de Portugal; péssalas; resuélvese al fin á anteponer las de Castilla, disponiendo brevemente la armada con que el hábil marino portugués zarpó de Sanlúcar, llevando á Juan Sebastian entre los tripulantes de sus bajeles; logra así, por último, que rompan sus banderas la valla inmensa del nuevo continente, desafiando al cerrado Océano, que pocos años antes divisó el primero Vasco Nuñez de Balboa, desde el Darién, y las cumbres que dominan el golfo de Panamá. La anhelada comunicación de los hemisferios quedaba, en principio, obtenida; pero aún faltaba que algún bajel con su frágil quilla los enlazase total y prácticamente. Y es que no suele ser cada vida de hombre sino una sola etapa en el largo camino de los grandes intentos. El insigne piloto español Juan Diaz de Solís, que descubrió el río de la Plata, cuando se apercibía ya á buscar, y probablemente á encontrar el estrecho, que al fin se halló, entre el Atlántico y el Pacífico, murió oscuramente á mano de los indios. Magallanes sucumbió también en lid con los indígenas del archipiélago filipino, sin poner término á su empresa. Guardó así la gloria de la circunnavegación la fortuna para nuestro modesto marino guipuzcoano.

De ella, sin embargo, corresponderá siempre la mayor parte á Colon, que convirtió en realidad científica la hasta entonces aventurada hipótesis de la esfericidad de la tierra; y que, al tocar en la isla de San Salvador ó Guanahaní, pensó ya hallarse en uno de los archipiélagos de Asia, muriendo, sin que error tal se hubiese borrado aun de su cabeza, en medio de tan gloriosos aciertos. Tócales parte también al descubridor del Cabo de Buena Esperanza Bartolomé Diaz, y á Vasco de Gama, el primero que por aquella temerosa vía llegó al

Asia desde Europa. Tócales igualmente parte á Juan Diaz de Solís y Vicente Yañez Pinzon, que buscaron luego con fe vivísima, el paso ú estrecho que debía unir los dos mares, llegando osadamente el primero hasta el río de la Plata en su demanda. Magallanes pasa de allí, y descubre ya y atraviesa el estrecho, aunque en vez del breve trayecto que calculaba, se encuentra engolfado en la inmensa extensión de mar que separa á América de los archipiélagos y el continente asiático; por lo cual recibe más aplauso que todos principalmente de los escritores extranjeros, en el resuelto problema de la circunnavegación. Nuestro Juan Sebastian del Cano es, no obstante, el que acierta en fin á doblar, viniendo del estrecho de Magallanes, el Cabo temeroso de Buena Esperanza, juntando y anudando allí las inmortales empresas portuguesa y española, y dando la vuelta al planeta por primera vez. ¡Gloria á todos ellos, Señor, que para todos la hay en el suceso, así nacionales como extranjeros, así príncipes como súbditos y descubridores!

Difícil será siempre contradecir al cronista Oviedo cuando dijo: «que los tripulantes de la nao *Victoria* eran de más eterna memoria dignos que aquellos que con Jason navegaron á la isla de Colcos, en demanda del Velloco de oro.»

Por cierto que esto del oro del Velloco, me mueve á pensar que, si las armadas de Solís y Magallanes, y la nao de Juan Sebastian, no buscaban tan sólo un ideal platónico ó teórico, sino que, iban destinadas á descubrir camino para el comercio de las especias, tampoco es seguro que los tripulantes del barco fabuloso navegaran sin ningún interés, pues bien cabe la sospecha de que, á ser de barro el Velloco, no hubiera acompañado en tal aventura al ingrato amante de Medea, la flor y nata, segun cuentan, de los héroes griegos. Y al cabo y al fin, aunque buscasen los descubridores españoles ventajas y facilidades para el comercio, no obraban por sí, ni en provecho propio, sino por mandato y en bien de su rey, de su patria, de la humanidad entera.

Fué, en suma, de suyo grande, magnífico, el siglo xvi, porque condensó todos los esfuerzos latentes ó públicos de la Edad-Media, en el orden social, en letras, ciencias y artes; y porque la humanidad hizo en él como un resumen y punto de partida para sus inmensos progresos posteriores. No pretendo yo, en verdad, que fuese un hecho único, solitario, la prodigiosa expansión del espíritu español por entonces. Los portugueses nuestros hermanos, y los italianos, nuestros vecinos del Mediterráneo, grandemente se señalaron á nuestro lado también con sus hechos. Colon, por ejemplo, y Vasco de Gama, individualmente considerados, no tienen rivales quizá. Pero como nación, y en conjunto, nadie puede disputar á España la superioridad, así en los esfuerzos, como en los resultados.

Por otra parte, Señor, en medio de tantos timbres como ostenta el siglo que solemos llamar los católicos de Leon X y de la reforma los protestantes, ya en las letras, ya en las artes, ya en las ciencias, ninguno iguala al que le prestan las portentosas navegaciones y los descubrimientos y adelantos geográficos que en sus fecundos años se realizaron. Tomó entonces posesión el hombre de toda esta gran fábrica terrestre, estrecho asilo aún para su inmortal espíritu; determinóse experimentalmente el concepto del planeta, que sólo cabía hasta allí establecer por aventuradas hipótesis ó inducciones; regeneróse así la antiquísima ciencia que cultiva esta Sociedad especialmente, la geografía, y se logró, por virtud de tales triunfos, que esta sea, desde aquel siglo, una de las más frondosas y fructuosas ramas del árbol del saber.

Al cabo y al fin, el renacimiento de las letras, nunca del todo extinguidas, se debió á un progreso continuo y lento de toda la Edad Media, cosa que igualmente cabe decir de las artes; alcanzando tal grado de perfección unas y otras, desde los siglos xiii y xiv, que nada tuvieron de maravillosos para los mismos que los presenciaban sus trabajos insignes en los días de Leon X. Mas los adelantos de la navegación y la geografía, por el propio tiempo, fueron verdaderamente prodigiosos, y como tales, estimados por todos los contemporáneos sin excepción. Comenzado el rápido progreso, que produjo una casi total revolución en la geografía, por las osadas navegaciones portuguesas del siglo xv, abrió de par en par Colon las puertas al porvenir grandioso, que hoy de presente gozamos, en los albores mismos del siglo xvi, quedando al terminar éste, ó bien iniciados, ó bien previstos, si todos no, casi todos los adelantos modernos. Corresponde, sin disputa, muy principal gloria en tales y tan importantes hechos á muchos de nuestros compatriotas, como Juan Sebastian del Cano; y nadie la desconoce hoy realmente, alcanzando sus vivos reflejos á esta Sociedad, que sin duda por virtud de ellos ha sido con tan singular benevolencia acogida por las demás de su clase en Europa.

Tal vez se espera de los españoles del día que acabemos de dar á luz los trabajos todavía desconocidos de nuestros antepasados, mientras nos consienten los tiempos hacerlos propios. Acaso se piense también que no somos hijos degenerados de tales padres, y que, en los límites que fijan á toda humana acción las circunstancias, sabremos ser dignos de los protectores y compañeros de Colon y Magallanes, secundando y auxiliando los trabajos de la ciencia contemporánea, para sor-

prender los últimos secretos y detalles de este planeta, dentro de los exactos perfiles, que hoy ya por dicha tenemos. Ello es indudable que la paz interior de que al presente disfruta España, y que ojalá sea tan larga como la que se siguió al advenimiento de los Reyes Católicos, da al mundo esperanzas de un renacimiento general, que, no sin razón, aguarda que alcance también a los estudios geográficos. ¿Se engañará? Con toda la sinceridad de mi alma, digo aquí que no lo espero.

Modestas, sin duda, deben ser hoy por hoy, más ciertas y firmes, nuestras aspiraciones. No es dado esperar tan sólo de la paz y de nuestra interna reorganización, por rápida ó feliz que sea, tan prontas ni tan espléndidas resultas como en el siglo XVI se experimentaron. Salieron las naciones cristianas entonces de un estado de confusión y barbarie, sin duda desemejante y heterogéneo; pero de consecuencias idénticas ó poco menos, emprendiendo los mismos caminos todas, cuando no con iguales, con muy parecidas probabilidades de buena fortuna. Bien que no fuesen unos los principios de vida, ni unas, sobre todo, las fuerzas físicas, disparidad de que nacen luego tantas consecuencias inevitables, los Gobiernos y los hombres de entonces, las fuerzas morales y políticas, estaban bastante equilibrados ó equilibradas. Desde aquel tiempo acá, el curso distinto de la historia de unas y otras naciones, las ha traído á estados muy diferentes, ahondando ú ensanchando las desigualdades necesarias del orden físico, creándolas no pequeñas en el orden moral, estableciendo entre ellas, como una verdadera jerarquía bien dolorosa en verdad, para las que han venido á ocupar menores puestos.

No es dado á las naciones que se han quedado atrás, salvar de un golpe la enorme distancia que suele ya separarlas de otras; y sólo el trabajo asiduo, multiplicado, entusiasta, puede ir paso á paso acortándola, y borrando lentamente los límites que de sus más felices compañeras las alejan. Pero, ¡ay de ellas, Señor, ay de ellas si todavía hacen alto en el camino; si se apartan de él con sus errores económicos ó políticos y aun más con sus discordias intestinas!; que, en el rápido progreso de la época, un solo año perdido ha de ser casi imposible ganarlo ó recobrarlo jamás.

Puede muy bien España corresponder á las esperanzas que hoy despierta; más ello, por fuerza, ha de ser desviando para siempre la vista de sus pasados yerros. Llène ya el amor nacional, por sí solo, los grandes huecos que han ocupado hasta aquí los intereses ó las pasiones; tengamos espíritu propio, como ha de tenerlo toda nación digna de contarse en el número de las grandes personalidades históricas que gozan tal nombre; sacrifiquemos sin vacilación al espíritu general, que es como el alma de la patria, todo sentimiento individual é inferior, toda aspiración teórica, por seductora que sea; trabajemos, luchemos, en fin; y suceda lo que Dios quiera, quedaremos al menos por buenos españoles, y el mundo nos tendrá por legítimos descendientes de los descubridores ó conquistadores, que tan alta levantaron nuestra fama algún día.

Nada huelga, por modesto que sea aparentemente, en tal empresa; y mucho menos el cultivo de la ciencia especial que es objeto de nuestro instituto, tan relacionada con la cultura y prosperidad de los hombres. Así, de seguro, lo entiende V. M., y lo demuestra hoy al honrarnos con su augusta presencia. Así lo han comprendido también, sin duda, las excelsas princesas que acompañan á V. M.; así los muchos hombres ilustres en armas, ciencias, artes y letras que desde aquí contemplo; así, por último, el numeroso público de ambos sexos que nos oye; nos estimula, nos premia ya con su asistencia. A todos debe y á todos da la Sociedad por mi voz las gracias al empezar este acto solemne. La majestad, el valor, el talento, el saber, el ingenio y la hermosura, son los más grandes poderes humanos; y pues ellos se conciertan y adunan para protegernos, nada tenemos ya que temer, sino mucho que esperar de lo porvenir. La Sociedad Geográfica de Madrid está hoy, Señor, de completa enhorabuena. He dicho.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LOS FERRO-CARRILES DEL NOROESTE DE ESPAÑA.

Desgraciado sino preside sobre aquella vasta región española, la más poblada de habitantes, rica en variadísimos productos de la tierra, copiosa en aguas cuando la sequía agosta las mesetas y páramos de Castilla, cubierta siempre de verdura y frescor la tierra, abundante en minerales y contando con elementos de prosperidad inagotable, pero sumidos en la miseria la mayoría de sus pobladores por falta de comunicaciones que hagan posible el cambio de los productos. ¿Acaso no cuentan aquellas comarcas patricios y valedores que miren por ellas? No en verdad: que en todos tiempos han salido de allí varones insignes con decisiva influencia en los negocios públicos por su talento y diplomacia, para utilizarla en provecho de sus paisanos.

Es el sino fatal, ó quizás el mismo anhelo por el bien y la impaciencia de gozarlo y los medios empleados para alcanzarlo más pronto, los que han retardado el logro de legítimos afanes. No de otra suerte puede explicarse lo que con los ferro-carriles del Noroeste ha acontecido y acontece. Tras-

curridos van diez y seis años desde que fueron concedidas las líneas de Palencia á León y Asturias, de León á Ponferrada y la Coruña y de Orense á Vigo. Diéronseles á las compañías concesionarias subvenciones, anticipos y auxilios como á las demás de España y aun en proporciones más crecidas que á las del resto del territorio; ¿por qué se han concluido los ferro-carriles centrales y no los del Noroeste?

Difícil sería averiguarlo y exponerlo; pero lo patente, lo perspicuo, lo innegable, es que hay empresas y constructores arruinados y otros que han visto aumentado su capital. Compañías á las que teniendo en explotación más de la mitad del trayecto construido, son despojadas por una ley excepcional de la concesión que tenían, y otras mucho más atrasadas en explotación, respetado su derecho, libres de incautaciones y benignamente auxiliadas con nuevas prórogas. Tan distinto proceder debe obedecer á causas ocultas y manifiestas. De lo oculto no es fácil juzgar, y aun adivinándolo no fuera prudente el comentario. Entre las causas manifiestas, una hay comprobada, y es aquella tan sabida que la experiencia de los pueblos consagra en frases familiares elevadas á la categoría de refranes: lo mejor es enemigo de lo bueno. Así ha sucedido para Asturianos y Gallegos, que con sólo variar de postura creyeron curado el mal que les aflige, y pidieron y obtuvieron una ley draconiana, privilegiada y especialísima de incautación de un ferro-carril, en vez de atenerse á la ley general que los rige, para declarar la caducidad de una concesión y proceder según los trámites en ella señalados, á fin de respetar el derecho de todos, hasta de los que hayan obrado mal; pues la ley es patrimonio común, y no empece el error cometido á la integridad del derecho que asiste al mismo que yerra.

Consecuencia triste de una ley de incautación es la necesidad de otro proyecto de ley, próximo á tener que ser acatado para enderezar el tortuoso camino de la incautación, y como acontece siempre que se aparta uno de lo trillado y conocido, la nueva senda abierta, puede apartar todavía más de la consecución del fin ansiado y convertir la incautación modosa en confiscación repugnante.

Mucho se habla en los presentes tiempos de respeto á la propiedad, y unida á las no menos respetables ideas de religión y familia, se pronuncian siempre con seria entonación y grave semblante, una colección de frases construidas y estereotipadas sobre el asunto, por los peligros que amenazan á la sociedad, si no se acude pronto á salvarla contra las invasiones del socialismo y otros espectros no menos espantables. Esta doctrina y la propagación de ella, nos parece que tendría mayor eficacia, si todos, gobernantes y gobernados, facedores de las leyes y las gentes que deben acatarlas, no hicieran girones su propia obra, dando la propiedad al traste con los hechos, mientras que tan recio predicaban lo contrario. Porque ello es verdad: el sermoneo es grande, pero el fruto escaso, porque no se predica sino con el ejemplo, y el que damos todos en esta materia muy pocas alabanzas merece. ¿Qué principio de equidad ha inspirado un proyecto de ley en que se dan por pagados 400 kilómetros construidos y en explotación por diez millones de pesetas, y la construcción de otros 300 que cuentan ya obras considerables requiere sesenta millones de pesetas? ¿Es decir, que un kilómetro construido y explotado rindiendo productos mayores ó menores, se tasa en veinticinco mil pesetas, y un kilómetro que va á construirse, en doscientas mil? Valía más haber declarado la caducidad de la línea, y hecho la tasación que previene la ley general de ferro-carriles, para dar á los primitivos constructores concesionarios ó acreedores de éstos el valor real que la porción construída tenga mayor ó menor de diez millones de pesetas, fijado contradictoriamente.

Esto exigía la justicia, esto aconsejaba la equidad, esto imponía el tan decantado respeto al derecho de propiedad, y ante todo y sobre todo, el ejemplo que hay que dar desde lo alto, para que el alarido socialista no se convierta en razón incontrastable; ante los deplorables ejemplos y argumentos que los ergotistas de la propiedad le procuran.

No es menos lamentable la desigualdad de derecho aplicado á diversas compañías en paridad de condiciones. ¿Por qué tanta indulgencia, por qué tanto mimo y tanta prórroga para la Compañía de Orense á Vigo? ¿Ha trabajado más y mejor que la de Palencia á Oviedo y la Coruña, ha tropezado con mayores obstáculos ó tiene mayor importancia para tratarla de diversa suerte? Nadie se atreverá á sostener con sólidas razones la diferencia de aplicación de la ley á las dos empresas, y si alguna podía merecer lenidad ó excusa no era por cierto la de Orense á Vigo. Luego la diferencia de trato debiera buscarse en regiones superiores, donde no alcanzan ni con telescopio ojos profanos; pero que obligan á la generalidad de las gentes, por la ignorancia de las causas, á explicar sus efectos de una manera desventajosa para los dioses mayores que se hallen más á tiro de las murmuraciones de la muchedumbre.

Hay que desandar lo andado. Los legisladores, con el mejor deseo del acierto, siguen el camino abierto por la Administración, cuando tienen conocido el régimen de la ley de 3 de Junio de 1855 que puede reducirles á soluciones llanas, y sobre todo, justas, por más que ofrezca algunas dificultades su ejecución, y después de declarada la caducidad; pues que la incautación practicada que tuvo por objeto abreviar trámites, ha producido dilaciones en

mayor grado, y se encuentra el Gobierno con una Administración que le abruma, acreditando además que no puede en muchos años cumplir lo que á una empresa se le obliga que realice en pocos, y justificando en mucha parte con sus actos los que se imputaban más ó menos cuerdamente á la compañía víctima de la incautación.

LAUREANO FIGUEROLA.

FILIPINAS.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE LA AMÉRICA.

Manila 7 de Junio de 1879.

Hállase anunciada la subasta de conducción del correo entre esta capital y Singapore; pues como es sabido, el servicio de las malas de Europa termina en aquella colonia inglesa, constituyendo la comunicación con este archipiélago una línea especial que sirven los vapores particulares de esta matrícula.

En la subasta referida, el Gobierno limita su compromiso á seis meses, prorogables en períodos de tres meses hasta completar tres años, siendo la razón de esta reserva las medidas que el Gobierno supremo se proponga adoptar respecto á la conducción directa del correo entre esta capital y la metrópoli. A la vez que el anuncio de dicha subasta aparecía en el periódico oficial, hablábase en círculos privados de la posibilidad de un servicio mixto entre la Península y Filipinas, combinando una expedición de la mala francesa con otra de los vapores españoles de la empresa Olano-Larrinaga. Esta solución ha venido á destruir la noticia recibida últimamente, de haber sido desechadas por el Ministerio de Ultramar las proposiciones presentadas por dicha empresa. Por si esto, no obstante, llega á triunfar en otra ocasión el enunciado pensamiento, diremos, haciéndonos eco de la opinión aquí más general, que mientras se acepta el servicio de los vapores de Olano, se rechaza el de la combinación mixta. En efecto, esta última, dados los excelentes buques con que cuenta á la sazón la empresa española, daría por resultado una dislocación completa en la periodicidad del recibo de las malas, pues mientras la expedición francesa tarda por lo general de 38 á 40 días en la comunicación, los vapores de Olano solo emplean de 30 á 32, aconteciendo entonces que recibiríamos dos correos con un intervalo de diez días y que trascurrían luego veinte antes de que llegara el inmediato. Existe á nuestro juicio posibilidad perfecta de establecer el servicio directo en excelentes condiciones, confiándolo totalmente á la empresa española, y haciendo esta una expedición cada catorce días, que es como hoy funcionan las malas francesas ó inglesas que traen nuestro correo. Del servicio mixto no pueden esperarse ventajas. Si necesarias fueran otras consideraciones, nos remitimos á un artículo que acerca de este extremo publicó hace algunos meses el periódico *La Patria* y que reprodujeron otros de esa corte y de provincias.

**

Las obras de abastecimiento de aguas potables á esta capital, inauguradas hace poco más de un año, prosiguen con actividad muy laudable y con esperanzas de resultado más rápido y económico que el calculado en el proyecto. La población de Manila (no hablamos de la provincia) cuyo censo más exacto nos dá un total de ciento sesenta mil almas, carece todavía de aguas potables. Las clases más humildes beben el turbio caudal del Pasig, no siempre sano ni barato; pero el legado del ilustre Carriedo y el firme propósito de la corporación municipal, pondrán á salvo necesidad tan apremiante y tan generalmente sentida, llevando á feliz término las obras emprendidas ya. Verdad es que la ejecución de estas no tropieza con los serios inconvenientes que opone á las obras públicas del Estado y á la de carácter provincial, la severa y restrictiva legislación vigente.

El espíritu de esta legislación se funda en la absoluta preferencia del sistema de subasta; y no hallándose aquí desarrollada en la industria, porque el capital busca y obtiene empleo más lucrativo y desembarazado en otras especulaciones, resultan en la ejecución de los servicios procedimientos fuertemente dilatorios y una limitación infructuosa en las atribuciones administrativas de la autoridad superior. La insistencia con que debe dejarse probado en cada caso la falta de concurrencia del interés particular, obliga á repetir los actos de subasta con singular tenacidad, perdiéndose en ello largos períodos, no conquistados después, porque, aún declarada la infructuosidad de la subasta general de una obra, hay que proceder á subastas parciales para la contratación del material. Aun con todos estos inconvenientes, la doctrina legislativa podría aceptarse en la capital, donde la riqueza pública y los elementos de todo género, marchan naturalmente á la cabeza de las demás poblaciones de las islas; pero el sistema no admite diferencias de localidad, y la simple construcción de un puente en un miserable barrio de pescadores de uno de los más apartados distritos, en el que se sabe de antemano que toda la riqueza apreciable está representada por un millar de pesos, ha de seguir los mismos procedimientos que la obra más importante de Manila. No es posible, nuestra imparcialidad lo reconoce, que el desarrollo de las obras públicas pueda ser un hecho en estas condiciones; y donde, como en Filipinas, hay tanto que hacer y tanto que crear para poner á cubierto necesidades imperiosas, escribiendo la historia de nuestra Administración, no en expedientes que se archivan, sino en edificios y en carreteras, la legislación tiene forzosamente que ser más liberal, no limitando las facultades del delegado del poder supremo á la ejecución directa de obras y servicios públicos que no escadan de mil duros.

Cierto es que nuestro tesoro no se halla desahogado; que nuestros presupuestos arrojan un déficit de cuatro

millones de pesos, después de haber referido á los fondos locales las dos terceras partes de las obligaciones de los ramos de Fomento; que las cajas del Estado han tomado dos millones á la de dichos fondos; que representan más de tres millones las imposiciones en la caja de depositos, y que á los cosecheros de tabacos de Cagayan se les adeuda todavía más de un millón; más apesar de esta deuda, el país prueba que tiene recursos para unirse telegráficamente con Europa merced al cable á Hong-Kong; para construir el nuevo puerto de Manila; para aspirar á que la locomotora recorra al fin las ricas comarcas de Luzon, puesto que al presente se estudia la línea ferrea de Manila á Kagupan; para alumbrar sus costas con un bien entendido plan general de faros; para levantar un dique en Mariveles, dejando en el archipiélago los muchos millones que se atraen anualmente los que hay establecidos en China y á los que acuden hasta los buques de nuestra armada, y para otras mejoras, en fin, para otras manifestaciones más elevadas de progreso material, que permanecen estacionarias, en lucha con los preceptos legislativos en vigor.

**

La industria minero-carbonifera del país, parece quedar al cabo firmemente asentada. No son muy halagüeños los resultados que en estos tiempos se recuerdan, conseguidos de la vasta riqueza escondida en el subsuelo de este territorio. La isla de Cebú es la que más se ha significado en empresas hulleras y lo mismo el peninsular D. Diego Viñas que los Sres. Rojas de esta capital; á cuyo nombre se registraron y pusieron en explotación hace muchos años dos extensas pertenencias, tuvieron que abandonar sus intentos después de pérdidas considerables. El primero, hoy difunto, fué un modelo acabado de energía y de amor á la idea, al que debemos esta memoria.

Posteriormente en la provincia de Albay Sur de Luzon, se creyó hallada la primera explotación de carbones minerales de Filipinas. Los trabajos comenzaron en Sugud y la empresa "La Paz" hizo cuanto pudo por salir airoso de su empeño coronando también sus sacrificios un descalabro que no bastó á contener el apoyo de la Administración pública tratando de interesarse en el negocio por un crecido número de acciones.

En la actualidad las minas de Compostela, (isla de Cebú) son las que parecen ofrecer más seguro porvenir. Nuestra marina de guerra ha hecho con excelentes resultados las pruebas de los carbones, y hoy se ofrecen éstos al Estado, al precio de cinco pesos cada tonelada métrica. El llamado Cardiff que se obtenía por contrata para las atenciones de la armada, venía pagándose á trece pesos; y estimándose en ocho ó diez mil toneladas el consumo anual de los buques de nuestra marina militar, resulta la posibilidad de una economía de sesenta y cuatro á ochenta mil pesos en el gasto anual por este concepto, aun prescindiendo de las importantes ventajas que bajo otro punto de vista representa para la riqueza filipina la explotación hullera.

SOBRE LAS TEORÍAS MODERNAS DE LA LUZ.

INTERFERENCIAS Y TRANSFORMACIONES.

I

Hemos dicho en el artículo anterior que la luz no es otra cosa que el movimiento transversal y vibratorio del éter: del mismo modo que, al impulso de una piedra arrojada en un estanque, nace una ondulacion circular, que se dilata y crece sobre la superficie líquida, así cada vibracion del cuerpo luminoso da origen á una onda etérea, que se extiende en el espacio.

Las olas en el agua tienen cierta altura, miden cierta amplitud, caminan con determinada velocidad; pues altura, y amplitud, y velocidad, dependientes de las circunstancias especiales que en cada caso influyen, presentan también las olas etéreas que constituyen la luz. Pero al pasar del oleaje del Océano al misterioso oleaje de ese otro océano de las esferas, y al reducir á números las leyes del fenómeno, en vez de las cantidades ordinarias y comunes á que estamos acostumbrados, y que reproducimos sin dificultad en nuestra imaginacion aparecen otras, ó infinitamente pequeñas, ó infinitamente grandes, que llenan de asombro el ánimo.

I. Las olas del mar tienen dos, cuatro, ocho, quince metros de altura en las grandes tempestades; es decir, que cada molécula líquida, y todas ellas, suben y bajan recorriendo líneas verticales de dos, cuatro, ocho, quince metros de longitud. Los átomos del éter, en cambio, oscilan á uno y otro lado de su posicion media, describiendo líneas de dimensiones infinitesimales, que no acertamos, ni á comprender, ni á medir.

II. La amplitud de la ola acuosa, es decir, la distancia que hay entre dos crestas ó dos depresiones, es de cuarenta, de trescientos, de setecientos metros; la de las olas etéreas es de cuatrocientas, de quinientas, de setecientas MILLONÉSIMAS DE MILÍMETRO. O más claro: suponiendo dividido un milímetro en diez mil partes, cuatro, cinco, siete de estas pequeñísimas partes componen la amplitud ó espesor de la onda luminosa.

III. Camina el oleaje en el Océano, á razon de cuatrocientos, seiscientos ó mil metros por minuto; vuela la luz en los espacios con una velocidad de TRESCIENTOS OCHO MILLONES de metros, próximamente, por SEGUNDO.

Y estas tres cantidades, altura, amplitud y velocidad, tienen gran importancia en los fenómenos luminosos, é influyen de igual manera en el oleaje del éter, que los elementos análogos de las ondas acuosas ó aéreas en las vibraciones del agua ó en las vibraciones del aire.

Detengámonos en este punto algun tanto. *Altura.*—¿Qué representa en el mar la altura de la ola?

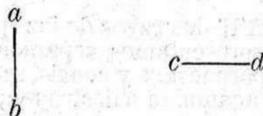
Ya lo hemos dicho: lo que cada molécula líquida sube ó baja; su excursion vibratoria; la distancia á que se separa en uno y en otro sentido de su posicion media. Por eso la ola es tanto más poderosa, tanto más terrible, cuanto es más alta; su fuerza viva depende de su altura, y así el Océano muestra sus furores por la espantosa magnitud de su oleaje.

Es decir, en resúmen, que la altura expresa el empuje, la intensidad, la fuerza viva de la ola.

¿Qué expresa en el aire la altura de la onda acústica?

La vibracion se extiende en este caso, no sobre una superficie, sino en todas direcciones, y esto hace comprender que no podremos ya medir la altura del movimiento vibratorio por la excursion vertical de las moléculas. Diremos, pues, que en el aire la altura de la onda está medida por el camino total que cada molécula describe entre sus dos posiciones extremas.

Así, cuando en el mar las crestas de las olas no pasan del punto a, ni las depresiones del punto b, se dice que la distancia



a b es la altura de la ola; y análogamente, cuando una molécula aérea, en su movimiento de vaiven, oscile entre c y d, podrá decirse que c d es la altura de su movimiento vibratorio.

Comprendida esta definicion, fácil es contestar á la pregunta últimamente formulada.

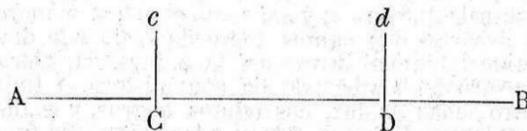
La altura, ó mejor dicho, la amplitud de la excursion en la onda acústica, expresa, como en el mar, fuerza viva de la masa, empuje del movimiento, intensidad del sonido.

Por último, ¿qué significa en el éter la altura de la onda luminosa, medida dicha altura como en la ola acústica hemos explicado?

Lo que expresa en el mar, lo que en el aire; siempre empuje, masa y velocidad, movimiento acumulado; es decir, fuerza viva; es decir, INTENSIDAD de la luz.

Amplitud.—La amplitud de las olas es la distancia entre dos crestas, ó entre dos depresiones; y diremos análogamente, que la amplitud ó espesor de la onda acústica ó etérea, es la distancia que media entre dos moléculas, que, en un mismo instante, se hallan en los límites de sus excursiones.

Expliquémonos con más claridad.



En un rayo de luz A B, y en un instante determinado, la molécula C está en c, á la máxima distancia C c de su posicion inicial; de suerte que no ha de pasar más allá de dicha posicion c, sino, por el contrario, ha de retroceder hácia C, para continuar su movimiento vibratorio del lado opuesto; pues bien, si en este mismo instante es d la molécula más próxima á c, que se encuentra en igual posicion límite, c y d serán como las dos crestas del oleaje luminoso, y C D el espesor ó amplitud de la onda. El cálculo demuestra que la rapidez de las vibraciones y el espesor ó amplitud de las ondas son cantidades ínfimamente ligadas; que cuanto más lentitud hay en el movimiento vibratorio, tanto mayor es el espesor de la onda luminosa; que, por el contrario, cuantas más vibraciones ejecuta en un segundo cada molécula, menor es la amplitud de dicha onda.

Hé aquí un nuevo elemento que á los tres ya mencionados, altura, amplitud, velocidad, debemos unir, á saber: el número de vibraciones ejecutadas por cada átomo etéreo en un segundo de tiempo, ó de otro modo, la velocidad ó rapidez de la vibracion. Elemento importantísimo, porque, así como en el sonido el número de vibraciones ejecutadas por cada molécula del aire mide la nota musical, así en el éter, este mismo número mide y expresa la que podemos llamar nota luminosa; es decir, el color.

Lo que en el sonido son las notas del pentagrama, son en la luz los colores del arco-iris, ese otro pentagrama sublime de los cielos.

En resúmen, los colores se distinguirán unos de otros, ya por el número de vibraciones, ya por el espesor de su onda, toda vez que ambos elementos son correspondientes, como dos cuerdas de un arpa se distinguen por su grueso y su longitud, circunstancias que influyen en la rapidez de las vibraciones.

Así el espesor de la onda será igual, por ejemplo:

en el color	violado ... á..	406 millonésimas de milímetro.
en el	azul..... á..	450
en el	verde..... á..	530
en el	anaranjado á..	570
en el	rojo..... á..	645

Y así, por lo tanto, el color violado será como la nota más aguda, el color rojo como la más grave de la escala.

En efecto, determinando el número de vibraciones del éter en los diferentes colores, resulta que el éter se ejecuta:

		Vibraciones en un segundo
en el color	violado.....	734,000 000,000 000
en el	azul.....	685,000 000,000 000
en el	verde.....	531,000 000,000 000
en el	anaranjado.....	540,000 000,000 000
en el	rojo.....	477,000 000,000 000

¡Al considerar que un átomo del éter ejecuta SETECIENTOS TREINTA Y CUATRO BILLONES de vibraciones en un SEGUNDO, la imaginacion se pierde y el vértigo de lo infinito se apodera de la razon!

Sin embargo, hijos de la razon ¡facultad divina! son estos portentosos descubrimientos.

II

Quizá los resultados que acabamos de exponer parezcan á primera vista juegos fantásticos de la imaginacion, y no obstante, aunque mucho nos admiren, preciso es confesar que son verdades positivas; que palpitan y viven, por decirlo así, en la realidad; que sobre el papel se demuestran, y en el gabinete del físico se ven con los ojos y se tocan con las manos.

Procuremos desvanecer dudas y prevenir incredulidades.

Hemos dicho que el espesor de la onda luminosa es de 4, de 5, de 6 diezmilésimas de milímetro; que el número de vibraciones varía segun el color de la luz entre 400 y 800 billones por segundo; que la velocidad de propagacion del movimiento luminoso es de 308 millones de metros en un segundo también.

Hé aquí tres cifras que quizá hagan brotar á los labios del lector, ó una sonrisa incrédula, ó esta maliciosa pregunta: ¿Quién ha medido esas distancias, quién ha contado esos números?

¿Quién? Roëmer, Bradley, Fizeau, Fresnel, Young, Arago y otros muchos físicos eminentes.

No como se miden los kilómetros de una carretera, ó como se cuentan las campanadas de una torre, es cierto; mas por métodos tan sencillos, tan ingeniosos, que si mucho trabajo cuesta inventarlos, poco cuesta comprenderlos.

Pero ántes de entrar de lleno en la cuestion, debemos hacernos cargo de otro fenómeno luminoso, inexplicable en la teoría newtoniana, sencillo, natural, espontáneo en la de las vibraciones, y que ha servido de base, en cierto modo, á muchos importantes descubrimientos.

Nos referimos al fenómeno de las interferencias.

Permitásenos, á este propósito, presentar algunos ejemplos, vulgares si se quiere, pero, á nuestro entender, oportunos.

Cuando al que tiene un millon de reales le dan otro millon, es cosa clara como la luz que tiene más dinero que ántes, es decir, dos millones.

Cuando en un estanque de agua se arroja más agua, la masa total aumenta, el nivel sube.

Cuando en un depósito de aire se inyecta más aire, aumenta también la cantidad de este fluido.

En general, cuando á una sustancia, sea oro, agua, ó aire, se agregan nuevas porciones de esta misma sustancia, la cantidad primitiva recibe un incremento.

Ahora bien, volviendo á la cuestion, si la luz fuera una sustancia como el aire, como el agua, como el oro, añadiendo luz á luz, obtendríamos siempre más luz; y sin embargo, no en todos los casos sucede esto, ántes, por el contrario, experiencias hay, y muchas, en que luz añadida á luz da oscuridad.

Es decir, luz más luz, igual sombra.

Allí donde este fenómeno singular se presenta, dícese que hay una interferencia, y con él se prueba que la luz sólo es un accidente, un modo, una manera de ser de la materia.

III

Interferencias.—En la teoría de la emision las interferencias son inexplicables; en la teoría de las vibraciones son accidentes necesarios del movimiento.

¿Qué tiene de extraño, si la luz es una mera vibracion del éter, que luz agregada á luz dé oscuridad?

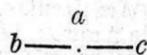
Agregar luz á luz es reunir en uno dos movimientos, y si ambos son iguales y opuestos, no es cosa extraña, sino ántes bien natural y corriente, que se anulen y destruyan.

Chocan dos masas blandas, que marchan en sentidos contrarios, y á veces ambos movimientos se equilibran y quedan las masas en reposo.

Tiran dos fuerzas iguales y en direcciones opuestas, de una cuerda, y ni en uno ni en otro sentido camina ésta.

Se cruzan dos olas, y allí donde la cresta de una de ellas se superpone á la depresion de la otra, el agua queda en su nivel ordinario: hé aquí un caso en que la coincidencia de dos movimientos vibratorios ocasiona la anulacion de ambos.

Pues del mismo modo, si llega un rayo de luz, es decir, un movimiento vibratorio, á una molécula a del éter



y tiende á llevarla en el sentido a c; y al propio tiempo llega otro rayo de luz á la misma molécula pugnando por arrastrarla en sentido a b, contrario al primero; y si, por último, ambas tendencias son iguales en intensidad, es evidente que ambos movimientos se anularán sobre la molécula a, que

dando ésta inmóvil. Tendremos por lo tanto en *a* dos luces que se anulan, ó lo que es lo mismo, entre rayos de luz *punto de sombra*: resultado de la oposicion de dos vibraciones, cero de ambos movimientos, expresion material y escritura simbólica, en el espacio, de esta fórmula:

$$\text{luz} + \text{luz} = 0.$$

Hé aquí demostrada la posibilidad de la interferencia.

Pero no siempre uno de los dos movimientos vibratorios destruirá al otro: podrá suceder que ambos lleguen á un átomo etéreo tendiendo á llevarlo en una misma direccion, en cuyo caso, lejos de anularse, se acumularán, dando una mayor cantidad de luz, es decir, un *punto brillante*; del mismo modo que se acumulan las crestas de dos olas, y producen una nueva ola mayor que cuantas la preceden y la siguen.

En resumen:

1.º Hay casos en que luz agregada á luz da más luz, y son aquellos en que las vibraciones concuerdan, y por lo tanto, se refuerzan y acumulan: entónces la molécula vibra con una velocidad resultante igual á la suma de las dos velocidades, que ambos movimientos parciales tendian á comunicarle separadamente: entónces este punto se distingue y destaca entre los otros por su mayor brillo, y bien puede recibir el nombre de *punto brillante*; ó tambien, si este fenómeno de concordancia vibratoria se repite á lo largo de una línea, podremos designarla con la denominacion de *línea brillante*.

2.º Hay otros casos en que luz agregada á luz da oscuridad, y son los en que se superponen y anulan movimientos iguales y contrarios, dando por resultado *puntos ó líneas de sombra*.

3.º Entre estos casos extremos, mil otros se presentan por la acumulacion de movimientos vibratorios, que en parte se destruyen y en parte se refuerzan, formando de esta suerte tintas intermedias entre las líneas de sombra y las líneas brillantes.

Los sentidos sólo ven en estos casos caprichosas distribuciones de oscuridades y destellos; la razon ve movimientos concordantes ó discordantes del éter; el análisis matemático halla la ley del fenómeno; y la ciencia, en fin, ordena y condensa la variedad de los hechos en la unidad de la *idea*.

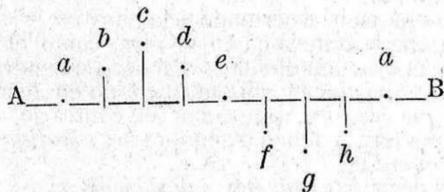
IV

Varias veces hemos empleado esta palabra, *onda luminosa*: precisemos, ántes de seguir adelante, su verdadero sentido.

¿Qué es, hasta dónde llega, dónde empieza y dónde acaba la ola del mar?

La ola es en el mar la porcion comprendida entre dos crestas ó entre dos depresiones; ó dicho de otro modo, entre dos moléculas líquidas situadas en igual posición relativa. La ola es, pues, la *parte periódica* del movimiento.

Fácilmente comprenderemos ahora lo que es la onda luminosa.



Sea A B un rayo de luz en un instante determinado del movimiento, y representemos por líneas verticales los caminos recorridos por los átomos etéreos, átomos que, ántes de comenzar las vibraciones, se encontraban en dicha recta A B.

La molécula *a* se halla en el instante que consideramos en su *posición inicial*.

b sube y se encuentra á la mitad de su camino ascendente.

c está á la mayor distancia posible de su primitiva posición, y por lo tanto, es la cresta de la *ola luminosa*.

d se halla á la mitad de su excursion descendente.

e ha vuelto, despues de subir y bajar, á su primera posición, pero á ella llega con tal velocidad, que seguirá caminando en sentido descendente.

f ocupa el punto medio de su semi-oscilacion.

g se halla en el punto más bajo de su carrera, y es, segun esto, una depresion del oleaje luminoso.

h sube y se encuentra á la mitad de su camino.

a, finalmente, ha vuelto á su primitiva posición.

Y ahora podemos repetir la pregunta que há poco formulamos: ¿qué es la onda luminosa?

El conjunto de las moléculas *a b c d e f g h a*, que constituyen la parte periódica, y que indefinidamente se repite en uno y en otro sentido; y es claro que la distancia entre *a* y *a*, ó entre *c* y *c*, ó finalmente, entre *g* y *g*, será el espesor de la onda. Esta longitud es la que deciamos al comenzar que era de *cuatro, cinco ó seis* diezmilésimas de milímetro, y en esta longitud demuestra Cauchy, que hay por lo ménos 200 moléculas, fundándose en varias experiencias de Arago sobre la estrella Algol.

Si lo infinitamente grande crece y crece en el cono visual del telescopio, lo infinitamente pequeño huye y se anula, ó ante los esfuerzos del cálculo, ó bajo los hinchados cristales de los más poderosos microscopios.

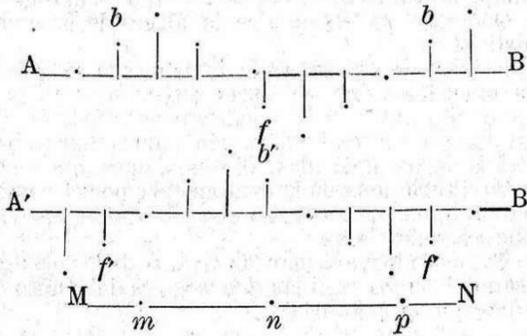
Ante lo infinitamente pequeño, como ante lo infinitamente grande, la razon vacila, y es que lo

infinitamente pequeño, como ha dicho un célebre físico, aunque con distinto objeto, es siempre el mismo infinito, gigante disfrazado de pigmeo.

V

I. Fácil será ya hacer que el lector comprenda cómo es posible medir el espesor de la onda luminosa.

No intentamos explicar de qué suerte se realiza operacion tan increíble; sólo aspiramos á dar una ligera idea del principio en que se funda.



Sean AB y A'B' dos rayos de luz que para mayor facilidad representamos separados, pero que suponemos superpuestos y coexistentes, como se superponen y acumulan ó destruyen, las olas del mar.

En el instante que consideramos, el movimiento vibratorio del rayo AB tiende á colocar á la molécula *b* á la mitad de su excursion *ascendente*, y si dicho rayo estuviera aislado, tal sería el efecto producido; pero sobre la molécula *b* actúa tambien el segundo rayo A'B', que tiende á situarla en el punto medio *f'* de su oscilacion *descendente*; y como por otra parte ambas tendencias son iguales en cuanto á intensidad, pero opuestas en direccion, no pudiendo la molécula estar á la vez en *b* y *f'*, queda en su posición media de equilibrio, es decir, en la recta AB.

En la línea de luz MN (que es la misma A B ó A' B' representada aparte para evitar confusion) aparece, pues, un punto en sombra *m*, como aparecerán otros en *n* y *p*, por ser los caminos *b'* y *f*, *b* y *f'* iguales y opuestos tambien.

De aquí se deduce que si se pudiera recoger en una pantalla el rayo de luz MN, resultado de superponer los AB y A' B', en ella aparecerian una serie de puntos en sombra *m, n, p,...* y la distancia *m p* entre dos no consecutivos sería el espesor *bb'* de la onda luminosa.

Estos puntos de sombra son, por decirlo así, los jalones entre los que ha de medir el observador la distancia que busca; y así como el maestro marca al discípulo dos puntos sobre el papel, y le dice: «mide del uno al otro», así la naturaleza, eterno maestro del hombre, le fija con misteriosa tinta, entre ondas de luz, dos puntos negros, y le dice tambien: «adivina y mide, y obtendrás por la fuerza divina de tu corazon cosas que jamás alcanzarán á ver los pobres cristales de tus ojos.»

Esto indica la manera, y demuestra la posibilidad, de medir el espesor de la onda luminosa; pero es claro que el método que acabamos de exponer es de todo punto *irrealizable*, mientras no se modifique en su parte práctica, toda vez que los puntos de sombra *m, n, p* huyen en la direccion A B con rapidez infinita.

Basta, sin embargo, lo dicho, para dar una idea de los principios en que se fundan los varios procedimientos realmente empleados en el gabinete del físico.

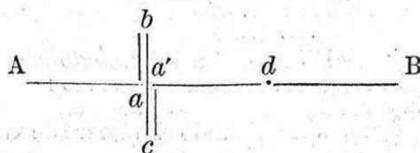
Hasta aquí lo relativo al espesor de la onda; pero nos resta todavía algo por decir respecto á la *velocidad* de la luz, y al *número de vibraciones* de cada molécula etérea.

II. Nada más sencillo en principio que medir la velocidad de la luz. Gira el primer satélite de Júpiter alrededor de este planeta, y al dar la vuelta por detrás de dicho astro, desaparece de nuestra vista; pero se sabe y se conoce con rigorosa exactitud el momento preciso en que debe *aparecer*, y hecho el cálculo, resulta, por ejemplo, que el instante de emersion es á las 3 horas 15 minutos y 2 segundos; sin embargo, hasta las 3^h, 48' y 22" no aparece en el campo del antejo, resultando, por consiguiente, un retraso de 33 minutos y 20 segundos. Ahora bien, el cálculo astronómico es infalible, luego el satélite salió de la sombra de Júpiter á la hora calculada, y si nuestros ojos no lo vieron, consiste en que esos 33' y 29", ó sean 2.000", de retraso, es el tiempo que la luz tardó en llegar hasta nuestra retina. Si, por último, suponemos que la distancia del satélite hasta la tierra es, por ejemplo, de 616 millones de kilómetros, dividiendo este número por 2.000" tendremos la velocidad de la luz.

Casi es inútil advertir que ni las cifras que acabamos de presentar son exactas, ni es éste el método, en la parte práctica, seguido por Roëmer.

III. Ocupémonos, para terminar este punto, de la determinacion del número de vibraciones en los diferentes colores del iris.

Sea *a* una molécula etérea del rayo de luz A B:



obedeciendo al movimiento vibratorio describe la

línea *a b*, llega á su posición extrema *b*, retrocede hasta *c*, y vuelve á su punto de partida *a'*, completando de este modo una *vibracion*. Pero mientras la molécula *a* ha descrito el camino *a b c a'* (que en rigor debia ser una línea *única*, pero que desdoblamos para más claridad), el movimiento vibratorio ha llegado hasta *d*, y, por lo tanto, *a d*, distancia entre dos moléculas que ocupan iguales posiciones relativas, es el espesor de la onda luminosa.

De aquí se deduce esta consecuencia importantísima: *el tiempo de una vibracion es el empleado por la luz en recorrer la longitud de una onda luminosa*.

Nada más sencillo ahora que formar la proporcion siguiente:

Si mientras describe la luz la distancia *a d* ejecuta el éter una vibracion, mientras describa 308.000 kilómetros (es decir, en un segundo), ¿cuántas vibraciones ejecutará? O bien:

$$ad : 1 :: 308000000'' : x = \frac{308000000}{ad}$$

Divídase, pues, la velocidad de la luz, 308.000 kilómetros, por los números que expresan los espesores de las ondas, y hallaremos los que representan las vibraciones ejecutadas por cada molécula etérea en un segundo.

¡Un problema, al parecer difícilísimo y profundo, queda reducido á una simple division; y un admirable misterio de la naturaleza queda explicado plenamente por una elemental operacion aritmética!

Casi siempre, lo más sublime es lo más sencillo.

VI

Hemos dicho que los *colores* son en cierto modo las notas musicales del éter. La vista llama *azul, verde, rojo* á lo que la ciencia llama *tantas vibraciones* por segundo.

Los colores no existen como sustancias; son formas del movimiento, que apreciadas por nuestros sentidos de cierta manera especial, reciben nombre con arreglo á las impresiones que en nosotros producen.

Lo azul, una nota musical, el calor de un cuerpo, todos estos fenómenos son idénticos en el fondo; porque todos ellos se reducen á vibraciones de la materia.

La primera impresion que estas ideas causan en el ánimo, no lo negamos, es de profunda tristeza. Al saber que los colores no existen en la realidad, vemos palidecer al universo; los astros de fuego, los bellos celajes, la verdura de los campos, el azul de los cielos, todo desaparece como ligera neblina, dejando en cambio en polvareda infinita, el eterno bullir de moléculas incoloras. ¡En vez del mundo real tan lleno de vida y de luz, átomos que van de una parte á otra, movimientos que se cruzan, vibraciones que se repiten! ¡La Mecánica ahogando en nubes de polvo á la Poesía; la Estática concluyendo con la Estética!

Pero no: la belleza que vemos, ó creemos ver, en el mundo material que nos rodea, es un hecho, y es inútil negarla; explicarla es lo que importa. Si al hacer la diseccion de la materia sólo encontramos un esqueleto, es porque prescindimos del sér humano que la anima y la vivifica; es porque las bellezas, los encantos, las armonías del mundo físico no son exclusivamente suyos, sino que en ellos tiene gran parte nuestro espíritu. ¿Cómo y por qué, se preguntará, al ponerse en contacto con el hombre, esa dinámica fria é insensible del espacio se transforma y sublima?

¿Cómo la vibracion del éter se convierte en *color*?

¿Y la vibracion del aire en *armonía*?

¿Y los colores y las armonías en un *ideal* de belleza?

Cuestiones son éstas ajenas á nuestro objeto: nos complace mirarlas de cuando en cuando; creemos necesario oponerlas como saludable correctivo á lo que pueda haber de peligroso por el abuso en las nuevas teorías físicas, pero ni es ésta ocasion de abordarlas, ni á tanto alcanzan nuestras fuerzas.

VII

Quizá algun lector habrá notado en las explicaciones que poco há dimos sobre las interferencias, una aparente contradiccion.

Llegan, dijimos, dos movimientos vibratorios hasta una molécula etérea, y por ambos se encuentra solicitada. Pugna el *primero* por sacarla de su posición de equilibrio inclinándola hácia la derecha; trata el *segundo* de arrastrarla hácia la izquierda, y si ambos tienen igual intensidad, se *destruyen* sus efectos y el átomo etéreo queda inmóvil; pero en el artículo sobre el calor dijimos que nunca las fuerzas y los movimientos se anulan por completo; ¿cómo, pues, armonizar estas dos proposiciones contradictorias?

1.ª *Proposicion*. «Nunca un movimiento se anula; cuando más, pasa y se transforma.»

2.ª *Proposicion*. «La interferencia es la anulacion de dos movimientos opuestos.»

La dificultad es aparente y la explicacion sencillísima.

Dos cuerpos blandos chocan en sentido contrario, sus movimientos totales se destruyen y quedan en reposo ambas masas, hé aquí una aparente destruccion de movimientos; pero no destruccion

real, porque si el movimiento de avance desaparece, es porque penetra en la masa y se individualiza en las moléculas, y, ó se convierte en calor, ó se transforma en trabajo molecular. Pues análogamente podremos decir, viniendo al caso que nos ocupa, que si los movimientos vibratorios del éter al llegar á uno de los átomos se destruyen, y cesa por lo tanto el fenómeno luminoso, la fuerza viva de ambas vibraciones en alguna otra parte y bajo alguna otra forma estará; tal vez dentro del mismo átomo penetre, transformándose en algo que aún ignoramos; ó se disperse en el éter en forma de electricidad; ó sufra en fin mil otros cambios difíciles de adivinar. ¡Quién sabe! ¡Quizá esas líneas negras que aparecen en los experimentos sobre interferencias son centros de infinitas y misteriosas transformaciones!

Sea cual fuere la nueva forma que tome el movimiento del éter, es lo cierto que al cesar la vibración, cesó como luz, y por eso aparece como línea de sombra; otros sentidos podrán tal vez apreciarlo; para el sentido de la vista dejó de ser.

Nies ésta, por lo demás, la única ocasión en que la luz se extingue; si hay cuerpos transparentes que dan paso á los rayos luminosos, casi de una manera perfecta, ninguno deja en rigor de absorber cierta cantidad, siquiera sea mínima, de la fuerza viva acumulada en las ondas etéreas; y en general, todos los cuerpos opacos detienen y anulan gran cantidad de luz. Pero cuenta que al afirmar que anulan el movimiento del éter, no suponemos que lo anulen en absoluto, sino en el concepto de vibración luminosa.

Llegan en ondas vibrantes los rayos del sol á una masa de hierro: unos se reflejan, otros penetran la primera capa del metal, mas bien pronto el movimiento de estos últimos queda totalmente destruido, y hé aquí una cierta cantidad de luz anulada.

Queda anulada, sí, como luz, pero no como movimiento y fuerza viva. En este último concepto abandonó al éter, es cierto, pero fué porque pasó á las moléculas del metal y las puso en movimiento, y las hizo vibrar, y lo que como luz vino del sol, absorbido y transformado es calor en el hierro.

Precisamente por esta facultad de absorción se eleva tanto la temperatura de las masas metálicas cuando se hallan expuestas á las radiaciones solares.

Y hé aquí un ejemplo patente de transformaciones luminosas: la luz desaparece, se anula, deja de ser; pero cuando en luz se pierde, se gana en calor. Si pudiéramos expresar en números la luz perdida y el calor ganado, tendríamos el equivalente lumínico del calor y el equivalente calorífico de la luz, como obtuvimos en nuestro primer artículo el equivalente mecánico del calor ó el calorífico del trabajo. Relacion natural y lógica, por que estos tres elementos del mundo material, trabajo, luz y calor, son en esencia fuerza viva, es decir, producto de masas por cuadrado de velocidades. Tal es la gran unidad de la materia.

Más aún; el ejemplo que acabamos de estudiar, no sólo demuestra con fuerza irresistible que luz y calor son una misma cosa, pues que se transforman y equivalen, sino que es uno de los infinitos casos en que el éter se pone en relacion con la materia ponderable; así la fuerza viva del primero (luz) ha pasado al segundo, engendrando calor.

Y la explicación del fenómeno se comprende sin dificultad; parece casi que se está viendo lo que dentro del metal sucede.

Llega la vibración luminosa hasta la superficie del hierro, y el éter, que entre molécula y molécula de esta sustancia se halla, comienza á vibrar también, pero no encuentra espacio á su alrededor ni la forma de los huecos intermoleculares es la que la vibración luminosa exige, y así se ve entorpecido en su movimiento y choca contra una molécula, y más allá torna á chocar con otra, y de esta suerte sus oscilaciones se van apagando y su fuerza viva va pasando al metal, hasta que al fin queda en reposo (ó dicho de otra manera, se extingue la luz); mientras las moléculas del hierro, cargadas con la fuerza viva que en ellas dejó el éter, vibran dentro de la masa metálica con mayor rapidez que antes. A este aumento de fuerza viva del hierro es precisamente á lo que llamamos calorífico, y hé aquí cómo la luz se ha transformado en calor.

VIII

Innumerables son los ejemplos que pudiéramos presentar en apoyo de esta teoría; citemos algunos.

Cae un rayo de sol sobre las partes verdes de un vegetal; ó dicho de otra manera, llega á la materia orgánica de la planta una masa de éter, animada de cierta fuerza viva, y esta fuerza viva pasa al ácido carbónico que se halla en los tejidos verdes; de manera que las moléculas de oxígeno y carbono que componen el ácido entran en vibración tan rápida, que así como se rompe y salta una cuerda cuando vibra con excesiva rapidez, así rompen dichas moléculas la fuerza de afinidad que las ataba, salen fuera de su mútua esfera de atracción, y desprendiéndose el oxígeno en la atmósfera, queda el carbono depositado en el vegetal. La fuerza viva de la luz empleada en esta reacción química, al parecer es fuerza viva perdida, pero en estado potencial se halla en las moléculas de carbono y oxígeno, y todo el fenómeno queda reducido á la transformación de luz en trabajo, ó sea en reacción química.

Expliquémonos con más claridad.

Cuando una máquina de vapor, por ejemplo, se utiliza en elevar un peso, una cierta cantidad de calor desaparece, y en apariencia se anula.

Cuando, no por medio de una máquina, sino con mi fuerza muscular elevo este mismo peso, el trabajo mecánico desarrollado por mí, como el calor del caso anterior, desaparece también.

Pero no olvidemos que un peso ha sido elevado á determinada altura, y que al abandonarlo á su propia acción caerá sobre la superficie de la tierra, desarrollando un trabajo exactamente igual ó equivalente al calor de la locomotora, ó á mi acción muscular. Aquél y ésta no quedaron anulados, sino latentes, ocultos, ó como decíamos poco há, en estado potencial.

Así sucede con las moléculas de carbono y oxígeno que el trabajo de la luz separó.

o c

Próximos, unidos, enlazados, por decirlo así, y formando una molécula de ácido carbónico, están el oxígeno o y el carbono c (prescindimos en la figura del número de átomos de cada cuerpo simple); y como la máquina de vapor empleó su trabajo en separar la tierra y el peso, y en colocarlos á mayor distancia, la fuerza viva de la luz separó los dos componentes del ácido; dejó al carbono C en el vegetal, lanzó

O. C

al oxígeno O (ó á parte de él) en la atmósfera; y en aumentar la distancia o c hasta la O C consumió toda su fuerza viva.

En el oxígeno O, y en el carbono C, separados, se halla el trabajo mecánico de la luz, no en acto, sino en potencia; potencia que aprovechará más tarde la industria, ó que dará vida á la parte material del organismo humano.

Porque algún día ese carbono depositado en la fibra vegetal, y conservado en las entrañas de la tierra durante siglos, estará hecho áscua en el hogar de una locomotora, y al combinarse con el oxígeno, devolverá en calor toda la fuerza viva que consumió la luz en descomponer el ácido.

Fijemos las ideas y comprendamos claramente esta serie de transformaciones.

1.º Vibran las moléculas de la masa solar, y esta vibración pasa al éter que rodea al astro: hé aquí un primer cambio entre la materia ponderable y el éter, una primera transformación del calor en luz.

2.º La vibración, y con ella la fuerza viva, corre y desciende con extraordinaria rapidez desde el sol á la tierra.

3.º Llega la vibración etérea hasta el vegetal, y cede al ácido carbónico su fuerza viva: segunda transformación del movimiento: como pasó del sol al éter, pasa de éste á la materia ponderable.

4.º Vibran el oxígeno y el carbono, y su fuerza viva vence la fuerza de afinidad, separando ambos cuerpos simples. La luz se ha convertido, por decirlo así, en reacción química, y ha operado una reducción.

5.º Aquel vegetal andando el tiempo, está en el hogar de una locomotora; aquellas moléculas de carbono están en presencia de las moléculas de oxígeno (ó de otras iguales) de las que fueron separadas por la acción de la luz; y como el peso que se elevó, cae y restituye el trabajo que en elevarlo hubo de consumirse, así caen el oxígeno sobre el carbono y éste sobre aquél, desarrollando, en este choque microscópico y gigantesco, una cantidad de calor equivalente al trabajo mecánico que exigió la descomposición química; á la fuerza viva que venía en la luz; á la que el éter trajo por los espacios interestelares; á la que recibió del sol; á la que las potencias soberanas de los mundos comunicaron al astro soberano de nuestro sistema.

Siempre el mismo principio: la invariabilidad de la suma total de fuerzas vivas.

El mismo medio: la transformación del movimiento.

Las mismas leyes: las de la mecánica.

IX

Otro ejemplo más.

Supongamos que se repiten las primeras transformaciones del caso anterior: á saber, transformaciones del calor solar en luz; de la luz en acción química; condensación de carbono en la fibra orgánica, y desprendimiento del oxígeno. Prescindamos, para mayor sencillez, de las nuevas combinaciones en que el carbono entra, combinaciones, en general, menos estables que aquella (el ácido carbónico) de que formaba parte, y que la fuerza viva de la luz destruyó.

Resulta de aquí, como decíamos antes, una fuerza viva latente, un trabajo potencial, condensado en las moléculas de carbono y oxígeno, accidentalmente separadas, y que aprovecharán, si se nos permite esta manera de expresarnos, la primera ocasión que se presente, para volver á unirse.

El tiempo pasa, y aquellas moléculas de carbono, cuya historia, por decirlo así, estamos refiriendo, constituyen un fruto de la tierra, llegan á ser alimento del hombre, forman parte de su organismo, y con admirable compás circulan en la sangre por la complicada red de sus venas. Así llegan al pulmón; y en él, como el combustible y el aire en el hogar de la locomotora, se encuentran al fin el carbono y el oxígeno, y precipitándose con toda el ansia de la afinidad química, recomponen el ácido

carbónico, y desarrollan una cantidad de calor equivalente al consumido por la luz para su descomposición. Este calor es nuestra fuerza, y la transformamos de mil maneras, ya en los usos de la vida material, ya como instrumento de que el espíritu se sirve para ponerse en relación con el mundo físico.

Así, pues, no en sentido poético, sino con entera verdad, podemos decir que del sol vino gran parte de la vida y de la fuerza que anima nuestro maravilloso mecanismo en su parte material. El movimiento de mi mano al trazar estas líneas era tal vez, un año há, vago bullir de unas cuantas moléculas solares.

Y no se tema que esta teoría, bien aplicada, pueda conducir al materialismo. Si el universo, en su parte material, pudiera explicarse con los átomos y el movimiento, un abismo incolmable quedaba abierto entre el mundo físico y el espíritu. ¡Qué triunfo mayor para el espiritualismo!

Porque todo, absolutamente todo lo que la inercia, la impenetrabilidad y el movimiento pueden dar de sí, ya lo sabe el mecánico: trayectorias, aceleraciones, velocidades, fuerzas vivas; en resumen, movimiento y nada más que movimiento: y por más que se divida, ó se condense, ó se transforme, jamás brotará de él, en los límites de las leyes mecánicas, un átomo de vida inteligente. Podrá la mecánica explicar todos los fenómenos del mundo material; no explicará nunca la conciencia, el pensamiento, la voluntad, ó las mil otras manifestaciones del espíritu. Así el padre Secchi en su magnífica obra.—*L'unità delle fisiche, saggio di filosofia naturale*,—acepta sin titubear la teoría atomística, y con gran copia de razones la defiende: quizá la exagera, quizá se deja arrastrar por su poderosa imaginación y su deseo de obtener la gran unidad de todos los fenómenos naturales.

No en la teoría de los átomos inertes, y de movimientos anteriores, cuya impotencia para explicar los hechos psicológicos es manifiesta, sino en las fuerzas abstractas, vagas, oscuras, veladas, es donde tiene su punto de apoyo la escuela materialista.

La afinidad, el calor, la electricidad, el magnetismo, considerados como potencias misteriosas, son capaces de todo, mientras se ignore de lo que son capaces.

¿Cómo negar que el fluido eléctrico pueda dar pensamiento á la materia mientras no se sepa lo que es la electricidad?

Pero si el misterio se desvanece y se explica; si el velo se rasga; si al fin resulta que la electricidad no es otra cosa que unos cuantos átomos que se mueven, ¿quién ha de ser tan insensato que á un movimiento le pida ideas, sensaciones y voluntad?

Decíamos que la teoría de los átomos y del movimiento no es un peligro para la doctrina espiritualista; y por lo demás, como teoría física, ni debemos aceptarla incondicionalmente, ni rechazarla por completo. Con ella se explica la luz, se explica el calor, se explican aún buena parte de los fenómenos eléctricos; pero, ¿debemos por esto desechar como inútiles las fuerzas abstractas, según el padre Secchi las llama?

El problema es demasiado complejo para resolverse á la ligera. Hay una dificultad que el padre Secchi pasa por alto: una dificultad que no resuelve la teoría de Poinsot sobre el choque de los cuerpos duros, y es ésta la relativa á la pérdida de fuerza viva.

X

La materia que estamos tratando es tan rica, que, por decirlo así, rebosa y se extiende más de lo que quisiéramos.

Mucho nos resta por decir, y, sin embargo, fuerza es que terminemos este larguísimo artículo.

La teoría general de la transformación de radiaciones, como la fosforescencia y la fluorescencia; la absorción y la emisión; el análisis del espectro luminoso, y otros muchos que excusamos mencionar, son puntos importantísimos pero no para estudios de paso.

Contentémonos con decir que todos ellos comprueban más y más la teoría de las ondulaciones; ligan estrechamente los fenómenos luminosos á los caloríficos; establecen aún importantísimas relaciones entre la acción química y las vibraciones etéreas; y tienden á ensanchar la esfera de acción del gran principio de la física, que hoy aspira al dominio universal: el movimiento de la materia.

JOSÉ ECHEGARAY.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

Más allá del palacio, en el arroyo llamado del Apjoll, que ya dista poco del Rocío, se preparan de nuevo con todos sus adornos las carretas, y se visten de gala los cofrades y las mozas, para hacer la solemne entrada en el Real, que tiene lugar por la tarde, desfilando unas tras otras las hermandades de los diversos pueblos que allí acuden, según el orden de rigurosa antigüedad, y en la forma misma en que he descrito que hace su salida la de Triana, es decir, cada hermandad precedida de su tambor, al que siguen los cofrades á caballo, cerrando la marcha las carretas. Este espectáculo es de lo más notable que puede imaginarse; aquella larga

procesion de hombres, de caballos y de carros, en medio de aquella inmensa llanura, iluminada por los últimos rayos del sol, las campanitas de la iglesia echadas á vuelo, el clamor incesante de los devotos vitoreando á la Virgen, forman un conjunto que es imposible describir, pero que confieso ingenuamente que me produjo impresiones más vivas que el aspecto del templo y de la gruta de Lourdes.

Aquella misma noche sale un rosario, que es un espectáculo por todos conceptos digno de llamar la atención, y de que ya pocos españoles disfrutan; pues sólo en Sevilla salen todavía de madrugada en algunos barrios; pero aún los que hayan visto estos, no se pueden formar una idea de lo que es el rosario en aquellas soledades; los faroles altos y bajos, y la salmodia con que se entonan las Ave-marias, los estandartes bordados de oro, las campanillas y los cohetes que de vez en cuando cruzan el aire, todo aquello parece una cosa fantástica, y trasporta á otros tiempos ya lejanos del nuestro.

Terminada la procesion, y antes del Rosario, la gente se desparrama por aquellos campos, formando ranchos, á que sirven de abrigo las carretas; otros que no las tienen, y principalmente los serranos de Valverde, Calañas y demás pueblos de la sierra del Andévalo, acampan bajo las ramas de un gigantesco pino, que está no lejos de la ermita, y los más pudientes en las casillas y chozas que allí se han levantado. No hay para qué decir que las camas son tan escasas, que ni debajo de techado existen, como no sean algunos catres de bayunco; todo el mundo duerme vestido y en el santo suelo sobre alguna manta, sirviendo de cabecera las alforjas; pero esto no se echa mucho de ver, porque se duerme poco, durando los bailes que se establecen ya en el Real, ya en las casas de las hermandades, hasta las altas horas de la noche, y siendo imposible desde la aurora sustraerse á la algazara y á las bromas. Desde esa hora, los sacerdotes que acompañan á las hermandades, empiezan á celebrar misas rezadas, y más tarde se hace la funcion principal á la Virgen, que es solemnisima, y á la que asisten los que caben en el pequeño templo, y los que se extienden desde la puerta por el campo que está delante: por la tarde sale la milagrosa imagen en procesion solemne, y éste es el momento más interesante de la romeria: rodean las andas los más fervorosos; unos descalzos, otros andando de rodillas, en cumplimiento de fervientes votos hechos para recobrar la salud perdida, para que la recobre algun sér querido, ó para que salga libre y salvo de algun gran peligro; todos disparan los retacos y escopetas que van, durante la expedicion, colgadas de las sillas vaqueras de los caballos, y además se lanzan infinitos cohetes, ruedas y otros fuegos de artificio que, apenas se sobreponen al inmenso clamor de aquella entusiasta muchedumbre, henchida el alma por la fe que les produce tanta alegría y tan inefables dichas. Aún no ha terminado la procesion, cuando todo el mundo apresura los preparativos de marcha, y en pocos momentos se dispersa aquella muchedumbre, tomando cada hermandad el camino de su pueblo, no sin cierta melancolía que el sentimiento popular ha expresado en esta copla:

La Virgen del Rocío
se queda sola
en aquellas marismas,
siendo pastora.

Olvidábase decir que si bien no existe fuente, hay junto á la hermita del Rocío un pozo cuyas aguas se elevan en los días de la fiesta hasta el nivel del suelo, la gente lo atribuye á milagro y cuéntanse maravillosas curaciones de ellas; pero á mi ver, la altura de las aguas está determinada por las mareas que por la proximidad de la costa influye en el nivel de las aguas subterráneas de aquella region. Por último, diré que, á pesar del carácter pendenciero que se atribuye los andaluces y de lo ocasionada que es toda aglomeracion de gentes á riñas y cuestiones, jamás ha ocurrido en el Rocío desgracia alguna, porquetoda disputa ó pendencia termina al grito de viva la Virgen del Rocío, dado por cualquiera que la presencia, al que suele añadirse esta interjeccion, *¡peazo é salvage!*

El regreso de la romeria es más rápido que la ida, y los expedicionarios de Sevilla entran en el barrio de Triana en la misma forma que salieron, pero como siempre lo verifican de noche, la procesion presenta un aspecto todavía más pintoresco, porque los hermanos que van á caballo llevan hachas de viento, que allí llaman *hachones*, que iluminan no sólo el espacio, sino muy particularmente las mozas que llevan á las ancas y que parecen rodeadas de un nimbo de fuego, pues la resina que impregna el hacha, hace que ésta, más que una luz, parezca un hoguera.

Estos recuerdos y la comparacion que resultaba entre ellos y el espectáculo de Lourdes llenaban mi pensamiento al tomar el tren que habia de conducirme de vuelta á Pau, con mucha rapidez y comodidad, pero con menos accidentes que los que me ocurrieron cuando regresaba del Rocío á Sevilla.

Al llegar á la capital del antiguo Bearn ya estaban en el hotel Gossion con el Sr. Santillan que no nos habia acompañado en nuestra excursion á Lourdes, el Sr. Llorente de vuelta de Aguas-Buenas. Comimos todos juntos é intentamos dar un paseo por el Parque, pero á poco de bajar la escalinata del hotel empezó á llover y tuvimos que retirarnos, contentándonos con contemplar el magnífico aspecto que desde la terraza ofrecia á la hora del crepúsculo el grandioso panorama que desde allí se descubre envuelto en las nieblas, con lo que parecia más propia la comparacion que de él hace Lamartine con un mar agitado por gigantescas olas queun poder sobrehumano hubiera petrificado.

V

ANGULEMA Y POITIERS.

Al día siguiente, que era el diez y seis de Agosto, emprendí mi viaje en compañía del Sr. Llorente, dejando en Pau á los Sres. Amblard y Santillan, que volvieron

por Bayona á España. Salimos, despues de almorzar, en el tren de las doce y media, y al llegar á la estacion encontramos al Sr. Ulloa, con su mujer que iban á París á consultar sobre la enfermedad que aquél padecia, con médicos de gran reputacion que allí residen: tambien iban en el mismo tren los señores duques de Pastrana. Poco despues de la una y cuarto llegamos á Orthez; está situado á orillas del Gave de Pau, que forma allí bonitas cascadas, y tiene seis mil quinientos habitantes; hay una iglesia, reconstruida en el siglo XV, sobre los muros de la del siglo XII, y dos puentes llamados el Nuevo y el Viejo, éste, que tiene cuatro arcos ojivales, está reputado como monumento histórico, y es obra del siglo XIII al XIV, en cuyo centro se eleva una torre. Aun subsiste del antiguo castillo, una torre que tiene treinta y tres metros de altura, y hay ruinas de la Universidad calvinista: en el camino de Dax, está el campo de la batalla de Orthez, donde se levanta una columna dedicada al general Foy que tanto brilló en las Cámaras del tiempo de la restauracion como orador parlamentario. Pasamos rápidamente por Puyoo, Habas y Mimbaste, llegando á Dax á las dos y cuarto de la tarde: esta ciudad, que es cabeza de obispado y que siempre fué notable, lo es ahora más por los baños termales y de lodo, que han adquirido recientemente gran renombre para la curacion de las afecciones reumáticas: tiene una fortaleza del siglo XIV que sirve de cuartel, y conserva algo de sus antiguas murallas; la iglesia de San Pablo, obra del siglo XVII, es muy bella y está considerada como monumento nacional; la catedral, reedificada en el siglo anterior, conserva la sacristía, el porche y una magnífica portada con doce estatuas, que son del siglo XIII; en San Vicente se ve la lápida sepulcral del Santo, y se conservan varios antiguos sarcófagos.

Cerca de la seis de la tarde llegamos á Burdeos, donde ya hablamos estado otras veces; que tan conocida es de los españoles que han estado en Francia, y fuera de Marsella la ciudad más parecida á algunas de España, principalmente á Sevilla; como está á orillas del Guadalquivir, está Burdeos situada á orillas del Garona, y es cabeza del departamento de este nombre, con una poblacion de cerca de doscientas mil almas; siempre fué la poblacion más importante de la antigua Aquitania, que no formó parte de la Francia hasta entrado el siglo décimo quinto, habiendo estado muchos años en poder de los ingleses. Aunque conserva algunos monumentos antiguos, la ciudad tiene un aspecto moderno, porque ha alcanzado su gran prosperidad recientemente, afluendo á ella grandes capitales, no sólo por la fama de sus vinos que tienen por mercado todo el mundo, sino por otras industrias que allí florecen, y por que han cedido en su provecho nuestras desgracias. Allí se establecieron la mayor parte de los españoles, que por haber seguido la causa del Rey José, tuvieron que emigrar cuando España recobró su independencia; y si bien estos infelices no pudieron contribuir mucho con sus riquezas al engrandecimiento de Burdeos, basta recordar los nombres de Moratin, de Lista, de Silvela y de Goya, para comprender que algo hicieron en provecho de la ciudad, sobre todo el Sr. Silvela, que creó allí un establecimiento de enseñanza que llegó á ser famoso. Pero el error cometido por nuestro Gobierno exigiendo fuertes derechos por la entrada de sus capitales metálicos á los que, fieles á España, quisieron venir á la Península cuando la emancipacion de nuestros estados de América, fué causa de que muchos de ellos se establecieran en Burdeos, donde se ven los palacios que construyeron, y donde hasta hace poco existian casas de comercio de gran importancia formadas con esos caudales.

El Garona, que está allí, cerca de su desembocadura, forma un puerto, en que pueden anclar buques de dos mil ó dos mil quinientas toneladas, y sirve de punto de partida á empresas trasatlánticas y á otras varias, que hacen de Burdeos una de las primeras plazas de comercio de Europa; sobre el rio hay un enorme puente, que se construyó de 1810 á 1824, y que tiene diez y siete grandes arcos; los siete de en medio miden veintiseis metros y medio de luz; desde allí se descubre una hermosa vista, desarrollándose á uno y otro lado las pintorescas orillas del rio, cubiertas de frondosas arboledas y de las viñas, que son la principal riqueza del país; y hácia el Oeste, el horizonte se cierra, confundiendo el cielo con las azuladas aguas del rio. Entrando en la ciudad por este puente, se ve la puerta de Borgoña, convertida en arco de triunfo; el puente del camino de hierro está un poco más arriba, y es de los más atrevidos que hay en Europa.

Apenas quedan vestigios de la época romana, pues casi no se conserva sino la memoria del sitio que ocupaba un anfiteatro, que se llamaba, con impropiedad, palacio Galiano. Como en todas partes los principales y más antiguos monumentos son las iglesias, y entre ellas, la catedral que, aunque muy restaurada, fué construida del siglo XIII al XVI, y que tiene una bella puerta al Norte, además de la llamada Real, adornada con estatuas; en el interior hay unos bajo-relieves de la época del Renacimiento; un curioso relicario del siglo XIV, varios cuadros de Pablo Veronés y de los Caraccios, y algunas esculturas notables: tambien lo son las vidrieras del crucero; el sepulcro del cardenal Cheverus, hecho en 1850 por Maggesi, es muy bello; el campanario, obra del siglo XV, tiene cuarenta y siete metros de altura.

Despues de la catedral es de las iglesias más bellas de Burdeos la de San Miguel, reconstruida en el siglo XV, con portadas ricamente esculpidas y con un campanario aislado, que mide 107 metros, incluyendo la aguja; en el templo, debajo de la torre, hay una bóveda con cadáveres momificados, como sucede en San Ginés de esta córte, y más todavía en la iglesia de Utrera, donde por las materias salinas del terreno, se conservan indefinidamente los cuerpos incorruptos; aún es más curiosa, por su antigüedad, que data del siglo X al XII, la Iglesia de Santa Cruz, pero está muy restaurada; la bóveda es notable, como varios sepulcros que contiene, y sus pinturas murales. San Severino es interesante por su cripta, donde está el sepulcro de San Fort, de la época del Renacimiento. Otros templos hay, como San Eloy, San-

ta Eulalia, San Pedro y San Bruno, dignos tambien de verse.

La Prefectura, el palacio de Justicia, las cárceles, la Alcaldía, la Bolsa, la Aduana, los almacenes de Depósito, los Archivos, el Banco, la casa de la Moneda, son buenos edificios del siglo pasado ó del actual, y uno de los mejores es el palacio de Justicia, donde se ven las estatuas de Montesquieu, d'Aguesseau, de Malesherbes y de l'Hopital, famosos jurisconsultos y cancilleres de la nacion vecina. El teatro de Burdeos es de los más suntuosos de Europa, y fué construido de 1777 á 1780, bajo la direccion del arquitecto Louis. El Museo contiene más de seiscientos cuadros, algunos antiguos y famosos, y otros modernos, enviados por el Gobierno, que los adquiere en las exposiciones que anualmente se celebran en Paris.

Para mis aficiones, lo más importante y curioso de Burdeos, es su Biblioteca, que contiene ciento cincuenta mil volúmenes, y entre ellos un ejemplar de los *Ensayos* del famoso Montaigne, lleno de notas y correcciones del autor, cuyo sepulcro se conserva y es considerado como un monumento histórico en esta ciudad.

El paseo más concurrido es el llamado de *Quinconces*; á su entrada hay dos columnas rostradas que sirven de faro y sostienen sendas estatuas que representan el Comercio y la Navegacion. La situacion de este paseo á orillas del rio, le hace muy agradable por sus extensos horizontes, y en él se han erigido estatuas á Montesquieu y á Montaigne, hechas en 1858 por el escultor Maggesi, mostrando así la ciudad su reconocimiento á los dos grandes escritores que la ilustran.

En esta ocasion no tuvimos tiempo para refrescar las impresiones que otras veces nos habian producido todas estas cosas, por que apenas nos alcanzó para comer, muy mal por cierto, pues el servicio del restaurant es de los peores del camino. Tomamos en seguida el tren rápido que sale á las seis y media de la tarde, y pudimos todavía gozar de nuevo el hermoso aspecto de aquellos campos, sobre cuya riqueza, así como sobre los grandes sucesos de que habian sido teatro, hablaba con mucha animacion el Sr. Ulloa, que iba en nuestro mismo compartimiento, recordando al llegar á Libourne, que allí tuvieron su residencia y fecharon algunos Estatutos varios reyes de Inglaterra soberanos del país, á título de duques de Aquitania.

Poco despues de las nueve de la noche llegamos á Angulema, continuando su camino los señores de Ulloa hasta Poitiers, donde habiamos de reunirnos de nuevo, y nosotros nos quedamos en aquella ciudad, alojándonos en el hotel de Francia, muy cómodo y bien situado, segun pudimos ver al día siguiente. Habiendo salido de Burdeos casi en ayunas, tratamos de cenar en Angulema, pero como en provincias no hay la costumbre de la gente mundana de Paris, á la hora á que llegamos no era posible satisfacer el apetito con manjares sabrosos, y tuvimos que contentarnos con una buena sopa y unos huevos pasados por agua, lo cual tenia, al ménos, la ventaja de ponernos á cubierto del peligro de una indigestion, á lo que nos hubiéramos expuesto acostándonos despues de un hartazgo, casi inevitable, dado el apetito que llevábam, que era ya hambre declarada. Los aposentos que nos dieron, sin ser lujosos, tenian todas las comodidades apetecibles, muy superiores á los que suele haber en las mejores fondas de esta córte. Dormimos bien y madrugamos para aprovechar el tiempo en lo que habia que ver en la ciudad. Nos sirvieron café con exquisitos panecillos y manteca en el jardin del hotel, que está sobre un terraplen, que parece haber sido parte de las antiguas fortalezas, como la Cárcel, que está en la acera opuesta de la calle en que se halla situado el hotel, y ambos edificios dominan el recinto, descubriéndose desde ellos una gran llanura sembrada de caseríos, de prados y de arboledas, que dan muestras de la feracidad del terreno.

Angulema, que dista de Paris cuatrocientos cuarenta y cinco kilómetros, es capital del departamento de la Charente, y tiene veintiseis mil habitantes; es poblacion antigua y de las primeras que se establecieron en esta region de Francia, porque situada sobre una eminencia que domina los valles de la Charente y de la Anguinieme, es la clave estratégica del país llamado *l'Angoumois*, que formó en la Edad Media un señorío independiente con la denominacion de ducado, que sufrió frecuentes vicisitudes durante la dominacion inglesa, y que, por último, se incorporó á la corona de Francia, habiendo servido despues de patrimonio á diversos individuos de la real familia que usaban el título de Duques de Angulema, siendo el último, si no recuerdo mal, el que mandaba el ejército que en 1823 entró en España para intervenir en nuestras discordias políticas. Como ciudad antigua es cabeza de obispado, y sus monumentos más curiosos son las iglesias. Antes de visitarlas estuvimos en la plaza que sirve de mercado, á la manera de lo que todavía sucede en muchas poblaciones de España; es decir, que las carnicerías y demás puestos en que se venden las vituallas, son cajones ó barracas, ó sólo mesas cubiertas con toldos de lona; á aquella hora habia gran afluencia de gente, en especial mujeres que venian á hacer sus compras, y que nos llamaban la atencion por la forma especial de su tocado, de lienzo blanco; otras no usaban este prendido característico, sino sombreros de diversas formas, y todas llevaban cestas para las provisiones.

Cerca de esta plaza están las Casas Consistoriales hechas en este siglo, aunque en el estilo ojival, por el arquitecto M. Abadie, que tuvo la feliz idea de dejar incorporadas en el edificio dos torres, una octógona y otra redonda que formaban parte del antiguo castillo y á la vez palacio de los duques de Angulema, que enseñoreaba toda la ciudad; el edificio está rodeado de un jardin donde se ve una estatua de la reina Margarita, sobre un pedestal mezzuino, siendo tambien la escultura de escaso mérito.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

(Continuará.)

MEMORIAS HISTÓRICAS

Y AUTOBIOGRÁFICAS DE MI TIEMPO,

por D. Andrés Borego.

De esta curiosa é interesante obra, hace tiempo anunciada y cuya publicacion tiene detenido el empeño del autor en que sus Memorias compongan parte de una edicion de sus obras completas, que el veterano escritor se propone legar como huella de los cincuenta y ocho años empleados en servicio del publico, con una abnegacion, un desinterés, una constancia de que tal vez no haya ejemplo, nos es hoy permitido ofrecer á los suscritores de LA AMÉRICA un extracto, cuya lectura dará idea del interés que ofrece un libro que encierra todo el movimiento y la vida de que han participado las generaciones del presente siglo.

Los episodios que contiene el fragmento, dan principio en los últimos dias de la residencia del autor en Gibraltar, como emigrado político, y se extienden á su primer viaje á Egipto en 1826.

Principia mi odyssea.—La Alejandria.—El Cáiro.—Las Pirámides.—El mercado de esclavas.

El previsto desgraciado fin de la expedicion del ronel Bazan, la inútil, osada visita que tuvo la temeridad de efectuar en el interior de Cataluña, de incógnito y bajo nombre supuesto, el coronel Baiges, en calidad de agente del general Mina, la improbabilidad de que llegase á resultado alguno de verosímil éxito, la perpétua conspiracion que desde la prision á que por abnegacion patriótica se condenaba el ex-diputado Diaz Morales, la ignorancia en que estábamos de si la Memoria dirigida al Brasil al emperador Don Pedro lograria fijar la atencion de aquel monarca, privaban á la continuacion de mi residencia en Gibraltar de todo interés político; y á ménos de dedicarse al comercio, no podia presentar aliciente alguno aquella residencia para un hombre inclinado al estudio y que echaba de ménos la sociedad culta y mezclada al movimiento moral del siglo, que no podia seguramente hallarse en el abigarrado emjambre de judíos, berberiscos, de genoveses y de contrabandistas que constituian la poblacion de Gibraltar.

Los emigrados que allí quedábamos, se dividian en dos clases: la del muy reducido número de sujetos que, dados á los negocios mercantiles, habian formado establecimientos en la plaza, y la más numerosa, de los que, privados de capitales, vivian á expensas de sus compatriotas más acomodados. La carga podia parecer llevadera á los que realizaban beneficios, y podian mirar como gastos de mercaderías las periódicas y frecuentes dádivas con que socorriamos á nuestros desvalidos compatriotas. Sucedia, sin embargo, que, creyéndose éstos con mayor derecho de apelar á los que por nuestros antecedentes y nuestros hábitos conservábamos un carácter político más señalado, los pocos que en este último caso nos hallábamos, nos veíamos tan acosados por los desgraciados, á quienes no teníamos corazón para negarnos á partir con ellos nuestros limitados recursos, que á mediados de 1826 resolví alejarme del hospitalario peñon en busca de residencia ménos monótona y en la que la parte moral de la existencia tuviese más dilatado campo en que esparcirse.

Entre los proyectos que agitaron mi mente al deliberar conmigo mismo acerca de hácia qué punto del globo dirigiria mis errantes pasos, cruzóse el pensamiento de dirigirme á Grecia, empeñada á la sazón en lo más fuerte de su lucha por su libertad é independencia, lucha que escitaba tan vivas simpatías en todos los países cultos. Las reminiscencias clásicas, familiares á cuantos habian recibido la educacion liberal comun entre las clases ilustradas á fines del siglo último y principios del actual, el sentimiento humanitario despertado entre las clases superiores en presencia del valor, del patriotismo y de los padecimientos de los griegos, habian creado en Europa una atmósfera altamente simpatía y protectora de la causa helénica.

Habíanse formado en París y en Londres y en Ginebra comités en favor de los griegos, que recaudaban abundantes suscripciones y proveian á los insurrectos de recursos y de armas. El gran poeta de la moderna Albion, el altivo y generoso lord Byron, se disponia á llevar á los descendientes de Pausanias y de Mitridates, su fortuna y su brazo.

Otro estímulo de mayor peso aun influia en los conatos que tuve de haberme dirigido á Grecia. Militaba en ella una legion de franceses que se distinguia por brillantes hechos de armas y la mandaba el general Fabvier, muy favorito entonces de toda la prensa liberal, hombre cuya persona me hacia por demás atractiva la circunstancia de haber sido comandante ó mayor de la plaza de Málaga en tiempo de la ocupacion francesa, y la de haber estado alojado en casa de un próximo pariente de mi familia.

Habia yo declarado á esta que no volveria á España ínterin no hubiese en ella un Gobierno libre, y era además mi conviccion la más íntima, que semejante perspectiva no llegaria á realizarse ínterin no sobreviniesen en Europa sucesos que cambiasen la situacion en que las estipulaciones del tratado de Viena habian colocado á los Gabinetes. En este orden de ideas no era verosímil que semejante cambio llegase á efectuarse sin que lo

precediese ó acompañase una gran guerra europea, en la cual algun papel podia tocarnos que representar á los liberales españoles y principalmente á los emigrados; y como no podia razonablemente esperar por mis pocos años y escasa ciencia llegar á merecer la notoriedad que juzgaba indispensable para hacer prevalecer las opiniones que acerca de la reforma que reclamaba el estado de España tenia formadas y que dan suficientemente á conocer las precedentes páginas de estas Memorias, formé el concepto, cuya exactitud el tiempo ha corroborado, de que el mejor uso que de su tiempo podia hacer un emigrado político, era el de dedicarse á la carrera de las armas, aprender el arte de la guerra y esperar los sucesos.

Hallábame, pues, resuelto á ir en busca del general Fabvier, el amigo de mi infancia, y á pedirle plaza entre sus voluntarios. La guerra que entonces sostenia éste en la Morea, no podia ménos de haber sido una excelente escuela para la de montaña. Aguardaba, pues, ocasion de un buque que hiciese rumbo á Malta, cuando la llegada á Gibraltar de Ricardo Galloway, mi condiscípulo de Soreze, hizo tomar otro rumbo á mi peregrinacion. Habíase dedicado mi amigo á la carrera de ingeniero, y en esta capacidad iba á entrar al servicio de Mehemet Aly, el insigne caudillo cuya larga y próspera carrera consagraba á consolidar el poderío de su estirpe en Egipto. No era de desperdiciar la coyuntura de conocer aquella interesante parte de Oriente, y dejéme fácilmente inducir por mi amigo á acompañarlo á Alejandria y al Cáiro.

El paqueboe (no todavía de vapor) que llevaba la correspondencia á Malta y las islas Jónicas, nos condujo á Messina, donde desembarcamos, y debimos detenernos esperando buque para Alejandria. La Sicilia, como nuestra Andalucía, es un territorio privilegiado que la naturaleza ha dispuesto para una especie de jardin de las Hespérides, si el hombre secundase en ella los dones de la Providencia. Pero aquella isla, que fué el granero de Roma antigua; aquella arena de la temprana lucha entre la cruz y la media luna, que más tarde se disputaron los angerinos para ser despues teatro de las proezas de nuestros aragoneses, cuyo dominio en Sicilia duró por espacio de 500 años, y sido el único señorío extranjero simpático á sus naturales, el único que haya dejado en su suelo huellas de vitalidad histórica, que han sobrevivido á la accion del tiempo y todavía descuellan, no obstante las diferentes dominaciones por que ha pasado aquella parte del primitivo Oriente.

Sicilia no tuvo ni llegó á poseer de una manera regular un Gobierno nacional, hasta que se lo dió la union de sus naturales con los aragoneses. La dinastía española, amada y popular en la isla, la dotó de un régimen representativo que conservó hasta el reinado de Carlos V, cuando en España, en Italia y en Flandes empezaron á degenerar las instituciones gremiales de la Edad Media. Sicilia tuvo Cortes con sus magnates, sus barones y sus brazos ó Estamentos, que trató de hacer revivir en 1800 la casa Borbon, refuiriada en la isla bajo la proteccion de Inglaterra, cuando Napoleon I hubo erigido el reino de Nápoles en cabeza de su hermano José. La reaccion europea de 1814 se llevó aquel pasajero ensayo de restauracion nacional, y desde entonces la isla ha devorado, más bien que admitido, el yugo napolitano, que ha dejado rastro contra los que sostiene en nuestros dias un laborioso trabajo de reforma, la unificacion del gran reino de Italia.

En la época que yo visité á Sicilia, hallábase amortiguado ese espíritu político que los ingleses quisieron resucitar para oponerlo al absolutismo de Napoleon I, pero todavía pude observar que bullia impaciente y vivo el espíritu de los enérgicos habitantes de la hermosa isla.

Entre la nobleza, el clero y la clase acomodada, era visible la tendencia á conservar y extender el adicional influjo de las clases que lo habian ejercido en otro tiempo. El pueblo y los campesinos, mal avenidos con los gobernantes y acostumbrados á infringir ó eludir los preceptos de la ley, se familiarizaban con los abusos, á los que oponian sus malas mañas é inclinaciones al contrabando y al brigandaje, con una mezcla de bajeza y de crueldad no exenta de cierta caballeridad andaluza, de la que tuvimos ocasion de cerciorarnos durante las tres semanas que viajamos por la isla, y fácil nos habria sido á la manera de Byron ó de Lamartine haber trabado aventuras que nos diesen ocasion de haber puesto en escena alguna Graziela ó prometida de Abydos, pero tanto Galloway como yo teníamos impaciencia por llegar á Alejandria, él para dar principio á sus tareas facultativas y yo no me creia ni era en realidad bastante gran señor ni bastante hombre de *loisir* para entregarme á devaneos que arrastrasen á infidelidades á la perpétua dama de mis pensamientos, á la ingrata Dulcinea, que bajo la seductora forma de la diosa de la libertad, ha esclavizado mi vida y absorbido mis pensamientos.

Con pena dejamos los atractivos que para jóvenes impresionables y de exuberante salud ofrecian las seducciones, que la vida animal encuentra en las bulliciosas poblaciones de la amena costa de la hermosa isla.

Al segundo dia de nuestra salida de Mesina dimos vista al peñasco que forma el *Stramboli* cuyo puntiagudo cono, casi siempre despide, cuando no llama encendidas, cenizas ó humo por el cráter de su eterno volcan. Este islote pelado y desierto, colocado en medio del Mediterráneo, encierra el

foco que los naturalistas creen ser sucursal de las cavidades del Vesubio, del Etna, toda vez que con estos emisarios de las corrientes subterráneas alterna Stramboli para dar salida á las inflamadas materias que la naturaleza despide por aquellas tres válvulas de seguridad, afectas á la estructura geológica de la cuenca Mediterránea.

Al salir del sol dábamos vista á la histórica ciudad, fundada por el gran conquistador Macedonio, que reveló al mundo el secreto de la superioridad del arte sobre la fuerza, de la disciplina sobre el número, y de la civilizacion sobre la barbarie. Alejandro, hijo de Filipo, dominador de Grecia y fundador del vasto imperio que fué herencia de sus generales, labró, como es sabido, la ciudad de Alejandria, no ménos célebre en la antigüedad que en los tiempos modernos. Allí, en la tierra que mi ansiosa vista descubria, habia terminado su carrera de proezas y de glorias, no exenta de capitales vicios, el que, salido de Grecia con un escaso pero disciplinado ejército se habia paseado victorioso por la Persia y por la India, para venir á fundar la ciudad que destinaba á ser la capital del mundo que debia escaparse de las manos del afortunado guerrero, cuando cumplia apenas treinta y tres años de edad. Allí, ó en el radio de que es centro la desembocadura del Nilo, se dieron las grandes batallas terrestres y marítimas que decidieron de la suerte de Roma antigua, haciendo sucesivamente pasar su imperio de manos de Pompeyo á las de César, á las de los triunviros, y posteriormente á las de Antonio y de Octavio, acabando por dejar á Augusto dueño y señor de la tierra entonces conocida.

A la vista tenia la ciudad, teatro de sucesos cuyo recuerdo no puede ménos de impresionar la mente de todo hombre medianamente instruido, y sentia que se me hacia tarde para desembarcar y pisar el suelo donde respiró la voluptuosa Cleopatra, donde erigieron sus luminosas cátedras los Padres de la primitiva Iglesia, donde la invasion árabe debia consumir el sacrilego atentado, atribuido á Omar, al que la fama acusa del impío incendio de los 700.000 volúmenes de que se componia la Biblioteca de Alejandria. Y para que nada faltase á los atractivos de la tierra que iba á visitar, en ella se habia consumado la *legendaria* campaña africana de Napoleon Bonaparte.

Llenaban mi imaginacion estas conmovedoras imágenes, cuando eché anclas en el puerto de la fragata *Toscana*, en cuyo bordo habíamos navegado. Recibimos muy de mañana la obligada visita de la Aduana y de la Capitanía del puerto, y apenas supieron los enviados de estos centros administrativos la llegada del ingeniero inglés, esperado por el magnate que de hecho reinaba en Egipto, fuimos objeto de todo género de agasajos. Vino á buscarnos una falúa enviada por el ministerio de Marina, y llegados que fuimos á tierra, se nos condujo al Hotel de Europa, donde ya se tenian preparadas habitaciones para Galloway, de cuya hospitalaria recepcion me cupo la buena suerte de participar.

Hallábase en aquella época (1827) Egipto en todo el apogeo del desarrollo de las grandes obras emprendidas por Mehemet-Aly el diestro, calculador y enérgico albanés, que sobre la ruina del poder de los mamelucos habia empezado á fundar el nuevo imperio árabe, cuyos vuelos vino más tarde á cortar la ingerencia de las potencias occidentales. Despues de la destruccion de la tumultuaria y anárquica milicia que en Egipto dictaba de antiguo la ley á los Bajaes, Mehemet-Aly, quien con la matanza de los mamelucos dió á su soberano Mahamud el ejemplo de lo que éste consumió años despues destruyendo los genizaros, habia fijado su preferente idea, su absorbente ocupacion en robustecer su naciente autoridad con todos los elementos que podia sacar de la aplicacion de las artes de la civilizacion. La primera condicion para semejante empresa tenia que ser la de allegar abundantes recursos pecuniarios, como medio para tener ejército, marina, ingenieros artífices y demás operarios indispensables para acometer la árdua empresa de transformar en foco de actividad comercial un pueblo africano. Mehemet-Aly no tuvo que discurrir mucho para proveer el aumento de su tesoro. Monopolizó las cosechas, declarándose comprador exclusivo de los granos y del algodón recolectados por los *fellachs* ó naturales del país, cuyos productos vendia á las casas extranjeras exportadoras. Económicamente considerado era fatal el sistema para los desdichados súbditos del Bajá, al paso que á este daba pingües rendimientos. En pocos años Mehemet-Aly acrecentó su tesoro, cuyos recursos empleó en traer á su servicio antiguos oficiales de Napoleon, marinós, profesores militares y de cuantas artes en suma quiso crear para fomento y consolidacion de su naciente imperio. A Egipto fué á parar arrojado por la tempestad política que en 1829 lanzó de España á tantos liberales, el comandante de artillería y diputado que fué á Cortes D. José Sequera, el que revestido de la dignidad de Bey se hallaba al servicio del bajá.

Alejandria, como todas las grandes poblaciones de las costas que se extienden desde el Adriático al Bósforo, y que se designan con el nombre de Escalas de Levante, reúne un vecindario bastante abigarrado, y como el de Gibraltar, compuesto de razas de diverso origen. Hebreos procedentes de Marruecos, genoveses y españoles, componian, como hemos visto, la poblacion de Gibraltar; en Alejandria, las clases comerciales, las casas de mayor capital é influjo, las forman griegos, malteses, tos-

canos, sirios y berberiscos. Los ingleses y los franceses eran en aquel tiempo los europeos más en boga, favorecidos los últimos por la privanza de que cerca del Bajá gozaba el cónsul general de Francia, M. Drovetti, hombre entendido y simpático á la par que enérgico. Se le atribuía y disfrutaba, en efecto, de superior influjo en los consejos de Mehemet Aly, y bajo su impulso, los astilleros de Francia y de Italia construían la numerosa escuadra que el Bajá no tardó en tener formada, y que comenzaba á rivalizar con la del Gran Señor.

Acrescentaba en gran manera el prestigio del casi independiente Bajá la circunstancia de deberle el mundo musulmán el haber apaciguado las turbulencias suscitadas en la Meca por sectas y partidos, cuyas reyertas habían llegado á comprometer la seguridad de los peregrinos que de todas las regiones de Asia y de África acuden anualmente á visitar devotamente el sepulcro del Profeta. El Sultan, embarazado á consecuencia de su campaña contra los maronitas y de la insurrección griega, así como de resultas de su guerra contra Rusia, había tenido que delegar en su poderoso vasallo la custodia de la Ciudad Santa y de su territorio; y en la época en la que por primera vez visité á Egipto, era Mehemet-Aly el más poderoso y temido de los magnates de Oriente.

Estas circunstancias, unidas á la cordial y predilecta acogida oficial hecha á mi compañero de viaje, me proporcionó visitar con todo género de facilidades la legendaria tierra de los Faraones.

Aleandría, aunque poblada en su mayoría por árabes y fellachs, tenía todo el aspecto de una ciudad levantina. El comercio de los europeos absorbía el movimiento marítimo, y en el barriomercantil, al lado de casas edificadas á estilo franco, sinónimo de cristiano, abundaban los hoteles, los cafés y los espectáculos. El capitán del puerto, el ministro de Marina, el Bey, comandante general de la provincia, nos dieron comitivas y nos llevaron á sus casas de campo, residencias de lujo realizadas por todos los atavíos y comodidades de la vida europea y de la vida oriental. Galloway que, á los pocos días de nuestra llegada, entró en el ejercicio de su empleo en el arsenal, adoptó el traje turco y, á mi, que conservé el europeo, se me dió por *cicerone* y acompañante á un ayudante del capitán del puerto, que no se separaba de mi lado y me franqueaba la entrada en las mezquitas, en los baños y en todos los establecimientos públicos.

No se había abolido todavía el comercio de carne humana, y fui invitado una mañana á acompañar á Galloway al bazar donde se exponían en venta los esclavos. El edificio destinado á este tráfico se componía de varias secciones, según la clase de bipedos ofrecidos en venta.

El patio ó corral destinado á los negros de ambos sexos, era accesible al público, hallándose en él las mujeres separadas de los hombres: pero había en el bazar un corral privilegiado, reservado para las esclavas blancas pertenecientes á la religión de Mahoma, donde sólo eran admitidos los creyentes y donde no podía penetrar ningún profano. Pero en Oriente, como en Rusia, la investidura oficial todo lo allana y Galloway en su calidad de empleado del Bajá, y en este concepto vestido á la oriental, tenía libre acceso al privilegiado recinto. A efecto de franquearme á mí también la contemplación del fruto prohibido, concertóse mi amigo con el oficial mi acompañante, y éste consintió en que penetrase yo también en el local en traje talar y con turbante, como si perteneciera á la clase seglar musulmana. La superchería habría podido costar cara al que la hubiese intentado sin estar escudado por la protección que me confería á la vez mi traje y mis acompañantes: así fué que en el día señalado para que se verificase la convenida infracción reglamentaria, después de haber asistido á la mezquita y hecho nuestras abluciones en un baño público, mi *cicerone* y yo nos dirigimos al mercado de las odaliscas.

Habia yo visto ya vender etíopes de todas edades y sexos, seres destinados á rudas faenas ó á las inferiores tareas de la domesticidad, y reservaba todavía curiosidad para las vírgenes blancas que debíamos visitar. Franqueada que nos fué la entrada del profano tabernáculo que iba á ofrecerse á nuestros ojos, hallamos en una sala baja, á la que daban mediana luz ventanas altas resguardadas por tejidos de alambre, que hacían oficio de celosías, diferentes grupos de musulmanes vendedores, cada uno de los cuales custodiaba tres ó cuatro mujeres cubiertas de amplias batas que cubrían sus formas de la cabeza á los pies y ocultaban su cabeza y rostro por el indispensable velo. Se me dijo que aquella sala únicamente contenía *sugetas* propias para trabajos mecánicos, en cuyas condiciones para nada entraba la hermosura, y eran destinadas, según su edad, musculatura, salud y demás prendas puramente físicas. Al acercarse á los respectivos grupos los que se presentaban como compradores, los mercaderes de esclavas descubrían el rostro de las mujeres para que los marchantes las viesesen, examinaban su dentadura, se cercioraban de que no padecían afecciones cutáneas y demás requisitos que pusiesen de manifiesto la perfecta sanidad de sus cuerpos. Hecha esta inspección por los compradores, volvían las esclavas á ser revestidas con sus discretas túnicas, y comenzaban las negociaciones de ajuste llevadas á voz baja entre los tratantes, de quienes los demás concurrentes al mercado se alejaban respetando la libertad de sus coloquios.

Pero quedábanos por ver lo verdaderamente misterioso de aquella exposición estética.—Las

piezas de regalo, las odaliscas, georgianas, circasianas y griegas del archipiélago, cuando las había, ocupaban piezas separadas ajustadas *ad hoc* ó á la manera que en nuestras cárceles hay estancias reservadas para los que pueden pagarlas.

Solo dos de estas estancias se hallaban ocupadas el día de nuestra visita, sirviendo de nido á una circasiana y á una esmirnota. Esta clase de mujeres no son llevadas á vender contra su voluntad. Ambicionan ellas mismas las más veces pertenecer á Bajas ó á hombres opulentos, siendo el ideal de su felicidad doméstica para las circasianas pasar su vida en el serrallo de un magnate y verse rodeadas de comodidades y de esclavas, siendo frecuente que á las jóvenes de dicha raza las conduzcan sus mismos padres á Constantinopla y al Cairo.

La primera mujer que vimos fué una griega, joven de veinte á veintidos años, de elevada estatura, de tez blanca como la nieve, y sobre su cuello transparente y fino cutis, se dibujaba el azul de sus venas. La cabellera larga y sedosa caía sobre sus espaldas, cual velo fascinador, y sus ojos, protegidos por luengas pestañas, despedían miradas de una profundidad que cautivaban la admiración. Vestía una túnica de muselina que permitía descubrir la regularidad y el torneó de sus bellas formas; pero aunque los tres que entramos en el aposento con el carácter de compradores hubiéramos podido ejercer el derecho de una inspección más prolija, nos abstuvimos de ella, contentándose el Effendi que nos acompañaba con preguntar cuál era el precio de la esclava, que en respuesta fijó su dueño en la suma de cinco mil talaris (25.000 pesetas), á cuya demanda observó nuestro Effendi que el Bey, presunto comprador, se proponía ver otras esclavas y no se decidiría hasta después de completada su visita de inspección.

Pocos pasos tuvimos que dar para llegar á la estancia de la hija de las montañas del Cáucaso. Al penetrar en ella no descubrimos otra forma humana que la de un viejo de pequeña estatura, barba blanca y ojos penetrantes que se hallaba sentado en el suelo, las piernas cruzadas sobre un cogín alfombrado, personaje que á nuestra entrada leía á media voz versículos del Korán. Levantóse inmediatamente y se adelantó hácia nosotros, hablando en turco con el Effendi, ínterin yo, no viendo en la sala otro viviente más que el viejo, registraba con la vista las paredes de la estancia para ver si descubría en ellas puertas que pudiesen darnos paso á donde estuviese la *huri*, objeto de nuestra curiosidad. No ví puerta alguna que diese en el aposento, y me inclinaba á creer que la prenda había hallado dueño, cuando observé que el viejo, el Effendi y Galloway se dirigían á un extremo de la pieza donde se levantaba un objeto voluminoso, especie de cono de mimbre, de forma piramidal, pero redonda en su extremidad superior. Detuvimos al aproximarnos al enigmático objeto, y volvió á trabarse animada, si bien apacible conversación, entre el viejo y el Effendi, cuando de repente el primero, agachándose y asiendo fuertemente por su base el cono de mimbre, lo hizo trepar hácia atrás y dejémos ver una mujer sentada á la que cubría un ligero velo. No se detuvo aquí el exhibidor. Dirigió á la aparición que acabábamos de descubrir breves palabras en lengua para mí desconocida, y apenas las hubo pronunciado, un doble movimiento de parte de la mujer poniéndose en pie, y del viejo arrebatándole el velo que la cubría, dejémos ver, no sé si á su protegida ó á su víctima, en estado idénticamente igual á aquel en que el orador griego presentó á Phriné ante el tribunal de los jueces de Atenas, diciéndoles por toda arenga, en defensa de la acusada: *Condenad, si teneis entrañas para ello, la obra más perfecta que salió de manos de la naturaleza.*

Delante teníamos á una vírgen circasiana que representaba tener de quince á diez y seis años, y de cuya delicada estructura nada más diré, sino que realizaba en carne y hueso las perfecciones que más tarde debía admirar en mármol ante las maravillas del arte, personificado en las estatuas de la Venus de Médicis y la de Milo.

A los lectores á quienes pudiera escandalizar el modesto relato de lo que ví en tierra de infieles, los aplazo para cuando conmigo visiten los estudios de Roma y las casas donde los artistas se proveen de modelos en la metrópoli del cristianismo.

Los que hayan leído los viajes de la princesa Cristina Tribulcio Belgiogioso, han podido formar idea de los pésimos efectos que para la familia, como para la moral, se siguen de la poligamia, cuyos efectos afortunadamente limita la monogamia, que de hecho practican la generalidad de los musulmanes, compuestas de las clases pobres, cuyos individuos no pueden permitirse el lujo de mantener un serrallo, ni aun de usar de la facultad de tener más de una esposa; pero el influjo de la civilización va modificando en gran manera las asperezas inherentes á las costumbres que la poligamia engendra, y juzgando por lo que observé, hace cerca de medio siglo en Egipto y en Tánger, en la actualidad debe hallarse muy alterado lo que se nos cuenta por los escritores del siglo pasado y de principios del actual acerca del régimen interior de un *harem*.

El Baja de Tánger nos había hecho, á mí y los oficiales ingleses en cuya compañía hice mi viaje á Marruecos, los honores de su casa, conduciéndonos él mismo al interior de su *harem*, y permitiéndonos ver y hablar á sus esclavas.—En Aleandría y el Cairo debía adquirir más señaladas pruebas de los progresos, de la tolerancia y de la cultura oriental.

En compañía del cónsul general Drovetti y de un alto funcionario de la corte de Mehemet-Aly, fuimos á visitar las ruinas de Memphis y las célebres pirámides, monumentos cuya remota antigüedad ha llevado á la erudición y á la historia el problema de si fueron construidas por la perseverante industria de la civilización africana, ó si debemos mirar la construcción de aquellas artificiales montañas de granito como obra de la esclavitud del pueblo de los Faraones.

Lo más verosímil respecto á la erección de los sagrados túmulos de las régias estirpes y de las levíticas castas que florecieron á las orillas del Nilo cuando el resto del Universo gemía en la barbarie, se explica mediante la hipótesis de que el pueblo de Israel, condenado á dura servidumbre, levantó con sus manos y regó con su sangre los siete maravillosos conos, que, desafiando la ley del tiempo, ostentan, al cabo de cuarenta siglos, la obra cuya duración no ha logrado igualar ninguno de los sistemas arquitectónicos que las pasadas edades levantaron en Babilonia, en Nínive, en Etruria ni en Grecia.

Los Museos de Europa están poblados de los despojos de las pirámides, cuya profanación data de mucho antes que la ciencia moderna invadiese aquellos sarcófagos de las razas sacerdotales.

ANDRÉS BORRERO.

EL BAÑO DE LA CAVA.

(TRADICION TOLEDANA).

I.

Hay en todos los países del mundo en que el hombre por medio de la palabra escrita graba los hechos de su vida en caracteres indelebles y eternos para la enseñanza de las generaciones que le sucedan, al lado de la historia á que uno tras otro llevan su concurso los hombres estudiosos, una historia que nadie escribe, pero que conocen todos, y en que los sucesos y los personajes aparecen desfigurados en sus rasgos, agrandados ó empuñados á voluntad de los primeros que de esta manera se ocupan en referirlos ó apuntarlos; esta historia, que parece formarse por sí sola, es la tradición, urna sagrada de los recuerdos nacionales, donde los pueblos depositan el tesoro de su inspiración. Allí se ven reflejadas sus primeras impresiones. Como el hombre en los primeros tiempos de su vida, la tradición es sencilla, cándida; cree en brujas y encantamientos, y el mito del mal representa en ella un gran papel; juzga obra del diablo todo lo que no comprende, y á presencia de un gran crimen ó de una gran desdicha se precipita en seguida á buscar en estos hechos la acción inmediata y directa de la divinidad. Por eso, sin ir más lejos, en nuestras crónicas de la Edad Media, las ideas que sostenían una guerra á muerte tomaban forma de seres sobrenaturales, y mientras moros y cristianos combatían en la tierra como buenos, ángeles y demonios reñían dura pelea en el aire, y Santiago y Luzbel decidían una victoria que más tarde cantaban como suya las musas españolas ó los trovadores árabes.

No habéis al pueblo de esas leyes providenciales á que todo en el mundo está sujeto, y que la historia misma no puede eludir. El seguirá creyendo la invasión de los bárbaros castigo de los antiguos dioses, irritados por la aparición del cristianismo, ó, por el contrario, efectos de la cólera del único Dios ante la persistencia de las ideas gentílicas; en su opinión, los pueblos no pierden su importancia política ó comercial mas que por separarse de los preceptos divinos que, por orden también del mismo Dios, grabaron en monumentos imperecederos los primeros legisladores religiosos.

Los fallos de esta historia son terribles. Como necesita ver algún móvil humano en todo cuanto pasa ante sus ojos, y achacar á pecados de los hombres las grandes convulsiones que agitan á los pueblos, las faltas de toda una época, los errores de muchos siglos, los vicios de las instituciones, se encarnan, por decirlo así, en una figura, y sobre aquella figura, cambiada por el tiempo, lanza su censura, siempre severa, siempre inapelable.

Entre todos los hechos de nuestra historia, la rota del Guadalete, representando la ruina de un gran imperio, la muerte de una raza, la casi total destrucción de una fe, dejó recuerdos tan vivos, que aún hoy se conservan inalterables, mantenidos por esa lucha titánica de siete siglos que empieza en 719 en el cónvoco seno de las montañas de Asturias y termina en 1492 en la riente vega de Granada.

Para el pueblo—y mal que pese á la crítica moderna—lo que perdió á España, no fueron los vicios que en sí tenían las instituciones góticas, sino las liviandades de D. Rodrigo con la hija hermosa del conde D. Julian. Su impiedad, al penetrar el secreto de la *cueva de Hércules*, había concitado sobre él la ira de Dios que separó de la cabeza del desventurado rey su mano protectora, dejándole entregado á sus pasiones; sus desatentados apetitos y la facilidad con que Florida se dejó vencer, dieron ocasión más tarde á que los árabes hicieran pedazos el trono cristiano en los campos de Jeréz, se apoderasen de España y traspasaran el Pirineo para sujetar á su yugo á toda Europa, como lo hubieran conseguido si la maza de Carlos no los hubiera detenido en las llanuras de Poitiers. En vano es que los críticos hayan probado que en la época en que la irrupción de los árabes se llevó á cabo, don Rodrigo debía tener ochenta y siete años, y no es probable que á una edad tan avanzada se ocupase en deshonrar á las hijas de sus barones; la tradición vive y vivirá eternamente pasando de padres á hijos en las veladas del hogar, apoyada por nuestros cantos populares, mantenida en las pláticas religiosas desde la Cátedra del Espíritu Santo: no hace aún muchos días, el 25 del pasado mes de Mayo, aniversario de la conquista de Toledo por Alfonso VI, uno de los más renombrados predicadores de la ciudad del Tajo anatematizaba desde el púlpito la memoria de la

Cava, sobre la cual llamaba la execración de la tierra y los castigos del cielo.

Y el pueblo toledano, más que otro alguno, conserva vivo este recuerdo. Recorred sus tortuosas calles, sus empinados callejones, y una tras otra os enseñará casas arruinadas, palacios derruidos, a cuyos restos unirá siempre un nombre histórico importante. Allí podéis ver las casas en que vivió Pelayo, el palacio del conde don Julian, el alcázar de D. Rodrigo, que cedido por Doña María de Molina á D. Gonzalo Ruiz de Toledo, fué luego convento de San Agustín, y hasta un torreón desmoronado á que dá el nombre de *Baño de la Cava*.

Nada más hermoso, nada más poético que la situación de este torreón, levantado al pie del puente de San Martín, teniendo á su frente la eterna verdura de los cigarales, en el lugar más frondoso del río que le lame al pasar, y parece contarle alguna vieja leyenda en sus monótonos murmullos. Por la mañana, las brumas que se elevan de San Agustín, y hasta un torreón desmoronado á que dá el nombre de *Baño de la Cava*, le envuelven en un velo vaporoso, en una túnica fantástica que hace más vagos sus contornos; alumbrado de noche por la plateada luz de la luna que le presta su misteriosa claridad, la imaginación, excitada por las consejas populares, cree ver surgir de las grietas de las paredes vapores confusos que poco á poco toman forma de seres que pasaron y que parecen quejarse en el suspiro del aire ó en el gemido de las ondas.

Desde él se descubre el antiguo alcázar de los Reyes Godos, habitado por D. Rodrigo que, recatado tras la sombra de sus ventanas, la vió un día loco de deseos; y en medio del silencio que allí reina, esa segunda historia más maravillosa, más poética que la otra, se aparece á nuestra vista como la única verdadera y los ojos ven cosas que no existen, y los oídos oyen murmullos de algo que palpita en el aire en torno vuestro... Crece la ilusión, soñáis, creéis realidad lo que solo fué sueño de la imaginación calenturienta, y la tradición está formada. El pueblo se encargará de repetirla, y transmitida por él durará lo que el mundo.

Por eso no es extraño que la musa popular se haya acogido á este poético recinto, y le haya hecho asiento de numerosas leyendas. Hé aquí una de ellas, la más conmovedora de cuantas he oído referir.

II

Nadie sabe cómo murió la hija del conde D. Julian. En aquel desquiciamiento de un imperio que con horrible estrépito se hundió en el Guadalete, en aquella desaparición de una raza entera, todos los personajes que, más que otros algunos, estaban en el camino del torrente que se desbordaba, fueron sepultados en sus aguas. La historia misma, espantada de tan tremendo juicio de Dios, rompió sus tablas y veló su rostro; y durante algún tiempo las sombras se extendieron por todas partes.... Cuando el primer momento de estupor hubo pasado, cuando recogió del suelo su estilo, con el que graba en la piedra las hazañas de los hombres, su primera página fué un lamento tristísimo y prolongado: el *llanto de España* que apunta la crónica atribuida al rey D. Alfonso X. Pero no quiso volver la vista atrás y el fin de aquel sangriento drama cuyo prólogo habían sido las orillas del Tajo y cuyo epílogo eran los llanos de Jerez, quedó envuelto en el misterio más profundo. Nada se sabe de don Rodrigo y D. Julian; todos ignoran el fin de Florinda, D. Oppas y los hijos de Wittiza.

Esto no satisface á la tradición. Preguntadla, y ella os responderá que D. Rodrigo murió haciendo penitencia transformado en ermitaño, después de sufrir una expiación terrible á su delito; que D. Julian, D. Oppas y los hijos de Wittiza fueron muertos por los mismos árabes, que desconfiaban de ellos, y á quienes tan bien habían servido con su odio; que Florinda, en fin, loca de dolor y de vergüenza, vino á terminar sus días en este mismo torreón, mudo testigo de su crimen. Así refiere este último suceso la leyenda.

III

Victoriosos los árabes en el Guadalete donde acudiera á detenerlos la parte más fuerte y vigorosa del pueblo godo, y envalentonados con su triunfo; derruidos, casi totalmente, los muros de las ciudades y faltos de armas los brazos por disposición de Wittiza, que cambió todos los útiles de guerra en instrumentos de labranza, fácil fué á los vencedores, acaudillados por Tarik, apoderarse del resto de España. No tardaron mucho en llegar á la vista de Toledo que se preparaba á resistirlos, cuando los judíos que vivían en el arrabal y que tantas injurias, tantas ofensas tenían que vengar de los descendientes de Sisebuto, les abrieron las puertas de la ciudad. Desde aquel día, y durante 374 años, Toledo yació en la servidumbre, y sobre su alcázar y sobre sus muros flotó la media luna mahometana.

Poco tiempo después de esto, los habitantes de la parte de Toledo inmediata al antiguo palacio de los reyes godos donde hoy se alza la Puerta del Cambrón y San Juan de los Reyes, estaban amedrentados, y todas las noches, mientras el viento bramaba con furia, comentaban con terror la aparición de una mujer loca y desmelenada, que prorumpiendo en carcajadas salvajes recorría con extraviados pasos las orillas del río, registraba con inquieta mirada su revuelto fondo, y sin detenerse nunca, sin alzar jamás los ojos al cielo, proseguía eternamente su carrera murmurando palabras incoherentes y sin sentido, que llevaban el miedo y la tristeza al corazón de cuantos la oían. En vano hubo algunos bastante arrojados para esperarla en su camino y pedirla la explicación de sus actos; apenas veía que alguien trataba de aproximarse á ella, su agitación era más extraordinaria, sus ojos parecían prontos á salir de sus órbitas, sus frases eran más incoherentes, más salvajes sus gritos: huía, huía sin que nadie pudiera seguirla en su carrera desenfrenada.

¿Era un sér humano? ¿Era un espectro? ¿Tenía un cuerpo real, ó era imaginaria la forma con que se pre-

sentaba á los mortales? Preguntas son estas cuya contestación hubiera dado mucho que hacer á los toledanos, que nada podían asegurar en asunto que tanto les importaba conocer. Pero su curiosidad se estrellaba ante un obstáculo poderoso: aquella mujer no quería ver á nadie y no parecía vivir bien más que en la soledad.

Mucho tiempo pasó así; mucho tiempo fué objeto de todas las conversaciones mantenidas en voz baja y al oído, y de las más aventuradas hipótesis. Un día desapareció y nadie volvió á verla.

Pero desde entonces ocurrió una cosa muy extraña. Todas las noches, apenas el sol hundía en el horizonte su disco de diamante, y las nubes encapotaban el cielo; en esos momentos de calma que preceden á la tempestad, veíase en pie sobre el torreón que hoy se conserva de los lujosos baños de la Cava, una figura descarnada y seca, con el cabello suelto al aire, volviendo á todas partes la triste mirada de sus ojos sin expresión y sin vida; de repente, elevaba la vista hácia el que fué palacio de D. Rodrigo; el viento que rugía modulaba un grito prolongado, y al espirar, otra sombra, la sombra de un hombre armado de todas armas, pero con la cabeza desnuda, surgía también sobre el arruinado alcázar. Y las dos fantasmas se miraban, clavaban uno en otro sus pupilas sin luz, y entonces era cuando el huracán rugía con más fuerza, cuando el río desbordaba su corriente por los campos vecinos é inundaba la fértil vega, cuando la claridad de la luna desaparecía por completo y las tinieblas más espesas reinaban sobre el pueblo amedrentado. En aquellas horas, largas como el dolor, nadie se atrevía á salir á la calle por miedo á encontrarse en las sombras de la noche con aquella mirada brillante que parecía desencadenar los elementos para lanzarlos sobre el mundo.

Algunos fieles acudieron, para buscar remedio á tantos males, á un viejo ermitaño que retirado al centro de los montes, pasaba su vida en la abstinencia y el ayuno; le contaron los extraños sucesos que llamaban tan poderosamente su atención, y le pidieron que impetrase del cielo la gracia de que aquellas sombras volvieran á dormir sosegadas en su sepulcro. Púsose en oración el anciano, y cuando, á la noche, acarició el sueño sus pupilas, apareciósele una figura semejante á la que le pintaran los toledanos, y esta figura abrió sus labios para hablar y le dijo:

—Yo soy Florinda la maldita, Florinda la Cava, la hija impura del conde D. Julian. Cuando supe que España era por mi crimen esclava de los hijos de Mahoma, una voz interior se alzó en lo más profundo de mi alma mandándome venir sin tréguva ni descanso á este lugar de mis culpas á buscar mi honor perdido en las revueltas ondas del Tajo. Perdí la razón, pero no lo bastante para dejar de oír esta voz acusadora y cruzando valles y llanuras, praderas y montañas, llegué á Toledo y en Toledo he vivido mucho tiempo sostenida por una fuerza misteriosa, buscando incesantemente lo que no me era dado encontrar. Por fin, mi vergüenza y mi dolor me mataron; allí, en aquel sitio testigo de mis torpes placeres, yace insepulto mi cuerpo; mi alma vá todas las noches en penitencia, por orden de Dios, á llorar eternamente mi falta, y evocada por mi llanto, el alma de Rodrigo baja también á llorar la suya á las rotas almenas de supalacio. Vé allí; bendice en nombre del Omnipotente aquellos lugares malditos, y mi alma no volverá á aparecer en ellos.

Y la sombra desapareció perdiéndose en el espacio. Despertó sobresaltado el ermitaño, y aquella noche, seguido de todos los habitantes del arrabal, que llevaban teas encendidas, trasladóse á los antiguos baños de Florinda; apenas entró en ellos la cruz, el cuerpo de la desgraciada mujer, ya en completo estado de putrefacción, se levantó por sí solo y fué á sumergirse en el río con admiración de todos. El ermitaño bendijo el breve recinto en nombre de Dios, y postrándose de rodillas rezó por las dos almas extraviadas, y todos oraron con él. ¡Cuadro de amor y de ternura! ¡Ver á todos aquellos seres libres y felices otro tiempo, ahora esclavos y proscritos en sus mismos hogares, rezando por el descanso eterno de los que habían sido causa de sus desventuras!

¡Ya no volvió á verse en Toledo la sombra de Florinda!

IV

Tal es la leyenda que yo mismo he oído contar muchas veces y que recuerdo siempre que visito el derruido torreón.

Ahora bien, si sois amigos de tradiciones y consejas populares; si os encantan las leyendas y las narraciones que expresan el verdadero carácter del pueblo que las dá á luz, no preguntéis á la crítica el origen de aquel último resto de grandeza, por entre cuyas grietas corre la sabandija y crece el musgo. La crítica os respondería que el tal torreón no ha podido servir nunca de baño; que, por el contrario, es el estribo de un puente anterior al de San Martín, y hasta os señalará en la opuesta orilla algunos terruños que salen á flor de agua, y que afirma son parte del otro estribo sobre el cual descansaba el extremo del puente.

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

LA COMPAÑÍA DEL NORTE

Y LOS FERRO-CARRILES DEL NOROESTE.

Al publicarse este número, habrá terminado en las Cortes la discusión del proyecto de ley autorizando al Gobierno para conceder, por medio de concurso, la importante red de los ferro-carriles del Noroeste. No es ya, por tanto, ocasión de discutir una ley que con sus imperfecciones y ventajas, probablemente estará ya sancionada por la corona y publicada en la *Gaceta*; pero sí es tiempo de tratar el asunto de una manera directa y abordándole con entera franqueza.

La bien conocida y poderosa Compañía de los ferro-carriles del Norte, desea obtener la conce-

sión de esa línea. ¿Merece la preferencia del Gobierno sobre las demás que aspiran á la misma concesión?

Sin que se entienda que tratamos de amenguar en lo más mínimo el crédito de ninguna de las entidades financieras que se disputan la concesión, creemos que conviene á la buena doctrina que debe prevalecer en materia de caminos de hierro, salir al encuentro de algunos argumentos que se hacen contra la Compañía del ferro-carril del Norte. De este modo se colocará la cuestión en un terreno más imparcial y ménos apasionado, y podrá resolverse el asunto sin que la decisión que recaiga pueda considerarse resuelta bajo la influencia de ningún género de preocupaciones.

El primer argumento contra la compañía del Norte, es que, adquiriendo la red del Noroeste, monopolizará los ferro-carriles de casi las tres cuartas partes de la nación española.

Eso no puede ser, y la razón es óbvía. No puede existir el monopolio de los ferro-carriles, porque las empresas, interesadas vivamente en atraer el máximun de tráfico á todas y cada una de las líneas que componen su red, reducen cuanto pueden las tarifas, á fin de no perder, si es posible, ni una sóla tonelada de materia trasportable. La experiencia demuestra que siempre que se han construido las líneas de segundo y tercer orden, aunque éstas no tuvieran tráfico suficiente para cubrir sus gastos, han dado un aumento tal de productos á las líneas de primera red, que ha sido conveniente para las empresas dueñas de esta, acometer la construcción de las líneas de la segunda y tercera. Más tarde el tráfico se desenvuelve á su vez en estas líneas de segundo y tercer orden, y de este modo se desarrolla un movimiento general de trasportes que á la larga enriquece al conjunto de todas las líneas aumentando vigorosamente la producción nacional.

No es más sólido el segundo argumento que se emplea contra la Compañía del Norte por los decididos partidarios de que la concesión recaiga sobre otras Compañías.

Dicen éstos que aun cuando en absoluto y á la larga el monopolio del tráfico por medio de los caminos de hierro no puede existir transitoriamente, la absorción del Noroeste por el Norte detendrá la construcción de varias líneas muy importantes que no están hoy comprendidas en la red del Noroeste, ni aun en el plan general de ferro-carriles. Y citan, entre otras, la línea directa de Palencia por Segovia á Madrid, que, aun cuando ofrece grandes dificultades, pueden vencerse, y estaría llamada á desarrollar una gran parte de la riqueza de Castilla la Vieja.

Esta segunda objeción se rebate también con las observaciones hechas á la primera. Y si bien es probable que la Compañía del Norte no se apresurará á construir líneas que por su enorme coste y por sus problemáticos resultados durante un período de años bastante largo, no están ni siquiera comprendidas en el plan general de ferro-carriles, es también evidente que desde el momento en que la riqueza de Castilla se desarrollare hasta el punto de ofrecer ventajas la construcción de dichas líneas, la empresa dueña de toda la red tendría interés en construirlas por las razones expuestas al contestar á la primera objeción.

Tercer cargo contra la Compañía del Norte. La Compañía del Norte, á pesar de su inmensa solidez y de su gran crédito, ha hecho tanto uso de éste con la emisión de obligaciones para adquirir diferentes líneas, que probablemente la emisión de nuevas obligaciones para pagar la red del Noroeste, encontraría serias dificultades y le exigiría cuantiosos sacrificios que pudieran redundar en perjuicio del pronto pago de los acreedores del Noroeste, y dilatarían el establecimiento de un sistema perfecto de explotación.

Fácil y decisiva es la respuesta á esta objeción.

El crédito sostenido por la compañía del Norte, cumpliendo religiosamente sus obligaciones y administrado con la economía bien entendida de que ha dado tantas muestras, puede extenderse y aun aumentarse si al hacerse nuevo uso de él se añaden nuevas hipotecas en proporción mayor que los capitales necesarios; y ¿quién duda que la red del Noroeste es una hipoteca mayor que las sumas necesarias para pagar á sus acreedores y concluir su construcción? En París la presunción de que la compañía del Norte iba á ser la concesionaria de la red del Noroeste produjo un alza de seis francos por acción, lo cual demuestra el aumento que tendría su crédito el día que la concesión fuera un hecho.

No queremos hacernos cargo de otras objeciones de menor cuantía y que nos sería fácil rebatir; basta hoy á nuestro propósito con lo que dejamos consignado.

DOLORES.

(Continuacion.)

LXXXV

Casquetillo se había vuelto muy contento á su casa, aunque algo cuidadoso por Dolores. Iba lo que se llama templado. Hablando, hablando, y entre bocado y bocado, se había bebido una botella de buen vino rancio. No se acordaba de haber comido jamás tan opíparamente, ni tan en hartura, ni cuando, en días lucidos en que había podido disponer de algun *por qué*, se había atra-

cado de judías, callos y caracoles, en el célebre *restaurant* del callejón del Rastro, ó más bien, del *Pasaje de las sopas de ajo*, lugar de la corte de las Españas ignorado de la gran parte de sus moradores, pero muy conocido en el cuartel de embajadores, en el Rastro y en las Américas viejas. Madrid tiene entresijos muy originales, que sería de desear fuesen sacados á la luz, con el mundo que los habita, con los tipos que en ellos pululan, con la civilización especial que en ellos se encuentra. Se obtendría un libro multiforme, en cuanto al género, y grandemente de estudio, especialmente sobre lo profundo del carácter del pueblo español en todas sus manifestaciones. En ese *bajo fondo*, como diría un francés, está la solución del problema que trae tan de cabeza y hace tantos años, á nuestros legisladores. No hay más que tener en cuenta, para apreciar lo útil de esos estudios, que ese bajo fondo es el hígado nacional. ¿Y sabéis lo que es el hígado? Quien quiera saberlo, que estudie al grande, al inmenso Claudio Bernard. Nosotros no tenemos por qué convertir nuestro sencillo relato en un estudio fisiológico, aunque la novela se va haciendo de tal manera científica y trascendental, que si este gusto sigue en progreso, dentro de muy poco será necesario que los novelistas sean enciclopedistas. Ya en París ha apuntado la moda de la literatura científica, y donde menos se creería, en el teatro. Con el tiempo, las salas de espectáculo se convertirán en anfiteatros de anatomía, donde se estudiarán todos los derivados de esta ciencia de investigación sobre el cuerpo humano, este diablo de composición que tantos misterios disputa á la inteligencia.

LXXXVI.

Decíamos que Casquetillo, bajo la doble influencia de una dulce alcoholización del cerebro y de una confortable absorción de materias nutritivas en el estómago, volvía á su pobre casa en un estado feliz. Le parecía todo pequeño. Se creía bastante para dominarlo todo. El aguacero, que caía espeso y el ventarrón que zumbaba recio, ni aun siquiera le incomodaban. Y si iba de prisa, no era por cierto por ponerse á cubierto del chubasco sino para tomar un *plus café*, como se decía hace cuarenta años, y se dice aun por algunas momias, en los hermosísimos ojos de Dolores. Con el buen bocado y el buen trago, se le había (permitáenos el vocablo que va á seguir), *expansionado* el amor; sentía una ternura celestial por su hermanita: estaba por ella á punto de caramelo. ¡Ah! ¡á los diez y ocho años, después de un buen almuerzo, sin dolores en el alma, sin culpas en la conciencia, sin errores en la conducta, sin desengaños en la esperanza, sin sombras en el espíritu, sin lesiones en el organismo, con toda una vida soñada por delante, sintiendo la fuerza de la vida, guardando aun el candor de la infancia! En esa edad, en esa situación, la filosofía es una cosa incomprensible. El análisis no hace falta para nada. Se vive porque se vive. Convengamos en que Casquetillo era feliz.

LXXXVII

Llegó hecho una sopa al portal. El señor Facundo levantó la cabeza de sobre unos calzones de aguador que estaba remendando, y le dijo: —Ha salido. —¿Quién?—preguntó deteniéndose Casquetillo. —¿Pues quien ha de ser! ¡ella! —¿Ella! ¡Y con esta lluvia! ¿Se ha puesto mala la niña? —No; se la ha llevado, y ha dejado aquí el picaporte por si tú volvías. —¿Cuánto tiempo hace? —Más de una hora. Casquetillo se alarmó. Se quedó pensativo. —¡Bah!—dijo para sí;—con tanta cosa como ha pasado esta mañana.... como si lo viera. Se ha ido con la pequeña á la iglesia, á ponerse, como ella dice, bajo el manto de la Virgen. Y Casquetillo, haciendo un giro de pies, y sin tomarse la pena de decir una palabra más al señor Facundo, se fué, tomando el camino de la parroquia.

LXXXVIII

Sentía una ansiedad vaga. Los vapores de la digestión empezaban á hacerse pesados. Sentía algo como remordimiento que mortificaba su fluido nervioso, y hacia sentir en todo su sér su mortificación. —Es verdad,—dijo;—he sido cruel: he mirado demasiado á la vaquerita. Dolores es muy celosa. Pero, ¡bah! ¡bah! ¡Si Dolores fuese tan derecha como la otra!... ¡La otra no tiene el alma de Dolores, la mirada de Dolores! Tiene Dolores algo divino... ¡la otra...! La otra es una coquetuela. Me miraba á mí como diciendo: «me gustas» y á don Pedro... á mi amigo... yo no sé cómo miraba á don Pedro... en fin, que yo no entiendo esto. ¡Pero Dolores!... ¡Bah, Dolores! ¡Mi hermanita! Es necesario contentarla: que se la quiten los celos. Sufre mucho la pobrecilla.

Y Casquetillo se metió de rondon en la iglesia. Tan distraído iba, que no sólo no tomó agua bendita, sino que ni aun se quitó el sombrero hasta llegar á la mitad de la nave. Y esto porque el monaguillo, que pasó junto á él, le dijo: —Ese sombrero, jóven. —Usted perdona,—dijo maquinalmente Casquetillo. Y se quitó el sombrero. Escrudinió todos los rincones de la iglesia. Dolores no estaba allí. —¡Eh, muchacho!—dijo al acólito que estaba á punto de desaparecer en la sacristía. Aquella larva semi-eclésiástica se volvió. —¿Has visto tú á Dolores? ¿Ha venido por aquí Dolores? —le preguntó: —¿Quién, la jorobadita?—dijo el acólito;—sí, esta mañana temprano estuvo aquí, y oyó misa, como siempre cuando vuelve de la compra. Y por cierto que echó algo en el cepillo de las ánimas. —¿Y no ha vuelto luego? —No; yo no la he visto.

—¡Ah! ¡ella es piadosa! ¡muy piadosa! Ella tiene muertos á quienes ama mucho...

Casquetillo se interrumpió. Había sentido al *fru fru* enérgico de un traje de seda de larga cola.

Miró. Vió una dama alta, gallarda, más que gallarda altiva, de semblante duro, de fisonomía sombría, y extraordinariamente hermosa, aunque era ya (se la conocía á pesar de su hermosura), más que pasada de los cincuenta y próxima á los sesenta. Pero era una naturaleza fuerte. Ni tenía canas ni arrugas.

Vestia un traje de seda doble, negro; un grande abrigo que tenía mucho de ropon, de riquísimo sedan, encajes blancos en la garganta y en las mangas, guantes violeta, y sombrero negro, sencillo, sério.

Al fondo de la iglesia se habían quedado dos pequeños lacayos, cuya librea era inmejorable.

Acusaban la servidumbre de una grande de España.

LXXXIX

Casquetillo se inmutó. Se le dilataron los ojos y se le abrió la boca. Se quedó mirando con una perfecta expresión de estupefacción á la dama, y de tal manera, que ésta no pudo menos de reparar en ello.

Hubo una colisión. Los grandes y negros ojos de la dama abarcaron, envolvieron, después de una rápida expresión de sorpresa, á Casquetillo, que se sintió como retorcer, como devorar por aquella mirada.

La dama pasó lentamente, dejando ver á Casquetillo lo magistoso de su talante, y fué á arrodillarse delante del presbiterio.

Casquetillo se había quedado inmóvil y absorto. El monago había desaparecido.

En la iglesia no había más que cuatro personas: la dama del presbiterio, Casquetillo en medio de la nave: al fondo, bajo el coro, los dos lacayos.

La tormenta se había condensado: el templo se había ensombrecido: brillaba la lámpara del Santísimo como en la hora del crepúsculo; parecía que el trueno y el huracán se rompían y se irritaban contra la cúpula, y la lluvia zumbaba en las vidrieras. La tormenta acrecia en fragor y en lobreguez, y los relámpagos aparecían rojos. Era el momento en que un rayo determinaba la situación que ya conocemos en el cementerio de la Puerta de Toledo.

LC

Casquetillo estaba pálido como un muerto. Miraba con ansiedad á la dama, que aparecía allá, erguida, aunque de rodillas.

—¡Ella! ¡Ella!—exclamó Casquetillo:—¿me habré yo equivocado? Es necesario que yo la vea mejor: me ha mirado... ¡ah! ¡sí! la he causado efecto... ¡Se sorprendió! ¡Y la mirada que me soltó después de su sorpresa! ¡Ah! ¡Ah! ¡Y yo no sabía dónde encontrarla! ¡Y es hermosa! ¡Hermosísima!

Estos pensamientos en un templo á que había ido Casquetillo buscando cuidadoso á Dolores, á su hermanita, determinaban en él una moralidad no muy pulcra, una impresionabilidad demasiado fácil y acomodaticia, un virus inoculado en el alma de nuestro mozo, de que no había podido purificarle la dulce influencia de Dolores.

LCI

Casquetillo era audaz. ¿Qué le importaba á él de nada?

Bajo el púlpito había una banquetilla, más bien un pequeño escaño.

Casquetillo se fué á él, y en él se sentó.

Una vez allí veía de frente á la hermosa dama que estaba próxima.

La luz opaca, gris, fría, que por las vidrieras caía sobre el presbiterio, favorecía la hermosura de aquella señora: la prestaba ante la viva y fantaseadora imaginación de Casquetillo, algo de ideal, algo de transfigurado, algo de sobrenatural, algo que venía á determinar una sensualidad inexplicable, poderosa, absorbente, irresistible.

Casquetillo se iba embriagando: en su imaginación se había engendrado el embrión de una novela. Esperanzas también en embrión, multiformes, encantadas, empezaban á fascinar al muchacho. ¿Qué sabemos cuántos sueños en un instante? ¿Qué universo en un minuto? Pero en el fondo del alma de Casquetillo permanecía indeleble la imagen completa, física y moral de Dolores. Había llegado á realizarse entre los dos una identificación, una indisolubilidad, por decirlo así, del espíritu. Era el uno el destino del otro. Pero sobre esta situación determinante, la múltiple sensibilidad de Casquetillo, su volutariosa impresionabilidad, proyectaban sombras.

XCII

La dama era atrayente de una manera terrible. Casquetillo tenía la imaginación romántica. Era un poeta que aun no hacía versos, al que no se le había ocurrido dar forma externa á sus sensaciones por medio de la imagen y del ritmo. Eso debía venir más adelante. Todo germen produce en su desarrollo un sér. La planta arraigaba ya en la tierra, pero aun no había salido á la superficie. Asimismo otra multitud de gérmenes arraigaban y existían latentes en el sér de Casquetillo. Dolores había cultivado su sér: había influido en él; pero en el sér de Casquetillo había una potencia funesta para absorberlo todo, para impresionarse por todo.

XCIII

Aquella señora le impresionaba tanto más, cuanto que la conocía.

La había buscado y no había podido encontrarla.

Por lo mismo, cuando la vió de improviso en la iglesia se inmutó.

Ella no le conocía á él.

El, aunque la conocía, no la había visto nunca. ¿Cómo la conocía si nunca la había visto?

XCIV

Un viernes de Dolores, el de aquel año, Casquetillo quiso hacer un regalo á su hermana del alma.

¿Pero qué era lo que podría regalarla, que fuese barato para que no le riñese, y bonito para que le gustase?

El amor propio inspiró á Casquetillo.

Lo más barato que podía regalarla, dándole un gran placer, era su fotografía.

Esto era cuestión de un par de duros.

Una media docena de ejemplares.

Había que añadir el gasto del peluquero.

Casquetillo quería aumentar su belleza natural por el arte.

Se fué á buscar un fotógrafo que no fuese malo y que no fuese caro.

En fin, encontró uno cuyas muestras le satisficieron.

Subió: el fotógrafo sonrió satisfecho.

Se le presentaba un hermoso jóven casi adolescente.

Una cabeza á la par bella, espiritual, graciosa; unos grandes y bellísimos ojos negros llenos de expresión.

—De este manjar no se come todos los días,—dijo el fotógrafo.

—¿Eh? ¿qué dice usted?—exclamó Casquetillo mirando con una expresión singular al artista físico.

—Que tiene usted admirable cabeza, jóven.

—Muchas gracias.

—Desde que hago retratos no he hecho más que uno que pueda sostener la competencia con el que voy á hacer de usted con el mayor placer. El retrato de una señora. Y cosa extraña: usted está en plena juventud y ella estaba en plena madurez, ó está, porque es de suponer que en dos meses que han trascurrido desde que la retraté, no haya muerto: una mujer admirable, aunque de edad; pero ¿qué importa? hay criaturas para las cuales el tiempo nada supone, que parece que han nacido para ser siempre jóvenes.

A todo esto el fotógrafo colocaba á Casquetillo.

—¿Con que tan hermosa es esa señora?—preguntó Casquetillo que se había avisado.

—¡Oh! ¡Vaya! Una hermosura excepcional, singular, interesante por su expresión, por su distinción y por algo característico.

—¿Y conserva usted alguna prueba?

—Sí, aunque aquella señora me encargó que no conservase ninguna y que rompiese el *cliché*: pero no pude resistir á la tentación. Me quedé con una prueba.

—¿Se puede ver?

—Supongo que usted será prudente.

—Por supuesto, amigo mío.

—Pues bien, cuando concluyamos verá usted ese retrato.

En efecto, cuando estuvo hecho el *cliché* que contenía la imagen de Casquetillo, el fotógrafo abrió un cajón, revolvió en él, y al fin presentó á Casquetillo un admirable retrato de mujer: de dama, el de la dama de la iglesia.

A Casquetillo se le encandilaron los ojos.

Era un busto prolongado casi hasta la cintura.

Un descote exagerado dejaba ver una garganta, unos hombros y un seno de una pureza y de una belleza de formas infinitas.

La mirada era poderosa y sombría.

La boca aparecía levemente entreabierta, con una expresión de desden que parecía habitual.

—Si me deja usted este retrato,—dijo Casquetillo,—le escribo á usted un reclamo que le suba á las nubes: le pongo á usted en zancos.

—¿Un reclamo! ¿en dónde?—preguntó con avidez el fotógrafo.

—Yo soy redactor de *La Correspondencia*,—dijo con énfasis Casquetillo.

—¿Un reclamo extenso!

—Treinta líneas lo menos, y con los elogios más hiperbólicos posibles.

El fotógrafo se rindió.

Casquetillo guardó en su cartera el retrato.

Por eso conocía á aquella dama sin haberla visto nunca.

Preguntó su nombre al fotógrafo, que le dijo que no la conocía.

—Otro reclamo dentro de quince días,—dijo Casquetillo.

—Lo siento mucho: pero no he engañado á usted: no sé quien es.

Era necesario creer al fotógrafo.

Y buscar á la dama.

XCIV.

Casquetillo salió de casa del fotógrafo soñando despierto.

De suposición en suposición y siempre oyendo á su amor propio, en un momento hizo no sabemos cuántos castillos en el aire.

La dama parecía impresionable y apasionada.

El la encontraría.

El tenía mucha suerte para el amor.

Era muy guapo.

Aquella señora debía ser una gran señora.

Podía contar con su protección.

Subir, subir, subir, por medio del capricho de una señora que debía ser muy influyente.

Subir como han subido tantos buenos mozos.

Como se vé, la moralidad del amigo Casquetillo no era de lo más recomendable.

¿Y Dolores? Dolores no tenía nada que ver con esto.

Dolores era la amada del alma.

Y si él soñaba en hacer fortuna por medio del amor, era principalmente por Dolores y para Dolores.

Casquetillo se tenía por un pequeño hombre de mundo, y como tal, aceptaba el mundo en que vivía tal como era.

Todo por la posición.

XCV

En la administración de *La Correspondencia* le estimaban mucho, y le daban billetes para los teatros. Casquetillo los recorrió todos. Pero no encontró a la alta dama incógnita. Fué a los paseos. No la halló tampoco. Conocía a mucha gente que iba a todas partes, y enseñando el retrato, hubiera tal vez podido encontrarla.

Pero fué honrado. El no debía abusar de la traición del fotógrafo. Debía esperar. Una voz secreta le decía que él encontraría a la hermosa dama. Al fin, la casualidad había hecho honor a la profecía que a sí mismo se había hecho Casquetillo. A los dos meses de poseer el retrato, había encontrado al original. Y era, en efecto, una gran dama. Lo decían su expresión, su traje, y los dos lacayos que estaban allá al fondo de la iglesia.

XCVI

Casquetillo había sido audaz. Se había puesto frente a frente de la dama, y a poca distancia. La miraba con descaro, con insistencia, con intención. Y ella le miraba un momento, apartaba la mirada, volvía a mirarle. Y cada mirada de la dama, era más intensa, más fija, más resplandeciente.

XCVII

Pasaron así algunos minutos. La situación se iba haciendo insostenible. Algunos minutos más, y de seguro, favorable ó adversa para Casquetillo, se hubiera determinado una situación. Pero salió de la sacristía un sacerdote. Alto, delgado, cetrino, de fisonomía más bien dura que severa, y ya viejo. Pasó entre Casquetillo y la dama. Oró un momento ante el altar mayor, y luego fué a ponerse en un confesionario. A aquel confesionario fué la dama. Al levantarse miró a Casquetillo y le hizo temblar de los pies a la cabeza. —«Vete, pero espera,» —le había dicho aquella mirada: «espéralo todo.» Así a lo ménos lo entendió Casquetillo. No podía ser más afortunado. Así a lo ménos lo creía. Su amor propio, la fe que tenía en sí mismo se lo ponían todo de color de rosa. Se creía ya en camino de una posición envidiable: extraordinaria. Y sobre todo esto, estaba enamorado con todas las ilusiones de sus diez y ocho años. No embargante siempre, el amor que hacia tan tiernamente querida para él a Dolores.

XCVIII

¡Pero qué mirada la de aquella señora! ¡Qué vida, qué fuerza, qué misterio enloquecedor en ella! ¡Qué gloria y qué infierno! ¡Cuánto de dulce y cuánto de terrible! Aquella señora era un arcángel. ¿De luz ó de tinieblas? Esto era lo que no podía explicarse Casquetillo. Como los arcángeles, no tenía edad. Parecía que vivía una juventud eterna. ¡Qué morbidez de formas! ¡Qué suavidad aquella de su tez que se podía apreciar con la mirada! ¡Qué vigor de encantos! ¡Qué pureza y qué gracia de líneas! ¡Qué fuerza de vida! Casquetillo sentía algo parecido a una agonía, a una impaciencia dolorosa. La sed de satisfacer un sentimiento que no comprendía. Los resultados de la idealización de una criatura cuyo ser sentía en su sér. Que le atraía. Que le torturaba atrayéndole. Una fiebre, un delirio, un insoportable acrecimiento de vida. Casquetillo se sentía mucho más persona. Sus ideas habían tomado un giro extraño. Todo le parecía fácil. Se sentía ya un grande hombre.

XCIX

Ella le había dicho con su mirada «espérame.» Casquetillo salió del templo. Atravesó la calle. Se puso en un portal al frente de la iglesia. La tormenta había decrecido grandemente en intensidad. Había más luz, la lluvia amenguaba, se alejaban los truenos, el viento se echaba como fatigado. El frío era también ménos punzante. Pero esto no podría apreciarlo Casquetillo. Para él en aquellos momentos no existía, no podía existir el frío a pesar de lo mojado de su traje que le hacía sufrir una humedad fatigosa.

C.

Una vez en el portal Casquetillo sacó su cartera. ¿Qué periodista no necesita una cartera?

De uno de los compartimientos sacó un retrato en fotografía.

Era el de la dama desconocida. Al abrir la cartera el viento arrebató una carta. Casquetillo se lanzó tras ella con un vivísimo interés. Con un verdadero sobresalto. Aquella carta debía importarle mucho. A cierta distancia de Casquetillo cayó en el lodo. —Has ido a dónde debías ir,— exclamó Casquetillo, apresurándose a levantarla. Tan rápida fué la recogida, que apenas si se manchó el sobre. Aquella carta estaba en poder de Casquetillo de una manera no muy legítima. Cuatro meses antes había ido a la administración del periódico un sugeto como de treinta y cinco a cuarenta años, que tenía todas las apariencias de una persona muy importante.

Según su dicho era el marqués de Castrorey. Se trataba de un largo comunicado referente a una concesión de ferro-carril. El marqués abrió su cartera, y al sacar de ella un billete para pagar, se cayó una carta. Casquetillo, que estaba haciendo fajas en una mesa inmediata, lo vió, pero se distrajo inmediatamente, y no avisó al marqués. Este se fué. La carta quedó en el suelo. Casquetillo la vió, y por aquella vez no se distrajo. La recogió. El sobre decía: «Importantisimo y urgente.—Excmo. Sr. Marqués de Castrorey.—De s. a. M.» La letra era muy bella. Revelaba, sin embargo, la mano de una mujer. Tenía algo de enérgico, de nervioso, si se nos permite esta calificación. Acusaba un carácter en la persona que la había escrito. Casquetillo fué indiscreto. Abrió la carta. Hé aquí su contenido:

«Querido mio: estamos en un gran peligro. C. ha sido preso hoy. Es necesario que no pueda hablar. Es cobarde. No pierdas un solo momento. Ayer me hicieron ese retrato, que te envío. No se ha tirado más que una sola prueba. El cliché se ha roto. Tuya con toda su alma, M...»

La fecha era de quince días antes. Casquetillo no fué honrado: fuerza es confesarlo. Guardó aquella carta. Como recogía noticias para el periódico, le conocían en todas partes. Hasta en el Saladero. Se trataba de un preso. Al Saladero se fué Casquetillo. Preguntó si hacia quince ó diez y seis días se había preso a alguno la inicial de cuyo nombre ó apellido fuera la C.

En la cárcel estaban agradecidos a *La Correspondencia*. Se miró el registro. Resultó preso diez y seis días antes, un don Celestino Picatero, acusado de falsificación de billetes de Banco. Don Celestino, sin embargo, no estaba ya en la cárcel.

Había salido de ella al día siguiente, y con su negocio perfectamente terminado. Como que había salido muerto. A las pocas horas de estar preso, le había visitado una mujer. Poco despues de haber salido aquella mujer, don Celestino se sintió acometido por un espasmo nervioso. El espasmo se convirtió en accidente. El accidente terminó en una apoplejía fulminante. Todo esto fué tan rápido, que apenas si pasó una hora desde el espasmo a la muerte. Examinado el cadáver en el hospital, resultó un envenenamiento producido por una enérgica preparación de morfina.

Se había abierto un nuevo proceso. Casquetillo sabía ya que en aquella carta perdida por el marqués de Castrorey, carta que no se comprendía como no había sido destruida, tenía un tesoro. Había sufrido la miseria. Sentía ansiedad por Dolores y por Carmen. Estaba inoculado del virus deletéreo de nuestro tiempo.

Fué poco delicado. Se agarró a un mal medio, por más que en esto faltase a su conciencia. Pero Casquetillo se había dicho con su filosofía particular:

«Un hombre no es nada sin razón de ser; no siempre la razón de ser es lícita; pero tales están los tiempos, que si nos atenemos a lo lícito, iremos a dar de bruces en la miseria. Yo no tengo la culpa de que este señor marqués de Castrorey sea un bribón, y de que haya destruido otro bribón complicado en sus malos negocios. Yo no puedo hacer tampoco el papel de denunciador. Además, ¿porqué desaprovechar un medio de crecer, de ser hombre? sería un disparate. Un escrúpulo de conciencia, indisculpable en estos tiempos en que la conciencia asustadiza es el enemigo mayor que puede tener un hombre. Yo estoy en mi derecho aprovechando esta fuerza que se me ha venido a las manos, y que tal vez, tal vez me ha procurado la Providencia.»

Este era el importante secreto que Casquetillo no había querido revelar a don Pedro. Claro está que tampoco se lo había revelado a Dolores. Dolores hubiera sido muy severa. Casquetillo estaba dispuesto a entenderse con el señor marqués de Castrorey, y andaba ideando los medios.

CI

Cuando recogió la carta del lodo, recordando su contenido, le acometió una idea.

En la carta se hablaba de un retrato en fotografía, del cual solo se había sacado una prueba y cuyo cliché se había roto.

¿Sería la dama de la iglesia la que había escrito la carta?

Casquetillo había tomado informes acerca del marqués de Castrorey, y por ellos sabía que era un hombre influyente y millonario.

Había procurado tener noticias de una mujer que estuviese en relaciones con el marqués, y la inicial de cuyo nombre ó apellido fuese la M.

Pero nada había descubierto. El marqués era viudo y no se le conocían amores. Estaba de todo punto consagrado a los negocios. Tal vez por casualidad Casquetillo había dado con aquella mujer.

Esto acrecia su impaciencia.

CII.

Pasó como media hora desde que Casquetillo se había puesto en espera.

La tormenta había pasado de todo punto. Dieron en la torre de la iglesia las Ave-Marías de las doce.

Los lacayos salieron de la iglesia. Casquetillo esperó que tras ellos saldría la dama. Pero no salió.

Los lacayos ocuparon la zaga del carruaje, y éste partió.

La dama apareció poco despues en la puerta de la iglesia.

Se puso en marcha. Casquetillo la siguió a alguna distancia.

Al llegar a la primera parada de carruajes de plaza, la dama entró en uno de ellos.

El carruaje no se movió. La dama asomó la cabeza a la portezuela.

Casquetillo apresuró el paso. Llegó: la portezuela se abrió: entró Casquetillo.

—A la estación del Mediodía,—dijo la dama.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

REVISTA ESPAÑOLA.

Terminaron al fin los debates sobre el discurso de la Corona, y si el país reportara de ellos tanto provecho como gloria nuestra tribuna, motivos tendria para felicitar. Una vez más se ha demostrado que la tribuna española es la primera del mundo. ¿Cuándo llegará el día en que demos-tremos que somos tan buenos políticos como grandes oradores?

En ese brillante torneo han tenido representación perfecta todos los matices de la oratoria, desde la elocuencia razonadora y severa de Maissonave, de Romero Ortiz y de Silvela, hasta los enérgicos acentos de Carvajal: desde la habilidad y la intención de Martos y Sagasta, hasta la travesura de Romero Robledo; desde la oratoria metafísico-sentimental de Moreno Nieto, más propia de la Academia que de la Cámara, hasta la oratoria eminentemente política y parlamentaria de Cánovas: siendo maravillosa síntesis de todas estas especies distintas de oratoria, de todos estos variados matices de la palabra el acento sublime del mayor de los oradores modernos, que hoy, en la plenitud de su génio, sabe concertar en portentosa armonía la experiencia del estadista, la habilidad del estratégico, la elevación y profundidad del filósofo y los arrebatados vuelos del poeta, cual si en él compendiara la naturaleza todas las prodigiosas dotes que repartió entre los grandes oradores y que con pródiga mano quiso acumular en ese génio de la elocuencia que se llama Emilio Castelar.

Y como quiera que ser español y ser orador puede decirse que son cosas sinónimas, el génio de la elocuencia rozó por un momento con sus alas la inexperta lengua del general Martínez Campos, y hubo un instante en que la sinceridad de su pensamiento y la nobleza de su corazón hicieronle elocuente y le proporcionaron aquel aplauso que el sentimiento sincero y honrado arranca siempre a los hombres, por ruda que sea la forma en que se manifieste.

Notable ha sido la terminación de este debate, singularmente desde que en él tomaron parte los jefes de las oposiciones, y bien puede asegurarse que los discursos de los señores Castelar, Martos y Sagasta formarán época en los anales parlamentarios.

¿Qué hemos de decir en elogio del Sr. Castelar que no fuera pálido? ¿Qué hemos de añadir a lo que proclama la opinión unánime, no ya en España, sino en Europa? ¿Le defenderemos de los que un día y otro sostienen, con nécia pertinacia, que si es un gran artista, su oratoria poco ó nada tiene de parlamentaria?

Inútil fuera combatir un error de que nadie participa, a no estar cegado por la ignorancia y perturbado por malas pasiones. Si hubo una época de la vida del Sr. Castelar en que esto pudo ser verdad, hoy ya no puede sostenerse en serio. Salvo la arrebatadora hermosura de sus discursos, nada hay de comun entre el Castelar de otros tiempos y el de ahora. El tribuno entusiasta, adorador ardiente de un ideal poético y sublime al cual pre-

tendia llegar de un vuelo sin reparar en las asperezas de la realidad; el que soñando con un mundo de ángeles, corría en pos de un Eden inasequible; el gran poeta que todo lo veía al través del rosado prisma de sus ilusiones, no existe ya. Los estampidos del cañon carlista, los aullidos de la fiera demagógica le despertaron de su sueño, y al poeta sustituyó el estadista, al hombre de la fantasía el hombre de la realidad, al hombre de la idea el hombre de la acción. Un solo día bastó para llevarle del idilio al drama y trocar el bucólico Virgilio en Catón austero, y el irreflexivo tribuno en político experimentado y profundo. Y entonces, desvanecido el idealista, vióse aparecer el hombre práctico, el hábil y experto conocedor de las cosas y de los hombres, el diestro político que es hoy el más temible enemigo de la reacción y la más fundada esperanza de la democracia, porque es el que la ha proporcionado los principios y procedimientos que la han de llevar al triunfo y que pueden resumirse en estas breves fórmulas: conocer la realidad, renunciar á lo absoluto y saber esperar.

Reflejo fiel de esta política fecunda ha sido su último discurso. Oposición al Gobierno, pero dentro de los límites que la legalidad y la prudencia imponen; subordinación de todo interés al de la patria; actitud legal y expectante; afirmación resuelta del sentido conservador gubernamental dentro de la democracia; oposición irreconciliable á toda utopía socialista y federal y á toda exageración demagógica. Quien diga que esto no es la expresión de una política acertada, no sabe siquiera lo que es política; no sabe siquiera que la democracia sólo tiene un camino para triunfar: aguardarlo todo de las torpezas de sus adversarios, hacer olvidar un pasado funesto, y captarse la simpatía y el apoyo de las clases é intereses que, dígame lo que se quiera, son las verdaderas fuerzas vivas del país y constituyen los principales elementos que pueden ofrecer sólido apoyo á una situación política, cualquiera que sea.

El discurso del Sr. Castelar tiene una importancia capital para la democracia. Después de él, no puede haber ya duda de que está formado el partido democrático conservador, el cual no aspira ciertamente á ser el único ni á ejercer el monopolio del poder dentro de la democracia, ni menos á reducirse á los límites en que hoy se halla. Pretende, por el contrario, ser en su día el centro de atracción de todas las fuerzas conservadoras agrupadas en torno del ideal democrático y á desempeñar, dentro de una legalidad democrática, el papel que corresponde en todos los Gobiernos representativos al partido conservador.

La Constitución de 1869 es su bandera; mas no como punto de partida para nuevas aventuras, sino como punto de indefinido reposo. Los derechos de la personalidad humana y la soberanía nacional forman la base de su dogma; mas no considera absolutos é ilegales los primeros, sino sometidos á los derechos y fundamentales intereses de la sociedad y organizados de manera tal, que no sean incompatibles con el orden público; y si en la segunda busca el origen del poder, no reconoce en ella la fuente del derecho. Transigiendo con las necesidades de la realidad y las exigencias de la historia, aplaza el partido democrático conservador la realización de no pocos ideales de la democracia y acepta temporalmente multitud de instituciones y procedimientos, que quizá juzga imperfectos, pero considera necesarios. Así, proclamando la más amplia libertad religiosa, conserva, sin embargo, por altas razones de política, la actual unión de la Iglesia y el Estado, sin privar á ninguna de estas instituciones de su debida independencia; pero sin consentir que el Estado atropelle la conciencia á nombre de una religión oficial, ni que la Iglesia desconozca los derechos y supremacía del Estado en todo lo que á la vida civil y política se refiere. Así, sin desatender el necesario mejoramiento de las clases menesterosas, ni dejar de estudiar los problemas sociales, ni alucinarse por las doctrinas del individualismo economista, se aparta de los temerarios propósitos del socialismo revolucionario. Así, reconociendo las ventajas de la descentralización administrativa y trabajando por dar al municipio y la provincia la necesaria autonomía, rechaza y condena para siempre las pretensiones del federalismo. Por eso establecerá la libertad de la ciencia y de la enseñanza, pero conservará la enseñanza oficial; reformará el sistema penitenciario, pero no abolirá la pena de muerte; dará libertad á la prensa, á la asociación y á la reunión, pero no consentirá el libelo perturbador é incendiario; disolverá la asociación que ponga en peligro la paz pública y no tolerará que del derecho de reunión abusen los agitadores y que la manifestación tumultuosa perturbe á cada paso á los ciudadanos pacíficos; establecerá el servicio militar forzoso, sosteniendo un ejército fuerte, disciplinado y organizado convenientemente, pero no permitirá que existan fuerzas armadas irregulares, que son peligro constante para el orden y la libertad; y finalmente, respetará siempre los derechos de los ciudadanos, abrirá las puertas de la legalidad á todos los partidos, pero cuando la rebelión se anuncie suspenderá todas las garantías constitucionales y aplastará con mano de hierro á cuantos intenten dar el triunfo á sus ideas por medios que no sean los que las leyes establecen. Hasta ahora los partidos avanzados sólo supieron dar libertad; desde ahora es preciso que sepan gobernar y gobernar es hacer que la libertad se concilie con el orden y que los derechos del individuo nunca pon-

gan en peligro los superiores derechos de la sociedad.

Al discurso del Sr. Castelar contestó el Sr. Moreno Nieto con una de esas peroraciones que tan bien conocemos los que asistimos al Ateneo. No faltaron en ella las contradicciones correspondientes; pero en cambio no sobraron las razones ni escasearon las frases sonoras y vacías. El discurso, que en el Ateneo hubiera sido tolerable, no tuvo eco en el Congreso, poco aficionado á escarceos metafísicos.

El Sr. Márton demostró una vez más en su discurso que es uno de nuestros mejores oradores parlamentarios. Político en el sentido histórico de la palabra, el Sr. Martos carece de aquella elevación de ideas y abundancia de doctrinas que tanto estima en los hombres públicos nuestro tiempo, y difícilmente puede sostenerse á la altura en que su gran cultura científica coloca á los Sres. Castelar y Cánovas. Su verdadero terreno es la política práctica y menuda, la estrategia parlamentaria, la habilidad diplomática y un tanto maquiavélica, todo aquello, en suma, que requiere, ante todo, agudo y perspicaz entendimiento, astucia y destreza y claro conocimiento de los hombres. En estas travesuras y artes de la política, en esa serie de emboscadas y sorpresas que tanto la caracterizan todavía, es maestro el Sr. Márton, y su diáfana palabra, sutil y penetrante como el acero, y en cien lides probada, causa no poco daño á sus enemigos.

Su discurso fué de hábil y enérgica oposición; pero hecho con una prudencia y un tino de que no han dado iguales pruebas otros oradores avanzados; á tal punto que el Sr. Ayala no pudo hallar ocasión oportuna para manejar aquella campanilla que tantos disgustos diera al Sr. Carvajal. En graves aprietos puso en más de una ocasión al Gabinete, y no fué pequeño el apuro en que colocó al Sr. Cánovas al indagar las causas de la crisis, y sobre todo, al ocuparse de la ejecución de Oliva, poniendo de relieve, con tanta habilidad como intención, el contraste que existe entre la humanitaria y generosa conducta del Rey, y la despiadada dureza de su primer ministro. En vano intentó el Sr. Cánovas parar tan terribles golpes; aturrido y descompuesto salió malparado de manos del intencionado jefe de los progresistas democráticos.

También el Sr. Martos contribuyó á fijar la posición de los distintos partidos democráticos; pero no con tanta fortuna como el Sr. Castelar. Sostuvo con razón que la bandera común de los demócratas es la Constitución de 1869, en la cual ven unos un punto de partida, y otros un punto de llegada; pero añadió que dentro de la democracia hay tres partidos: una derecha democrática que representa el Sr. Castelar, una izquierda que personifican los federales, y un centro que pueden personificar los amigos del Sr. Martos, y quizá los que marchan á las órdenes de los Sres. Zorrilla y Salmeron.

Si con esto sólo quiso el Sr. Martos declarar un hecho, no tenemos inconveniente en aceptarlo; tal es, en efecto, la situación de los partidos democráticos. Pero si quiso dar á entender que estos tres partidos han de constituir una unidad superior y concurrir en su día á la obra común, lo rechazamos con todas nuestras fuerzas.

Nosotros afirmamos que dentro de la democracia y dentro de la legalidad que la democracia pueda llegar á fundar, caben todos los hombres y partidos, cualquiera que sea su procedencia, que acepten como bandera y legalidad común la Constitución de 1869, sean conservadores, sean radicales. Pero nunca admitiremos á los que pretendan el triunfo de la federación ó del socialismo revolucionario. Entiéndase bien.

Que dentro de una situación democrática y de la Constitución de 1869 quepan desde el Sr. Salmeron (si ha renunciado á sus antiguas aspiraciones) y el Sr. Ruiz Zorrilla hasta el Sr. Cánovas (si renunciase á las suyas), lo admitimos; pero nunca que en ella quepa el partido federal. En el turno de partidos que entonces pudiera establecerse habría dos: uno conservador, compuesto del actual posibilismo y de los elementos conservadores que quisieran agregarse, vinieran de donde vinieran; otro radical y reformista compuesto de los radicales del Sr. Martos y del Sr. Zorrilla y del grupo del Sr. Salmeron, bajo las condiciones dichas. Pero los federales y socialistas revolucionarios jamás tendrían participación en el poder mientras no renunciaren definitivamente y en absoluto á aspiraciones que no aceptamos ni aceptaremos nunca ni como ideales siquiera. Si por medios legales y pacíficos conseguían realizarlas, nos resignaríamos con lo que consideraríamos ruina definitiva de la libertad y de la patria, si acaso el amor á ésta no nos obligaba á rechazar por todos los medios el triunfo de doctrinas semejantes. No se hable, pues, de izquierdas refiriéndose á los federales: no se hable de nada que se parezca siquiera á conciliación ni inteligencia con ellos. En ese punto los demócratas gubernamentales ó conservadores no pueden tener más que una fórmula, y esta fórmula es *oposición irreconciliable, la guerra á todo trance y para siempre* con tales elementos. A ello obligan el amor á la libertad, á la democracia y á la patria, y también un nombre inolvidable: Cartagena.

La serie de los discursos de oposición se ha cerrado con uno del Sr. Sagasta, verdadero modelo de elocuencia parlamentaria, lleno de sólidos razonamientos, de intención, de habilidad y de

maestría política. El jefe de los constitucionales, después de renovar sus declaraciones monárquicas y dinásticas, y de afirmar que su partido acepta la Constitución vigente, sin perjuicio de realizar todas sus aspiraciones por los medios que la ley le otorga, combatió enérgicamente la política de este Gabinete y del anterior, y analizó la última crisis con notoria destreza y con la autoridad excepcional que le daba el hecho de haber intervenido en su desarrollo, dejando harto maltrechos á los señores Cánovas y Martínez Campos. Este discurso cerró el debate con llave de oro, y ha sido uno de los mejores que ha pronunciado el que es, sin duda alguna, uno de los pocos hombres de Estado que tenemos en España.

En el curso de esta discusión se ha planteado, aunque al paso, y de soslayo casi siempre, la gravísima cuestión de Cuba. Ningun partido de los que se hallan representados en la Cámara ha hecho en este punto verdadera oposición al Gobierno; verdad es que ningun partido español ha olvidado, al tratarse de Cuba, los intereses de la patria. Lo más que se ha hecho ha sido manifestar al Gobierno la conveniencia de que las Cortes y el país conozcan la historia exacta y completa de las capitulaciones ó convenios de Zanjón, que fueron origen de la paz, y en verdad que ni tal demanda es antipatriótica, ni el Gobierno puede excusarse de poner en conocimiento del país cosas que tanto y tan hondamente le interesan.

Pero, terminado el debate, el general Salamanca se ha creído en el deber de provocar una amplia discusión sobre la paz de Cuba; y así lo ha hecho en efecto, pero con acierto tan escaso, que ha merecido la reprobación unánime de todos los partidos. El general Salamanca ha maldecido la paz de Cuba, como si pudiera maldecirse un suceso que bendicen todos los buenos españoles por haber puesto fin á una inmensa desgracia de la patria. ¡Ah, no! La paz entre hermanos nunca puede maldecirse. Podrá ser maldita la paz con el extranjero cuando entrañe la humillación ó deshonra de la patria; pero en las guerras civiles esto difícilmente es posible. Ceda quien ceda, un hermano nunca se deshonra por reconciliarse con su hermano.

Haya sido convenio, capitulación ó lo que quiera la paz de Cuba, bendición merecerá siempre el que la hizo, y ésta será la inmarcesible gloria del Sr. Martínez Campos y de cuantos á ello han contribuido. Lo que ahora importa no es sostener tardías discusiones, sino fijar el régimen á que Cuba debe someterse en adelante. La cuestión de la esclavitud es desde luego la primera que se impone, y en esto ya no caben vacilaciones ni dudas; inmediata ó gradual, es necesario que la abolición se proclame al punto. Resta después saber si á Cuba conviene la asimilación ó la autonomía, cuestión que en nada afecta al patriotismo, pues asimilada ó autónoma, Cuba seguirá siendo española, que es lo que á la patria interesa. Deber de todos los partidos es estudiar estos graves problemas con profunda atención y resolverlos con esquisita mesura, sacrificándolo todo á los altos intereses de la patria. Por nuestra parte, nada diremos; por fortuna, la democracia conservadora ha dado pruebas de todo lo que es capaz de hacer en aras de tan sagrados objetos. El partido que ha sacrificado á la patria, además de su popularidad, parte no pequeña de sus ideales y principios, y la totalidad de sus procedimientos, no necesita ciertamente hacer nuevos alardes de patriotismo.

Apenas terminados los debates de que nos hemos ocupado en la presente Revista, ha surgido en el Congreso un grave incidente, nuevo síntoma de la descomposición que amenaza á la mayoría. Ha dado motivo para este incidente la escandalosa falsificación de carpetas últimamente realizada con daño del crédito público y de la moralidad administrativa. Sabido es que el Sr. Orovio no ha procedido en esta cuestión con la energía necesaria ni ha tomado medidas para precaver sucesos semejantes, y á nadie se le oculta que la falsificación de carpetas revela notable falta de formalidad y graves defectos de organización en las oficinas de la Deuda. Un diputado de la mayoría, el Sr. Laiglesia, provocó el debate sobre este asunto, y no satisfaciéndole las vagas y deficientes contestaciones del Sr. Orovio, presentó una proposición que, aun después de suavizada por la oficiosidad de amigables componedores, envolvía un voto de censura al ministro.

Cediendo con lamentable docilidad á las exigencias de la disciplina, retiró el Sr. Laiglesia su proposición, no sin que quedase quebrantado y maltrecho el Sr. Orovio. Reproducida la proposición por las oposiciones, fué al cabo desechada, librándose por ahora el Sr. Orovio de una justa é inevitable caída, merced, según se asegura, á los buenos oficios del Sr. Silvela, que se desvive por proteger á los elementos más reaccionarios del Ministerio. De todas maneras, el Sr. Orovio quedó malparado, quebrantada la mayoría, cuyas divisiones son cada vez más patentes, y en no muy buen lugar el Gobierno, que obrará cuerdateamente si se va preparando á bien morir.

Entre tanto el jefe de los húsares restaura su quebrantada salud en las aguas de Sobron, que, como todo el mundo sabe, son excelentes para fortificar el estómago y abrir el apetito. Grave cosa es esta para el Sr. Martínez Campos, porque si antes de ir á Sobron se comió el Sr. Romero Robledo media mayoría, ¿qué hará cuando comiencen las aguas á producir su natural efecto?

CONSEJOS Á UN HIJO.

Si no quieres ser tenido por un tonto ó por un loco, piensa mucho y habla poco, siempre afable y comedido.

No procures eclipsar á nadie con tu presencia, ni blasones de tu ciencia, ni aspiras á dominar.

No seas presuntuoso aunque el dinero te sobre, trata con dulzura al pobre, sin bajeza al poderoso.

En todo conflicto advierte que es de noble corazón, dar ayuda y protección al caído contra el fuerte.

Mira siempre con desvío á todo vil cortesano; no beses jamás la mano del traidor ni del impío.

Nunca por adulación el perjurio santifiques, ni por nada sacrifiques tu conciencia y tu opinión.

Trabaja con noble ardor, pero sin mengua ninguna, para hacer una fortuna que no te cause rubor.

No mendigues con ruindad grados, premios, distinciones, ni de infamarios blasones por orgullo ó vanidad.

En cualquiera situación no te humilles ni rebajes, ni á mezquinos pandillages confies tu elevación.

Busca la fuerza en tí mismo, no en Grandes, Principes, Reyes, y observa siempre las leyes del honor y patriotismo.

No adquieras sin fe ni calma costosas necesidades, ni entre impuras liviandades gastes el cuerpo y el alma.

No te embriague la riqueza ni ambiciones montes de oro, ni por lograr un tesoro cometas una vileza.

No te propongas medrar en los azares del juego, ni te precipites ciego con la idea de ganar.

Llámeselo como se llame el jugador, ten presente que empieza por inocente y concluye por infame.

Conducete en tus acciones cual lo exige la justicia; no te pierda la malicia de criminales pasiones.

Su imperio al hombre condena á vivir avergonzado, como el esclavo amarrado al hierro de la cadena.

Odia y detesta el delito, pero benigno y clemente compadece al delincuente arrepentido y contrito.

Huye de pedir prestado, porque el que pide se humilla; piensa que es mengua y mancilla deuda que no se ha pagado.

Gasta ménos y no más de lo que tengas ó ganes; nunca en fantásticos planes desperdices tu caudal.

No envidies la dicha ajena, ni la ataques con perfidia, pues la pasión de la envidia más que un vicio, es una pena.

Socorre al necesitado, pero sin ruido, en secreto; ni publiques indiscreto el auxilio que hayas dado.

La caridad que con ruido ante el público se ostenta, más que socorro, es afrenta del pobre y del desvalido.

En todo tiempo has de ser un hijo respetuoso, y en su día un buen esposo que cumpla con su deber.

No caigas en la emboscada de escoger por compañera, á la mujer que prefiera ser hermosa á ser honrada.

Busca la modesta flor que un cerco de espinas guarde, no á la que hace loco alarde de sus galas y su olor.

Siempre á tus hermanos ama como te amas á tí mismo, sin celos, sin egoísmo, con pura y ardiente llama.

Tu familia has de mirar como el venturoso puerto, donde herido y casi muerto arroja al naufrago el mar.

Cumple con celo profundo los deberes del cristiano; ama al poder soberano que hizo de la nada el mundo.

Ten religion sin falsía, caridad, misericordia, condena toda discordia, detesta la hipocresía.

Resignate con tu suerte, y con la conciencia pura subir al cielo procura en los brazos de la muerte.

FERNANDO CORRADI.

A UNOS OJOS NEGROS.

EL DESENGAÑO.

Ciérralos, no me mires;

Ya no me alegran;

Me alegraban tus ojos,

Hoy me dan pena:

¡Ojos ingratos,

No recordéis los tiempos

Que ya pasaron!

¿Qué quieren, di, qué buscan?

Fortuna aciaga!

Ya no tengo entusiasmo,

Fé ni esperanza.

¡Ay, ya tus ojos

No saben engañarme!

Murió ya todo.

Queda la sombra triste

De mi fortuna,

Que ensancha y escarnece

Mi desventura:

Tus ojos quedan

Para advertir el daño

Que ellos me hicieran.

¡Cuántas veces por verlos

Perdí la calma!

Y el corazón qué ansioso

Su luz buscaba!

Huyó la dicha:

¿Dónde te has escondido

Luz de mi vida?

Mis encantos, mi gloria,

Miraba en ellos;

¿Qué falsos son, qué falsos

Los ojos negros!

¡Ojos ingratos!

No recordéis los tiempos

Que ya pasaron!

BALTSAR LOPEZ DE AYALA.

LEJONA. (1)

I

Con alma y vista fijas en la extensión remota de los azules mares cuyas rugientes olas casi á mis piés llegaban rompiéndose en las rocas, vagaba yo una tarde por las risueñas lomas, en cuya verde falda tiende la rica Algorta su blanco caserío cual banda de palomas, y al levantar la vista, con sorpresa no poca, á un suntuoso palacio, que en competencia hermosa el arte y el buen gusto tornaban rica joya, saludé al noble dueño que estimulaba la obra prestando á los artistas su aprobación benévola. Moviome á interrogarle su acogida afectuosa y estas nobles palabras escuché de su boca: —Pasar tranquilo el resto de mi vida afanosa en estos verdes campos, fué mi sueño de gloria soñando con la patria allá en lejanas zonas, y alzo en este collado mi hogar, porque á toda hora veré desde él los mares que el cielo inmenso copian y los amados campos de mi natal Lejona. Así el buen caballero me resumió la historia de su ambición más dulce de hombre y de patriota, y al seguir por aquellas verdes y alegres lomas, ví una blanca aldeita tras la colina hermosa, que en el santuario de Ondiz tiene santa corona, y dije: «Esa es su madre, y esa será dichosa, pues la contempla el hijo que honrándola se honra.»

II

Ibaizábal abajo fui una mañana hermosa, que hacía la mar me impelen corrientes misteriosas que no sé si llamarlas auras que me enamoran, recuerdos de la infancia ó adoración santa, honda, al mar que impenetrables misterios atesora, y allá, hacía el vallecito donde á la santa sombra del templo que le diera nombre en edad remota (2), oí rumor de fiesta alegre y bulliciosa. Cantaban las campanas alegres y sonoras,

(1) Estos versos se hicieron en Diciembre de 1871 con motivo de la instalación de las escuelas de Lejona en un edificio costeado al efecto por D. José Ramon de Aqueche, quien, también á sus expensas, había dado mayor elevación á la torre de la iglesia. D. José Antonio de Ondiz, hijo de la misma aldea, había dejado renta perpetua para las mismas escuelas.

(2) Lejona, debe ser modificación de *Elejona*, que significa en lengua euscara "buena iglesia," y *Elejona* la he visto llamada en escritos antiguos.

tamboriles y silbos hermanaban sus notas, tronaban los cohetes en la serena atmósfera y prorrumpla en vítores la muchedumbre loca. —"¿Qué feliz nueva, dije, te exalta y alborozas, sencilla campesina que grave y silenciosa das á Dios y al trabajo casi tu vida toda y desconoces esas pasiones tumultuosas que son para otros pueblos fiebre devoradora?" — Y queriendo asociarme á aquella fiesta insólita, fui vallecito arriba por la margen frondosa del riachuelo humilde que al Gobelás se asocia, temiendo que á Ibaizábal parezca ofrenda corta su caudal, si esta ofrenda se le presenta sola. Llegué y sintió mi alma la alegría más honda, pues si presintió un día dichas para Lejona, era el presentimiento ya realidad hermosa.

III

¡Ondiz!... ¡Aqueche!... Tales eran las misteriosas palabras que exhalaba toda alma y toda boca, siempre entre bendiciones y lágrimas hermosas de gratitud, que siempre son la santa auróla con que pueblos honrados santifican y adornan la frente de los hijos que los aman y honran. —"¡Ondiz y Aqueche! ¡Quiénes, pregunté á la gozosa muchedumbre, esos nombres ilustran con sus obras?" — Y esta fué la respuesta de la aldeita toda: —"En mis nobles solares nacieron, por mi gloria, y á ambos debo la dicha que de placer me colma. Ondiz, que desde el cielo contemplándola goza, dijo al volar á aquella morada venturosa: "Madre, esta ofrenda te hago para que de hoy más pongas tus hijos á cubierto de la ignorancia tosca;" y Aqueche, el noble Aqueche cuya alma generosa se interesa en mi dicha como en la dicha propia, completa hoy de su hermano la benéfica obra labrando á sus expensas casas bellas y cómodas donde se alcen las cátedras que Ondiz dotó en buen hora, y de elevada torre el santo templo dota, donde le abrió el bautismo las puertas de la gloria, para que justifique el nombre de *Elejona* y alegren estos campos sus campanas sonoras." — Tal se expresó la aldea conmovida y gozosa, y en tanto bendiciones honraron la memoria de Ondiz y Aqueche el noble caballero de Algorta.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

A UNA MEJICANA.

Quisiera tener más ojos que estrellas la noche pura para admirar tu hermosura por toda la eternidad. Quisiera vivir soñando y reclinado en tu seno en un deliquio sereno de vaga felicidad!

EL AUTOR.

Quando las leves aves viajeras tímidas dejan una region Exhalan voces muy plañideras Y en su lenguaje dicen: Adios.

Así tu pobre, tímido amante, Ave viajera del porvenir, Exhala un grito muy penetrante Y no sé á donde se va á plañir.

En Occidente se muere el día Y se entristece la humanidad, Y la confusa melancolía Cruza en silencio la soledad.

Bronces lejanos doblan á muerto, Se postra el ángel de la oracion; Y allá en el fondo del gran desierto Resuena un eco desgarrador.

Cesan los ruidos de la montaña, Callan las olas del hondo mar; Vírgenes dulces en lengua extraña Lloran y cantan un funeral.

Ante el misterio de lo infinito El alma siente divino horror, Y exhala un largo, puzante grito Y abre sus alas el corazón.

Hermosas hijas de la inocencia Que habéis amado mi juventud,

Traed alguna sagrada esencia Al fondo negro del ataúd.

Mi alma está triste, como el olvido, Música vaga de antiguo amor... Mi pensamiento desvanecido Yace en la tumba del corazón.

La brisa inmóvil duerme en las palmas, Astros y abismos mudos están: En Dios absortas están las almas, En Dios absorta la eternidad!

Esta es la hora de las visiones Y los misterios del porvenir... Cuando se mueren las ilusiones, Hijas del alma... dulce es morir!

Pero los cisnes en su agonía Cantan y dicen: ¡Adios! ¡Adios! Y el alma llenan de melodía Y de sollozos la creación.

¡Oh, la más dulce de las mujeres Que en ambos mundos errante ví! ¿Por qué nos haces soñar placeres Que no podemos gozar sin tí?

¿Por qué me inspiras tanto entusiasmo? ¿Por qué me infundes tanta ansiedad? ¡Oh, tú que rasgas como un sarcasmo Mi postrimera felicidad!

Oh, ven y escucha mi amarga queja, Si no es de hierro tu corazón: Las sombras crecen, la luz se aleja, Mundos y abismos lloran de amor.

¿Por qué en dorados y azules días, Que entusiasmado recuerdo aún, Tú me mirabas y sonreías Como si en sueños me amaras tú?

Todas mis glorias ha devorado Cual tigre hambriento, la adversidad. ¡La suerte me hizo muy desgraciado, Y tú me has hecho mil veces más!

De tus miradas la audaz saeta Hizo pedazos mi corazón: ¡Oh desgraciado, pobre poeta, Que ya no tiene consolación!

Del tiempo que huye los sedimentos, Del infortunio la acerba hiel, Hacen muy tristes los sentimientos Del alma estéril en su viudez.

Mas yo, no obstante, férvidos siento En lo profundo del corazón Los torbellinos del pensamiento, Los hondas vértigos de la pasión.

En vano el tiempo tras mí se lanza Con su implacable segur fatal: La hermosa estrella de mi esperanza Jamás se apaga... jamás... jamás!

En vano agita mis fantasías De los dolores el aquilón: Dios ha llenado de melodías De amor divino mi corazón.

¡Mi alma es un rayo de amor eterno Que vá cruzando la inmensidad Tras el fantasma glorioso y tierno De la infinita felicidad!

Más tú no sientes, porque estás yerta, Como los témpanos del Septentrión: Eres muy bella, pero estás muerta Como un cadáver!... adios!... adios!...

Como las flores, como las aves Pasan los triunfos de la beldad; Pero el poeta, tú no lo sabes, No pasa nunca, jamás... jamás!

Si yo inflamara tu fantasía Con las centellas de mi pasión, El mundo atónico contemplaría Una gloriosa resurrección.

Músicas, sueños, vírgenes bellas Lleva en sus círculos el huracán... ¡Cómo se mueren, siendo tan bellas! ¡Las olas gimen! Se van!... se van!

Tú me has herido, quizá lo ignoras, En lo más íntimo del corazón. Tú nunca sientes... tú nunca lloras... Tú nunca sueñas... adios!... adios!

Nuevos amantes y adoradores Mañana mismo tal vez tendrás; Pero el viajero de los amores Incomprensibles, no volverá!

Se malograron mis efusiones, Mi amor más dulce se malogró... ¿Por qué mataste las ilusiones Que te cantaban con tanto amor?

En tu carrera fugaz é inquieta Almas vulgares encontrarás; Mas quien te adore como el poeta Que tú has herido... jamás... jamás!

Cuántas mudanzas llevan y traen Las horas leves en su inquietud, Cual horas secas los años caen, Pasa... y no vuelve la juventud.

Es invencible mi fortaleza, Pero es muy tierno mi corazón: Ya me despedido de tu belleza Deshecho en lágrimas... adios!... adios!

En sus delirios hollaré quisio Bárbaramente tu vanidad: El ave de oro del paraíso No vuelve nunca... jamás!... jamás!

Si fueras tierna, suspirarías, Pero está muerto tu corazón. Tú nunca sientes melancolías... Tú nunca lloras... adios!... adios!

Mis ilusiones, mi sentimiento Hacia otros mundos se van... se van!... Las olas gimen!... sollozo el viento... No vuelven nunca... jamás!... jamás!...

FERNANDO VELARDE.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y COMPAÑIA

Caños. 1

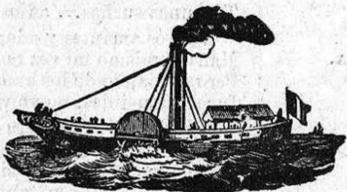
ANUNCIOS.

BANCO DE ESPAÑA.

Situación del mismo en 30 de Junio de 1879.

	Pesetas.	Cénts.
ACTIVO.		
CAJA.		
Efectivo metálico.....	84.791.125	77
Casa de moneda.—Pastas de plata.	3.062.741	64
Idem id.—Pastas de oro.....	14.957.204	16
Efectos á cobrar en este día.....	2.504.112	
Efectivo en las sucursales.....	71.068.334	75
Idem en poder de comisionados de provincias y extranjero.....	26.442.870	96
Idem en poder de conductores.....	1.656.768	75
	204.483.158	03
Cartera de Madrid.....	240.938.249	85
Idem de las sucursales.....	70.529.748	98
Acciones de este Banco, propiedad del mismo..	385.353	71
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	2.838.204	48
Tesoro público: por intereses y amortización de billetes hipotecarios.....	8.912.483	77
Idem id.: por amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio de 1876, série interior.....	10.003.000	
Idem id.: por id. id. de las obligaciones creadas por la ley 3 de Junio de 1876, série exterior.....	7.484.000	
Idem id.: por id. id. de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	4.815.500	
	550.389.698	82
PASIVO.		
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	85.693.550	
Idem id. en las sucursales.....	88.189.300	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	29.130.751	98
Idem id. en las sucursales.....	7.708.753	13
Cuentas corrientes en Madrid.....	92.215.973	30
Idem idem en las sucursales.....	29.780.698	50
Dividendos.....	2.436.553	63
Ganancias y pérdidas { Realizadas... 12.591.149'27	13.627.870	56
{ No realizadas 1.036.721'29		
Pagarés del Banco, operacion de 1.º de Mayo de 1877.....	2.435.000	
Intereses y amortización de billetes hipotecarios..	8.412.590	13
Amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio de 1876, série interior..	7.542.900	36
Idem id. de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio de 1876, série exterior.....	12.144.753	62
Idem id. de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	4.400.747	50
Obligaciones de bienes nacionales cobradas con destino al pago de intereses y amortización de billetes hipotecarios.....	2.880.380	86
Reservas de contribuciones para pago de amortización é intereses de las obligaciones del Banco y del Tesoro creadas por la ley de 3 de Junio 1876.	17.500.000	
Fondos recibidos de aduanas para pago de amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	4.993.432	77
Diversos.....	31.296.442	48
	550.389.698	82

Madrid 30 de Junio de 1879.—El interventor general, Teodoro Rubio.—V.º B.º—El Gobernador, Cabra.



VAPORES-CORREOS TRASATLANTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA

salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga. Se expenden tambien billetes directos, vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea. Más informes: en Cádiz, A. Lopez y Compañía.—Barcelona, D. Ripoll y Compañía.—Santander, Angel E. Perez y Compañía.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de Junio último, ha acordado repartir la cantidad de 50 pesetas por accion á cuenta de los beneficios del año actual. En su consecuencia, desde el martes 15 del corriente, de diez de la mañana á tres de la tarde, y por

el orden que se expresa á continuación, se pueden presentar los señores accionistas en el Negociado de Acciones de Secretaría con los correspondientes extractos de inscripción á fin de percibir en el acto el expresado dividendo: Martes 15, letras del registro del extracto, T, U, V, Z, y las inalienables.

Miércoles 16, id. id. id., H, Y, J y S.
Jueves 17, id. id. id., G y R.
Viernes 18, id. id. id., D, E, F, P y Q.
Sábado 19, id. id. id., C, N y D.
Lunes 21, id. id. id., B y M.
Martes 22, id. id. id., A, L y LL.

Se advierte que los pagos á los interesados se verificarán precisamente en los días que quedan señalados, y que desde el miércoles 23 en adelante se harán indistintamente.

Madrid 3 de Julio de 1879.—El Vicesecretario, Juan de Morales y Serrano.

En los días que se expresan á continuación y previa exhibicion de los resguardos respectivos, se satisfarán por este Banco los intereses del semestre vencido en 1.º del actual de las obligaciones del Estado por subvenciones generales de ferro-carriles de positadas en este establecimiento.

Día 23 de Julio, resguardos de depósitos números 1 á 70.600.

Día 24, id., id., id. 70.601 á 94.900.

Día 26, id., id., id. 94.901 á 107.500.

Día 28, id., id., id. 107.501 á 118.200.

Día 29, id., id., id. 118.201 á 124.947.

Madrid 22 de Julio de 1879.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos á metálico al 6 1/2 por 100.

Desde el día 10 de Julio este Banco hace préstamos hipotecarios en metálico á razon de 6 1/2 de interés, sin perjuicio de continuar haciéndolos además, como hasta aquí, en cédulas del 6 por 100.

Todos los prestatarios que soliciten desde ahora préstamos, así como los que los hayan solicitado anteriormente, con excepción de los que tienen ya firmadas sus escrituras, podrian escoger entre una y otra clase de préstamos.

Los que los tomen en Cédulas del 6 por 100 habrán de pagar, por préstamos á 50 años:

Por interés anual... 6 por 100
Comision y amortización... 0'93 "

Total de cada anualidad... 6'93 "

El Banco compra al prestatario las cédulas con una rebaja que nunca excede de 30 céntimos por 100 sobre el precio de cotización, que es hoy de 97,25 por 100.

Los que tomen préstamos á metálico, tambien á cincuenta años, habrán de satisfacer:

Por interés al año... 6'50 por 100.
Comision y amortización... 0'88 "

Total de la anualidad... 7'38 "

Estando comprendida la amortización en la anualidad, el propietario queda siéndolo libremente al terminar el plazo del préstamo, sin tener que reembolsar parte alguna del capital sin satisfacer intereses. La cantidad que se paga anualmente por amortización varía naturalmente segun los plazos del préstamo.

El Banco presta al 50 por 100 del valor en que estima las propiedades urbanas y en general tambien sobre las rústicas.

Pero sobre los olivares, viñas y arbolados no presta sino la tercera parte del valor en que las estime.

BANCO HISPANO-COLONIAL

El Consejo de administracion del Banco Hispano Colonial ha resuelto que desde 1.º de Agosto se

satisfaga á los señores accionistas el undécimo dividendo de intereses correspondiente al trimestre que vence en dicha fecha. El pago se efectuará presentando las acciones, acompañadas de una factura impresa que se facilitará en la Secretaría del Banco, Ancha, 3, principal, en Barcelona, en las oficinas del Banco de Castilla en Madrid, y en las de la Junta delegada en la Habana.

Se señala para el pago los días del 1.º al 12, de nueve á once y media de la mañana. Trascurrido este plazo sólo se destinarán á este servicio los lunes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 10 de Julio de 1879.—El vicegerente, P. Aleu Arandes.

MANUAL

DEL

SECRETARIO

O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por

ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.

UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitación á los Secretarios.

Certificación.—Introduccion.—

Primera parte.—PERSONAL.—

Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—

Educacion.—Moralidad.—Dignidad.—Instruccion.—Actividad.—

Segunda parte.—MATERIAL.—

Oficinas.—Libros.—Documentos.—

Oficios.—Cartas.—Informes.—

Ordenes.—Decretos.—Consultas.—

Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—

Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y

Registros.—Memoriales.—Copias.—

Formularios.—Citacion á junta.—

Memorial.—Informe.—Oficio.—

Certificación.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificación.—Otro

memorial.—Exposicion al Rey.—

Expediente para la construccion de obra nueva.—Solicitud para ser

inscripto en la matricula de comerciante.—Invitacion.—Oficio para

remitir un titulo.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De

los Secretarios de los Institutos.—

De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—

Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del

papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA

«LA PROPAGANDA LITERARIA.»

O'REILLY, 54,

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE:—1.º Advertencia.—2.º Decretos y bandos sobre la paz y reconstruccion de Cuba, publicados en la Gaceta de la Habana.—3.º Constituccion de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.º Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º Ley Electoral para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.º Ley Penal para los delitos electorales.—9.º Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la Ley Elec-

toral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjería, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeúntes, sus derechos y obligaciones, matriculas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud.

Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadrada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO ONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.º

MADRID.—ALCALÁ, 28.

LA AMÉRICA

Año XX.

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas, remitiéndose á este punto por el Istmo.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que aciertan á escogerle como medio de publicidad.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez.

En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.